

S-476

MALDITO SEA EL AMOR



 BIBLIOTECA DEL AMOR 

860-31 -

ALF

6

5286

2500

Maldito sea el amor

4 FEB. 1992

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Maldito sea el amor

NOVELA ORIGINAL

POR

== I. A. ==



PROPIEDAD EXCLUSIVA DE LA
CASA EDITORIAL LEZCANO

Jesús, 10. — BARCELONA

R-8807



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.



Tres cartas que pueden servir de prólogo

I

De Enriqueta Larraz a Octavia Izquierdo

«Inolvidable amiga: ¡Cuánto te echo de menos! ¡Calcula tú que mi marido se empeña en permanecer en este desierto durante todo el verano! Voy a aburrirme soberanamente. ¡Compadéceme!

»Ruperto asegura que en estos lugares solitarios encontrará materia bastante para hacer un fecundo estudio, con el que espera llegar nada menos que a académico de la de Ciencias Naturales. Opino, a pesar de la seriedad con que lo dice, que mi marido no llegará a ninguna parte; es un pobre chiflado de los de peor especie.

»Ahora ha dejado la poesía, con la que tanta lata me ha dado, para estudiar las babosas.

los gusarapos y los caracoles; asegura que los animales rudimentarios están en primer lugar en la escala zoológica y que, por consiguiente, son los primeros que hay que estudiar detenidamente, por ser los menos complicados.

»Te juro que la temporada esta al aire libre, lejos de ser beneficiosa a mi salud, será causa de que pierda el estómago si mi marido continúa con el estudio de los rudimentarios. A lo mejor vuelve de sus excursiones con un cesto colmado de bichos. Y lo peor de todo es que se empeña a veces (cuando está de buen humor), en creer que ha descubierto alguna cosa nueva, en que yo admire sus adelantos. Me llama a su gabinete, donde se me crispan los nervios al entrar, tal está de asqueroso; me muestra una babosa, clavada en una tablita por sus dos extremos, y me dice:

«—¡Vas a ver una cosa admirable! Acabo de descubrir los aparatos nervioso y circulatorio de las babosas... ¡Verás, verás!

»Y, armado de bisturí, abre al pobre animal por medio, de arriba a abajo, y después de abierto, empieza a extenderlo cuidadosamente sujetándolo con alfileres diminutos.

»El otro día no pude aguantar más y salí de lo que él llama su gabinete, dando arcadas; y sin poderme contener le dije que aquello era sencillamente una porquería.

»¡Qué dije! Se puso como un energúmeno;

gritó, maldijo del amor que le había impulsado a casarse conmigo: agregó que las mujeres éramos todas vulgares, inútiles, y que nuestra ignorancia nos había reducido «al triste estado de cosas que cuestan mucho dinero y dan horribles disgustos.»

»Yo le repliqué que él era un mameluco, y que nadie podría concebir que un hombre, que como él tiene una mujer joven y no muy despreciable, se dedicase a reventar caracoles y babosas, en lugar de cumplir con los deberes de un buen marido.

»La irritación de Ruperto subió de punto y poco faltó para que me pegase.

»Hizo un discurso violento contra todas las mujeres, asegurando, con palabras duras y ademanes descompuestos, que, desde que el mundo es mundo, por ellas se han perdido los hombres y las naciones. Con tal motivo citó a Eva, a la serpiente, a la mujer de Lot, a Florinda, la celeberrima hija del conde don Julián, a Dalila, a Judit... acabando por afirmar que todas y cada una de las mujeres éramos focos inmundos donde se encerraban en montón todas las perversiones.

»Al hablar apretaba los puños, levantándolos sobre su cabeza, con ademanes tan ridículos que me hubieran hecho reír de no temer que aquello terminase de mala manera.

»Para que se apaciguara, me limité a guardar

silencio, y fingir un llanto que estaba muy lejos de mis ojos. De haber podido, le hubiera pisoteado...

»Desde entonces no hemos vuelto a dirigirnos la palabra.

»Puedes figurarte el horrible verano que me espera.

»El paisaje es alegre ; la casa que habitamos, primorosa y no mal acondicionada ; pero ¿ qué es lo que en el mundo puede resultar hermoso, ni siquiera agradable, al lado de un hombre como Ruperto ?

»Para colmo de desdichas, aquí no tengo más personas con quienes comunicarme que Pedro, viejo capataz, que ya ni para capataz sirve, y que hace oficios de jardinero, y la *señá* Pepa, su mujer, que, a más de tener muy poco de avispada, se pasa la vida dormitando, fingiendo hacer calceta.

»Me veo, pues, reducida a Rosa, mi doncella, y a Catalina, la cocinera, con las cuales suelo dedicar algunos ratos a poner de vuelta y media a mi marido, que bien se lo merece, por sus aficiones *rudimentarias*.

»Ten, pues, la bondad de escribirme alguna vez ; tus cartas serán las únicas alegrías de mi verano. Yo, por mi parte, te escribiré largo, porque eso constituirá para mí una distracción.

»Con esto te digo bastante para que no agra-

dezcas mis cartas, Pero que no sea esto motivo
Para que dudes de tu mejor amiga.

ENRIQUETA.»

II

De Octavia Izquierdo a Enriqueta Larraz

«Tus lamentaciones, queridísima Enriqueta, me han afligido mucho; nada más desconsolador ni más triste que saber que las personas a quienes queremos con toda el alma sufren.

»Comprendo que no te sea muy agradable el género de vida que a grandes rasgos me describes en tu carta; comprendo, asimismo, que te aburras, y, lo que es peor aún, que pierdas el estómago al lado de un hombre que pasa la vida haciendo porquerías. A ese paso, hija mía, él podrá llegar a ser individuo de la Academia de Ciencias Naturales, pero no dudo que tú te veas obligada a encerrarte en una clínica.

»Tu carta me ha hecho sentir una repugnancia invencible hacia Ruperto. ¡Qué asco de hombre! ¡Y pensar que tú eres bonitísima!...

»Indudablemente, tu marido es repugnante e indecoroso.

»Como sé lo que te obligó a casarte con un

hombre de tan distinto carácter y un poco mayor que tú, te compadezco doblemente.

»Tu padre, Dios le haya perdonado, te sacrificó a su egoísmo, y tu fuiste tan buena y tan dócil que aceptaste el sacrificio. ¡Cuánto más feliz habría sido tu vida si hubieses sabido rebelarte y hacer tu santa voluntad! Pero, por desgracia, ya no hay remedio: la Experiencia es una señora perezosa que llega siempre un poco después del momento en que se necesita; por eso, la azarosa vida humana se desliza entre un clamoreo de quejas y de suspiros. Todos los días tiene uno que arrepentirse de algo que hizo o dejó de hacer el día anterior. Luego nos vemos precisados a exclamar con voz angustiada: «¡Si yo lo hubiera sabido!» Jeremiadas inútiles y enervantes: el arrepentimiento camina al mismo paso que la experiencia; siempre llega tarde.

»No sé cuándo los humanos, y sobre todo, nosotras, las mujeres, vamos a aprender a vivir, dando a cada cosa la importancia que merezca, sin dormirmos, en espera de que los acontecimientos resuelvan, por sí solos, el difícil y casi irresoluble problema de nuestra felicidad.

»Aunque en apariencia lo parezca, no soy, ni con bastante, más feliz que tú. Mi marido, el dichoso Pepe, también hace de las suyas, y si no se pasa la vida a caza de babosas, caracoles y demás animales rudimentarios, que en

medio de todo, y aparte lo que tiene de mal gusto, es una ocupación estúpida de puro inocente, hace otras cosas infinitamente peores.

»Se empeñó, como sabes, en que habíamos de pasar el verano en San Sebastián, y aquí vinimos con el propósito de divertirnos. A la verdad, habría preferido veranear en el campo ; porque como conozco bien a Pepe sé que siempre me encuentro expuesta a tener que sufrir sonrojos, sobre todo, si en el punto donde estamos hay alguien que se entretenga en tirar de la oreja a Jorge. ¡ Pepe es tan aficionadísimo !

»¡ Maldito mil veces sea el que inventó las cartas y todos los demás juegos en que los hombres se arruinan !

»San Sebastián está como todos los años ; en él se encuentra, entre contadas personas aristocráticas, la cursilería andante de Madrid y provincias. Lo más antipático de esta población es que siempre tiene una que estarse desnudando y vistiendo ; es necesario usar un traje para el baño, otro para el paseo, otro para asistir a las reuniones del Gran Casino, otro para las excursiones por fuera de la ciudad. ¡ Esto es un verdadero fastidio !

»Ocupando una habitación en el mismo hotel en que nosotros nos hospedamos se encuentran Rosarito Alcácer y su marido.

»Tampoco tiene nada de envidiable la vida de Rosario : su marido, Ernesto Cuenca, es el

tipo del «señorito chulo» en toda la extensión de la palabra. Gusta algo del juego como Pepe, aunque no le ciega como a él la funesta pasión; pero, en cambio, se pirra por averiguar lo que hay en el fondo de las botellas; él mismo, hablando de esto, me dijo el otro día, después de haber escuchado con calma de colegial una buena regañina que le endilgué:

»—Octavia: no podré explicarle la causa; pero desde luego le aseguro que las buenas botellas me incitan y me empujan de modo irresistible; una vez destapada una, no puedo resistir a la tentación de beber la última copa que contiene... ¡Oh! En esa copa se encierran los más deliciosos y excelsos placeres de la vida; ella nos habla de la amistad franca, de las risas alegres, de los labios rojos que saben besar; de los brazos maestros en el difícil arte de retener; del dulce amor, padre bondadoso de la vida; de las voluptuosidades todas... Aquel que no sabe beber la última copa, saboreándola lentamente con sibarítico embeleso, puede decir que no ha gustado del más subido placer que los dioses del paganismo pusieron al alcance de los mortales sin ventura. No lo dude usted, amiga mía; la religión sacrosanta de Baco es la más excelente de las religiones.

»Yo repuse que lo malo que tenían sus teorías era que, siendo la más deliciosa la última

copa de las botellas, como para llegar a la última había necesidad imprescindible de beberse las primeras y las segundas... se exponía a pasarse la vida borracho.

»Se echó a reir, contestando:

»—Ese es el problema.

»Después se le ocurrieron cosas chistosísimas y reímos en grande.

»No puedes imaginar lo interesante y gracioso que resulta Ernesto Cuenca cuando no está borracho; tiene la lengua expedita y mucho ingenio y, como buen andaluz, habla hasta por los codos; como los buenos esgrimistas, Ernesto se distingue por las contestaciones rápidas y oportunas.

»Lo más triste es que no habrá quien le haga desistir de su feo vicio; él mismo asegura que el misterio de las botellas lacradas es tan atrayente que no cabe en su cabeza la existencia de seres humanos que no se emborrachen.

»La pobre Rosarito Alcácer se pasa las mejores horas del día entre lágrimas y suspiros.

»Como se casó enamoradísima de Ernesto, esto hace su vida más triste. Cuando se encuentra sola, vive oprimida por el temor de ver entrar a su marido disparatando y tambaleándose ridículamente...

»Acaba de entrar Pepe muy contento. Sin duda le han ido bien los negocios esta tarde. Conozco que ha debido ganar mucho, porque

me trae unos pendientes de brillantes : ¡ magnífica alhaja !

»Es la hora de cenar... Estoy alegre... Esta noche Pepe será mío completamente ; siempre que gana una gran cantidad me dedica un par de días.

»Yo aprovecho este tiempo para procurar influir en su ánimo arrancándole la promesa de que no volverá a jugar.

»El ríe y promete, pero no tarda en volver a las andadas. ¡ Tiene unos amigos que me lo pierden !

»Me avisan que la cena está servida. Pepe viene a ofrecerme el brazo. Al verme escribir me pregunta, y al saber que es a ti a quien escribo me da sus recuerdos.

»Recibe con ellos el abrazo más cariñoso de tu amiga,

OCTAVIA.»

III

De Rosario Alcácer a Enriqueta Larraz

«Mi muy querida Enriqueta : ¡ Cuánto echo de menos aquellos deliciosos días de la pensión !

»Aunque no otra cosa, teníamos entonces

ilusiones y esperanzas ; soñábamos, y rara vez la tristeza entenebrecía el rosado cielo de nuestra juventud.

»¿Quién había de decir que íbamos a ser tan desgraciadas cada una por nuestro estilo ?

»¡ Parece mentira que a los veintitrés años me considere ya alejada de la vida !

»Durante la estancia de Octavia Izquierdo en San Sebastián no estuve muy abandonada ; con ella iba al baño, al paseo, al Gran Casino ; con ella solía pasar las largas veladas a que nuestros maridos nos obligaron ; con ella hablaba de ti y de Ruperto, que, a pesar de sus treinta y seis años y de sus aficiones, como no estás enamorada de él, no te hará experimentar las angustias a que nuestros maridos nos condenan. ¡ Maldito amor !

»Octavia está perdidamente enamorada de Pepe Miralles y éste es muy capaz de cambiarla por una sota de cualquier palo. Este desvío hace la desdicha completa de Octavia.

»En cuanto a mí no te digo nada : me muerdo por Ernesto ; es el más chistoso de los hombres, el más dicharachero, el más a propósito para hacerle olvidar las penas al más triste, y me pospone a una botella de manzanilla.

»A ratos me parece que le aborrezco ; el odio exalta de tal modo mi imaginación que creo que voy a volverme loca. No parece entonces sino que yo he apurado como él algunas bote-

llas hasta la última gota y que la borrachera me ha dado por la destrucción. ¡De buena gana le mataría entonces!

»A pesar de todo, debo confesarte que soy excesivamente débil; cuando alguna noche no se ha emborrachado por completo y llega prodigándome palabras consoladoras, y me abraza mimosamente, y besa mi cuello y mi nuca en un éxtasis dulce de pasión, me rinde y, sin poder remediarlo, correspondo a sus caricias y me olvido del mundo entero para no acordarme de otra cosa sino de que estoy entre sus brazos.

»Entonces Ernesto me habla mucho; sus palabras, dulces, cariñosas y persuasivas, alejan el llanto de mis ojos; me mimaba amoroso; me coge de las manos y se retira para mirarme mejor; como en aquellos tiempos en que yo lo constituía todo para él.

»Yo le abrazo, fuertemente, como temerosa de que se me escape; experimentando siempre el sobresalto de que aquello no será duradero, pero feliz en medio de todo, muy feliz...

»Luego, cuando se duerme, me quedo contemplándole; me gusta mucho admirar su rostro varonil en reposo, y paso la noche pensando en los medios de que podría valerme para arrancarle de ese vicio maldito que va a ser la perdición nuestra.

»Tengo la desgracia de que no puedo reñir-

le, ni hacerle cargos ; mis palabras entonces le ponen fuera de sí y sobre todo mis lágrimas le exasperan.

»Asegura que las mujeres que lloran mucho y por cualquier cosa son insoportables ; que sus lamentos y sus sollozos son los espantajos de la juventud y del amor.

»—Calcula tú—me decía el otro día que llegó a casa sin poderse tener ;—calcula tú que tienes un vicio, y que ese vicio es el mío. Tú te lo reconoces y haces propósitos de no emborracharte nunca... ¡ Bueno !... Pues sales un día ; te encuentras a un amigo de la infancia que te dice : «Hombre, hace mucho tiempo que no le vemos el fondo a una botella» y ya está. Como en el fondo de la primera no encuentras absolutamente nada, buscas en el fondo de la segunda, y así, hasta que caes... Bueno... ¿ Y sabes tú lo que me ocurre entonces ? Pues que me acuerdo de ti ; de ti, a quien quiero con todas las fuerzas de mi corazón y a quien no quería proporcionar el disgusto de que me vieses así tan... cochinamente borracho, y me dan ganas de darme de cabezadas en las paredes... Llego ; te veo tranquila, procurando sonreír y digo : ¡ Olé ahí las mujeres ternes ! Soy un bandido. Desde ahora mismo no voy a beber más que agua, y eso con mucho tiento... Pero ocurre lo contrario : te veo gemir y llorar, y noto que los lagrimones que salen de esos ojos

gachones que me quitan el sentido, te están estropeando ese cutis de terciopelo; y la rabia sube de pronto y me desespero y me dan ganas de ir a buscar un pozo para tirarme a él de cabeza y beber de una vez el agua que he dejado de beber en toda la vida.

»Después de esta perorata se puso a cantar unos *tientos*, y al fin logré que se acostase; le di un buen tazón de te y se durmió, diciendo que el vino es un traicionero cochino y que había de quemar un montón de borrachos y otro montón de cosecheros para escarmiento de los adoradores de Baco.

»Esto ocurre tres o cuatro veces a la semana, y no ocurre más porque el día siguiente al de la borrachera lo pasa durmiendo como un bendito.

»Hace una semana se despidieron de nosotros Pepe Miralles y Octavia Izquierdo. Pepe, que ha estado de suerte durante una larga temporada, se empeñó en marchar a Monte Carlo, resuelto a acreditarse como jugador decidido. Octavia hizo todo lo posible por disuadirle; pero sus ruegos resultaron inútiles. ¡Dios les dé buena suerte!

»En cuanto a nosotros, hoy mismo abandonaremos San Sebastián.

»Ernesto ha conocido aquí a algunos jóvenes riojanos de su cuerda y vamos a emprender

una peregrinación por la Rioja en busca de los mejores toneles.

»Escribeme, por Dios, a vuelta de correo, a Logroño.

»No contestes a nada de lo que te digo ; pero, en cambio, asegúrame que ahora le ha dado la manía a Ruperto por acaparar los vinos más añejos y exquisitos. Agrega que ya habéis recibido los primeros envíos de Jerez, Sanlúcar, Champaña y Burdeos. Yo me las compondré de manera que él lea la carta y estoy segura de que el mismo Ernesto me pondrá que vayamos a haceros una visita.

»A ver si de ese modo podemos acarrearlo al buen camino, aunque no sea más que mientras se descubre el engaño.

»A ver si yo logro, por mi parte, hacer olvidar a tu marido las babosas y los caracoles, y que emplee su actividad y su inteligencia en descubrir alguna substancia que, bien administrada, haga aborrecer todos los vinos y licores del mundo.

»Te quiere muchísimo y te desea mejor suerte tu invariable,

ROSARIO».

CAPITULO I

De cómo un borracho impenitente puede abandonar las mejores bodegas de la Rioja para ir a visitar a un naturalista que aborrece el vino

Ernesto Cuenca llegó aquel día a la fonda del Comercio frotándose alegremente las manos.

—¿Salió mi señora? — preguntó en la portería.

—No, señor; está en su cuarto.

Subió la escalera a grandes zancadas, como quien tiene mucha gana de llegar, por ser portador de buenas noticias.

Desde que entró en Logroño no había hecho nada de provecho y se aburría de modo soberano.

En lugar del amigo a quien esperaba encontrar halló una carta, y esto no fué muy de su agrado.

Su amigo pretextaba asuntos de gran monta que le impedían por el momento llegar a Logroño y dedicarse por entero a Cuenca.

Esto le contrarió grandemente, y de no haber contenido la referida carta una promesa formal de que no pasaría una semana sin que ambos amigos hubiesen recorrido las mejores

bodegas de la provincia, de seguro que Ernesto Cuenca no hubiera permanecido en Logroño dos horas.

Rosarito, aunque no lo manifestase muy abiertamente, estaba contenta; Ernesto no se emborrachaba cuando no podía reunirse con «los cabales» según expresión suya, y en aquellos días, especie de asueto concedido a los escandalosos placeres de Baco, dedicábase el bueno de Cuenca a quemar algunos puñaditos de incienso en el sacrosanto altar de Venus. Y, como para él no había en el mundo mejor sacerdotisa de la sublime diosa del amor que su mujer, puede calcular el lector que el contento de Rosarito era bastante motivado. ¡Oh, si hubiese podido durar aquello siempre!

En el momento en que Cuenca entró en su habitación encontrábase Rosarito Alcácer embebida en la lectura de una carta.

Era Rosario morena, de ojos grandes, negros y soñadores, sombreados por largas y espesas pestañas negras también; su cara morena tenía la pureza de líneas de las bellezas helénicas; sus labios, regordetillos, sensuales y rojos, se plegaban en una sonrisa picaresca con la que mostraba dos hileras de dientes preciosos. Ríanse ustedes de las perlas al lado de los dientes de Rosario, dientes iguales y pequeños, que parecían satisfechos y orgullosos de

vivir entre los perfumes de aquella boca juvenil y fresca.

En el momento en que tengo el honor de presentártela, caro lector, Rosario está vestida al desgaire; un *matiné* ancho, con muchos encajes y muchos entredoses, envuelve su cuerpo elegante; las cintas de los *tru-trús* son de color rosa, color que juega muy bien con el de su carita morena y sonrosada. A través de los encajes, y de alguna que otra abertura debida a la pereza de abrochar botones, se ve su carne tersa y su escote admirablemente modelado.

Viéndola se pregunta uno cómo es posible que su marido no esté ya tonto de tanto amarla y se admira de que unas cuantas botellas sean la causa suficiente para que Ernesto olvide todo el mundo, hasta a Rosario.

Si a lo que de esta mujer hemos dicho agregamos estatura regular, ademanes resueltos y elegantes, cadera redonda, pierna larga como la de la diosa de la caza, este bosquejo quedará terminado.

Ernesto Cuenca por su parte también era un buen mozo, gallardo y juncal, un poquito achulado en virtud del trato continuo con toreros, chulapos y todos esos señoritos *ternes*, capaces de pasarse la vida delante de una botella de buen vino.

Cuando Ernesto penetró en la habitación

donde se encontraba su esposa, ya hemos dicho que ésta leía atentamente una carta.

—¡Que Dios bendiga a lo bueno! — entró gritando jovialmente, acercándose a dar un beso a Rosario.

Esta dejó la carta sobre el velador que tenía delante y levantó la cabeza sonriendo con bondad y amor infinito y contestando a las palabras de Ernesto con verdadera alegría:

—¡Adiós, gran perdido!

—Y claro que lo estoy. Anda, mírate al espejo y dime si puede estarse un hombre mirando a esa cara dos minutos seguidos sin perder la chaveta.

—¿Es de verdad?

—¿He mentido yo alguna vez, prenda?

Y al decir esto le pasó la mano por la cara suavemente, como si tuviese intención de dulcificar su caricia.

Rosario se dejaba querer y se entregaba al dulce abandono de ser querida.

—¿Sabes una cosa? — preguntó Ernesto luego que se hubo sentado al lado de su mujer.

—Como no me la digas...

—Pues que esta tarde misma nos vamos.

Rosario se sobresaltó. Aunque esperaba la noticia de un momento a otro, ¡se había acostumbrado tan pronto a aquella vida de amor!

—Y a dónde iremos? — preguntó, sin poder disimular su sobresalto.

—Pues ahí, muy cerquita: a bien pocos kilómetros de Logroño: a Navarrete.

—¿A Navarrete?

—Sí, mujer; a un pueblecillo pintoresco que te gustará mucho. ¡Oh!, te aseguro que nos vamos a divertir en grande: iremos a casa de Alfonso Escalada; aquel pollo a quien hemos conocido en San Sebastián.

—Pero, ¿hay fonda en Navarrete?

—Creo que no—repuso Ernesto;—pero eso no importa, de todos modos no iríamos a parar a ella.

—¿Que no? ¿Pues a dónde, entonces?

—A casa del mismo Escalada que vive con su madre; una señora muy cariñosa.

Sabía Rosario que no había medio de contradecir a su marido y ni siquiera quiso intentar disuadirle, contentándose con preguntar:

—¿Y vamos a estar mucho tiempo en Navarrete?

—Bien poco. Lo que tarde el amigo Escalada en enseñarme las hermosas bodegas que posee cerca del pueblo y algunas otras que tiene mucho empeño en que vea.

Ante los ojos de Rosario surgía de nuevo la oscura y tenebrosa perspectiva de los días solitarios, días de lágrimas y de bochorno, en

que se veía obligada a esperar a Ernesto durante largas horas de incomparable angustia, para verle luego llegar en un estado lastimoso de embriaguez y de degradación.

Algo en su interior gritaba y se rebelaba contra aquel martirio; pero la infeliz Rosario sabía muy bien que con gritos no podía arreglar a Ernesto. Así es que tomó el partido de manifestarse contenta y cariñosa, intentando retener a aquel ingrato en las redes sutilísimas de su acendrado cariño.

Cuenca que, cuando estaba sereno, manifestábase locamente enamorado de su mujer, empezó a abandonarse a las dulzuras del amor y acabó por sentar sobre sus rodillas a Rosario.

De pronto, fijándose en la carta que había abandonado sobre el velador, dijo:

—¡ Ah, picaruela ! Voy a sorprender tus secretos ; quiero saber lo que dice esta carta que leías con tanta atención cuando yo llegué.

Rosario fingió querer evitar que su marido la leyese y extendió el brazo hacia ella.

—No, no quiero que te rías de nosotras— dijo.

—¿ De vosotras ?

—Sí ; de mí y de Enriqueta Larraz.

—¿ Es de ella la carta ?

—Sí.

—Bueno ; pues como es muy amiga tuya, tal

vez leyéndola descubra algún secreto que me interese.

Rosario, sujetándole todavía los brazos, le preguntó:

—Pero, ¿me Prometes no reírte?

—No, mujer; no me reiré—repuso Cuenca, cuya curiosidad iba en aumento.

—En ese caso, tómala.

Ernesto cogió la carta con la mano derecha, y rodeando el talle de Rosario, que continuaba sentada en sus rodillas, con el brazo izquierdo, leyó lo siguiente:

«Majalaencina, 16 de agosto.

»Queridísima amiga Rosario: ¡Cómo se conoce que eres dichosa y que estás pasando el verano alegremente! No te acuerdas de mí; no he recibido ni una carta tuya hasta ayer en que me das cuenta, bien lacónicamente por cierto, de tu llegada a Logroño. Pero, en fin, qué hemos de hacerle; te quiero mucho para guardarte rencor por tu silencio; además, como éste debe ser motivado por lo muy alegre y divertida que estarás, no sólo te lo perdono, sino que, si he de serte franca, me alegro.

»Yo, que soy tan poco feliz, gozo cuando sé o me figuro que aquellos amigos que con toda el alma quiero lo son.

»Ya sabes que nos encerramos en este poblacho, o mejor dicho, a dos kilómetros de este poblacho, donde el espíritu más alegre es

capaz de tornarse misántropo. Sin embargo, como a mi marido le va muy bien, no tengo más remedio que soportar con paciencia este aburrimiento.

»Me paso los días, y aun las semanas, sin oír el eco de mi voz, porque no tengo con quien hablar.

»Ruperto se ha pasado estos dos meses en una agitación desusada, y trabajando tanto, que cuando llegaba a la noche, cenaba durmiéndose a chorros, y acababa por caer en la cama hecho un leño.

»Al principio se dedicaba con bastante asiduidad a los estudios zoológicos; pero un día llegó a casa hablándome de un negocio que pensaba emprender, diciéndome que si bien costaría mucho dinero, los rendimientos serían grandes.

»El negocio consiste en acaparar vinos añejos de las mejores marcas para expenderlos después, aprovechando las ocasiones en que alcanzen su precio más alto.

»Primero, Ruperto se encargó de preparar una gran bodega bien acondicionada.

»Durante estos trabajos preliminares, mi marido, siempre ocupado, apenas aparecía por casa.

»Hace unos días hemos empezado a recibir cajas de botellas y grandes bocoyes de vinos exquisitos; pero, como puedes calcular, esto no

alivia mi aburrimiento, porque Ruperto se pasa el día en las grandes bodegas cuidando de la perfecta colocación y clasificación de los *caldos*, como él los llama.

»Cuando por casualidad tiene un rato que dedicarme, sólo se habla del Burdeos, Champaña, Jerez, Manzanilla... y qué sé yo cuantos vinos más que ha recibido.

»Yo, entre tanto, bostezo y me muero de fastidio, sin tener a mi lado a una persona a quien comunicar mis penas...

»Pero no quiero entristecerte; tú eres feliz, y fácilmente encontrarías enojosa mi carta.

»Saluda a Ernesto, y no dudes de lo muchísimo que te quiere tu mejor amiga,

»ENRIQUETA LARRAZ»

Cuando Cuenca acabó la lectura de la carta, durante la cual había pasado por sus charlatanes ojos un vivo reflejo de alegría, quedó pensativo.

Rosario le contemplaba ansiosamente, esperando oírle hablar para saber la impresión que en él había hecho aquella carta.

Por fin Ernesto lanzó un gran suspiro diciendo:

—¡Pobre Enriqueta!

—En verdad —dijo Rosario— es digna de mejor suerte.

—Inconvenientes de casarse con un hombre demasiado serio, las mujeres de los formales se divierten poco.

—Así es.

Cuenca luchaba por proponer una cosa que bailoteaba en su imaginación desde que leyó aquello de los vinos añejos. Sus ojillos picarescos brillaban como en las grandes fiebres del deseo. Aquellos caldos ¡oh, cuántas cosas misteriosas, cuántas alegrías no gustadas, cuántas risas musicales encerrarían!

Hasta entonces había creído que don Ruperto era un *tío* medio tonto; pero ahora reconocía que su talento debía ser claro y portentoso.

Para Cuenca, un hombre que había tenido la idea de coleccionar los vinos más añejos de las mejores marcas valía más que los nueve sabios de Grecia juntos.

De pronto, y como quien acaba de sentir una piedad infinita, dijo:

—¿A qué no sabes lo que pienso?

—No adivino —murmuró Rosario Alcácer, aunque en realidad le veía venir.

—Pues que ya que la pobre Enriqueta se encuentra tan triste...

—¿Qué?

Ernesto titubeó un momento.

Después agregó:

—Porque debe estar muy aburrida y muy triste, ¿verdad?

—Así al menos lo confiesa ella — dijo Rosario.

—Y así debe de ser... Pues bien: ¿no te parece que sería una buena obra de caridad ir a hacerla una visita? Yo creo que le proporcionaríamos una gran alegría.

—¡Oh, ya lo creo!

—Pues, mira, liemos los bártulos y vámonos a Majalaencina; después de todo, aquí no nos divertimos gran cosa.

Aquella misma tarde, Rosario Alcácer y su marido salieron de Logroño. Ella iba alegre y satisfecha, y como quien ha logrado alcanzar un gran triunfo, con los ojos brillantes, en los que rebosaba el júbilo.

El, pensando con fruición en los subidísimos goces que podría proporcionarle la novísima bodega de don Ruperto.

CAPITULO II

*Telegrama revolucionario. — Señora alegre. —
Naturalista fastidiado.*

A las tres de aquella tarde llegó a Majalencina, o mejor dicho, a la casa de don Ruperto, el cartero de la aldea con un telegrama para doña Enriqueta Larraz.

Dicho telegrama, fechado en Logroño, no contenía más que estas palabras:

«Salimos hoy para esa,

»ROSARIO»

Estas palabras causaron en la casa una verdadera revolución.

Enriqueta Larraz dedicóse a disponerlo y ordenarlo todo; la cocinera y la doncella empezaron a preparar rápidamente una habitación; abriéronse baúles y armarios; salió a relucir un montón de ropa blanca formada de toallas, sábanas, fundas de almohadas; las escobas de palo largo llegaron hasta el techo limpiándolo de telarañas...

La cocinera tardó poco en introducirse en el corral causando algunas bajas.

Enriqueta en medio de aquel bullicio se acordó del viejo capataz y, después de llamarlo, le

mandó que fuese a la estación con caballerías a la llegada de todos los trenes para recoger los equipajes de sus amigos.

Don Ruperto, ignorante de todo, encontrábase en el campo a caza de invertebrados a cuyo estudio dedicaba todas las horas del día.

Enriqueta Larraz corría de un lado para otro, dando órdenes a voz en grito, alegre y regocijada como no lo había estado nunca, palmoteando con impaciencia al hablar, como para dar más energía a sus mandatos; frotándose otras veces las manos, sin poder disimular el júbilo que el telegrama le había producido.

—Muelle bien la cama—gritaba;—que esté muy blandita, muy blandita y la encuentren muy agradable. Después de un viaje de tantas horas vendrán rendidos.

En seguida se encaminaba a la cocina, donde la cocinera desplumaba algunas aves.

—Ante todo, debe usted hacer un caldo clarito; algo que sea muy tonificante; después de un viaje largo, los estómagos están desfallecidos. Que la cena sea copiosa; nada de miserias, Catalina, quiero que mi amiga Rosarito esté satisfecha del recibimiento que se le haga.

—Descuide usted, señorita.

—Dile a la mujer del capataz que coja las mejores verduras de la huerta.

—Pero eso corresponde a su marido que es el que de ello entiende.

—Ella es la que tiene que hacerlo; el capataz ha ido a la estación.

—Todo se hará; puede usted estar tranquila.

Enriqueta dió media vuelta para dirigirse a otro lado.

La voz de Catalina la detuvo.

—Señorita.

—¿Qué te ocurre?

—Sería necesario que mandase usted por vino; una comida sin vino pierde toda su gracia.

—Ya sabe usted que don Ruperto no es partidario de ver en la mesa otra bebida que agua.

—Sí, señorita; pero supongo que los señores que vienen no serán de la misma opinión.

—No importa; el vino no conviene. El que tenga sed, que beba agua.

Por este detalle pueden calcular mis lectores el chasco soberano que iba a llevarse Ernesto Cuenca.

En esto llegó la hora en que acostumbraba a llegar don Ruperto, como le llamaba Enriqueta siempre que le tocaba aludir a su marido.

Entró en la casa llevando colgada en el brazo una cestita en la que solía encerrar los

animalitos que más tarde habían de sufrir la disecación.

Don Ruperto llevaba cubierta la cabeza con un gran sombrero de esparto como el que usan algunos campesinos de Valencia; vestía un trajecillo de americana negro, y llevaba el pantalón subido y los zapatos manchados de barro.

Era delgado, moreno, de ojos vivarachos e inteligentes, alto y no muy desaliñado. Su cabeza era grande, aunque no desproporcionada, su frente alta y tersa, su boca grande en la que se dibujaba constantemente un gesto doloroso de desdén.

Quiero dejar sentado que en conjunto don Ruperto estaba muy lejos de ser el hombre ridículo que las cartas de su mujer hacían sospechar, su cara resultaba bastante agradable, contribuyendo a este resultado cierto aire de resignación y bondadosa mansedumbre.

Se había casado con Enriqueta Larraz creyéndola mujer espiritual y sensible; muy dado a la poesía, y poeta en cierto grado, sufrió desengaños crueles con el carácter frívolo de su mujer, que sin duda se casó con él porque tenía una fortuna envidiable. Las amarguras de la vida y el desencanto volviéronle un poco el juicio y su afán analítico acabó por guiarle por los senderos que tan raros y estúpidos encontraba su mujer.

Cuando entró en su casa y se encontró con aquel belén que había armado su mujercita, puso cara de vinagre y se dispuso a recibir una mala noticia.

Enriqueta salió a su encuentro, diciendo.

—¿No sabes la novedad?

—¿Habla bien de mí algún periódico?

—Mejor—dijo Enriqueta palmoteando y probablemente sin darse cuenta exacta de lo que decía.

—¿Me proponen para la Academia de Ciencias Naturales?

—No, no es eso.

—Pues, como no te expliques...

—He recibido un telegrama de Rosarito Alcácer, en el que me anuncia su llegada.

—¿Se ha peleado ya con el borrachín de su marido?

—No; viene con él.

Don Ruperto hizo un mohín que distaba bastante de la alegría.

Y encogiéndose de hombros, penetró en su cuarto laboratorio murmurando:

—¡Me han fastidiado! Estas gentes no sé en lo que piensan, que no saben más que estorbar.

CAPITULO III

*Torpeza de un capataz.—Enriqueta
Larraz, chasqueada.*

Pedro (que no otro es el nombre del capataz) cumpliendo órdenes de su ama fué a la estación de Majalaencina aquella noche con ánimo de enterarse a qué hora pasaban los trenes procedentes de Logroño.

El jefe de estación le dijo que por allí pasaban dos; amén del expreso que no paraba: el uno a las nueve de la mañana y el otro a las siete de la tarde.

Pedro, que iba perdiendo la memoria de un modo lamentable, para no olvidar lo que el jefe de estación le dijera, lo fué repitiendo; pero al llegar a Majalaencina encontróse con un compadre a quien no había visto hacía mucho; entabló conversación con él, y ambos quisieron recordar tiempos antiguos y aventuras juveniles despachando una botella.

Resultado de esto fué, que al salir el antiguo capataz de la taberna, apenas se acordaba de lo que había motivado su ida a la estación y echó a andar hacia la quinta de don

Ruperto, devanándose los pocos sesos que le quedaban en la mollera y dándose a dos mil diablos por la maldita falta de memoria.

Y como había bebido algunos tragos más de lo justo, deteníase de tanto en tanto, y hablando de modo que él mismo pudiese oírlo, pues era bastante sordo, decía:

—Vamos a ver, Perico; tú ¿aónde has ido? ¿Pa qué has ido?... Pa ir a la taberna de *El Abejorro*, no; porque te ha mandao la señorita y en la casa de la señorita no se bebe más que agua... y gracias... Pues, si no has ido a la taberna de *El Abejorro*, ¿aónde has ido? ¿Por qué ha sido?

Esta especie de soliloquio lo repitió una vez y muchas, con la pertinacia cargante de los borrachos impenitentes, y, por más que hizo y se preguntó, jamás hallaba la respuesta de no haber llegado a sus oídos algo que se le figuró ser el pito de un tren en marcha.

Entonces, y por lógica asociación de ideas, acordóse del encargo de su señora y hasta creyó no haber olvidado la contestación que el jefe le diera, y que tantas veces había repetido antes del encuentro con su compadre.

Algo más aliviado con este recuerdo y con el propósito de que no volviera a olvidársele, empezó de nuevo a repetirlo, y así fué hasta llegar a la quinta. Sólo que, como había ha-

bido aquella interrupción de las botellas consabidas, trabucó las horas y siguió diciendo:

—Uno a las siete de la mañana y otro a las nueve de la noche...

No bien llegó a la casa, la *señá* Pepa, su mujer, le dijo:

—Corre, hombre, que la señorita te está esperando con grande impaciencia.

—Anda, ¿y pa qué?

—Pues, hombre, pa que le digas a qué horas llegan los trenes.

—¡Ah! Sí, es verdad.

Pedro fué en busca de la doncella de Enriqueta Larraz y le suplicó que le anunciase a su señora.

Logró, por fin, encontrarse en su presencia, y Enriqueta le preguntó:

—Y bien, Pedro, ¿cumpliste mi encargo?

—Ya lo creo, señorita.

—¿Fuiste tú mismo a la estación?

—Sí, señorita.

—¿Y qué has averiguado?

—Lo que la señorita me encargó.

—Bueno, ¿a qué hora llegan los trenes de Logroño?

De nuevo asaltaron al buen Pedro las dudas que le acometieron al salir de la taberna; sólo que aquellas dudas tomaban en su imaginación forma más concreta.

Dudaba cuál era la hora de la mañana y

cuál la de la noche, y por grandes que eran sus esfuerzos, en su memoria no había más que un siete y un nueve que bailoteaban como burlándose de él.

Temeroso de caer en el desagrado de su señora, apresuróse a contestar lo que primero se le vino a la imaginación y, como es lógico, lo que le vino fué un disparate.

—Los trenes llegan—dijo—a las siete de la mañana uno y a las nueve de la noche otro.

—¿Estás seguro?

—Sí, señorita.

—Bueno, pues ya lo sabes: mañana, a las siete, has de estar en la estación para esperar a unos señoritos.

—No faltaré.

—Es menester que lleves caballerías. ¿Habrá quién las alquile?

—Sí, señora.

—Has de llevar una con silla de camino para señora; un caballo con silla y un burro para los equipajes.

—Descuide usted.

—¡Ah! Que Rosa, mi doncella, te dé un buen almohadón y una colcha blanca para la silla de camino.

Pedro se despidió de su señora para ir en busca de un arriero, llamado Bartolico, el cual había de alquilarle las caballerías y tenérselas preparadas para el día siguiente.

Enriqueta quedóse haciendo los últimos preparativos, estaba alegre, muy alegre, y se frotaba las manos regocijada.

La prodigiosa idea de Rosario Alcácer había dado al traste con aquella monotonía horrible, casi de muerte, que reinaba en la casa de don Ruperto.

Mientras hacía sus preparativos, Enriqueta meditaba el medio de poder retener el mayor número posible de días al borrachín de Ernesto Cuenca.

Tenía, por otra parte, gran curiosidad por saber los medios de que se valdría Rosarito para sacar un remedio eficaz contra la borrachera.

Por fin llegó y pasó la hora de acostarse, y Enriqueta, que por razones de salud, alegadas por su marido, dormía sola, se encerró en su habitación acompañada de la doncella que la ayudó a desnudarse.

—¡Ay, Rosa, qué contenta estoy!

—La verdad es que la señorita Rosario hace una obra de caridad viniendo a hacerle compañía.

—No puedes tú figurártelo, Rosa.

—¡Vive una tan aburrida en este desierto!

—¡Ay, sí!

Este «Ay, sí» de Enriqueta fué uno de los suspiros más desconsoladores que han salido de boca femenina.

Y la verdad que había razón más que suficiente para tan desencantado modo de suspirar.

Rosa preguntó:

—Ahora, el señor don Ruperto dejará por un poco de tiempo el estudio de sus animalitos.

—Sí. Por fortuna descansará un poco: porque como es ante todo un hombre muy cumplido, no tendrá otro remedio que atender al señorito Ernesto. A menos que no le incline al estudio de la Zoología desde sus animales menos complicados.

Y Enriqueta soltó la carcajada.

—No lo creo—dijo la doncella;—el señorito Ernesto, como más joven, debe ser aficionado a otra clase de estudios, y tal vez le gusten los más complicados, que son las mujeres.

Enriqueta Larraz despidió a su doncella.

Necesitaba quedarse sola para dar rienda suelta a sus imaginaciones, porque el sueño estaba bien lejos de sus párpados.

Y, después de pensar mucho en el cambio que iba a experimentar su vida con la llegada de sus amigos, varió el rumbo de sus pensamientos y el nuevo rumbo no debía ser muy alegre, puesto que de vez en cuando suspiraba.

¿Por qué?

Una mujercita de veinte años, vivaracha, alegre, elegante, guapa, que no carece de ninguna de esas brillantes cualidades que engendran un ardiente deseo de vivir, tiene motivos

más que suficientes para entristecerse al recordar que está casada con un hombre serio y poco divertido que se dedica al estudio de los animales rudimentarios.

Enriqueta durmió muy poco y con sueño intranquilo.

A las cinco de la mañana estaba en pie alborotando, dando disposiciones; entrando y saliendo de la cocina; mareando a Rosa; atolondrando a la *señá* Pepa; riñendo a Pedro, porque lo arreglaba todo con una calma irritante y debía marchar más que de prisa a la estación, cogiendo ella misma la escoba para barrer las vereditas enarenadas del jardín; nerviosa, excesivamente nerviosa, como muchachuela que espera el juguete por mucho tiempo anhelado.

Al salir Pedro, con las caballerías, acompañado del arriero, le hizo infinitas recomendaciones a las que él contestaba con un:

—Bueno, señorita.

Pero este «bueno» no tranquilizaba mucho a Enriqueta, que volvía a la carga con sus advertencias y recomendaciones.

—Descuide usted, señorita.

Por fin Pedro logró encontrarse solo y en verdad que llevaba la cabeza como olla de grillos, y que si no se volvió loco por completo fué gracias a que, como antes creo haber apuntado, era un tantico sordo.

Bartolico, el arriero, al cruzar por Majalaencina invitó al antiguo capataz a «tomar la mañana» y la tomaron en cuantas tabernas encontraron al paso, no emborrachándose uno y otro gracias a que las copas las tomaron sobre la marcha y a que el pueblo no era muy grande y las tabernas no estaban en gran número.

Llegaron a la estación a las siete en punto, precisamente la hora en que un tren pasaba, aunque no era el procedente de Logroño, sino todo lo contrario; el que iba.

Y aquí tienen ustedes a Pedro y Bartolico sin saber qué hacerse en vista de que nadie baja del tren.

—No han venido—dijo uno.

—No han venido—repitió Pedro.

—¿Y no vendrá ahora ningún tren más?—preguntó el arriero.

—Es fácil que sí; pero los señoritos que esperamos no pueden venir más que en este tren que acaba de pasar o en el de las nueve de la noche.

—¿Nos volvemos?

—Vamos andando.

Y se encaminaron de nuevo a casa de don Ruperto, cachazudamente, fumándose algunos cigarrillos en el camino y deteniéndose en el pueblo para tomar algunas copas más.

Como iban un poco cansados y el aguardiente trasegado, a más de empezar a trabarles la

lengua hizo pesados los movimientos de los pies, decidieron utilizar las caballerías para recorrer el kilómetro y pico que aún les separaba de la quinta de don Ruperto.

Bartolico utilizó el caballo, y el capataz, que era peor jinete, subióse en la bestia que llevaba la silla de camino llevando de reata al burro destinado a los equipajes.

Los que veían a Pedro, cabalgando a mujeres en aquella silla de camino, adornada con una colcha blanca, reían hasta hacerse daño y tener que apretarse con los puños los vacíos, porque hay que advertir que a las gentes del pueblo les hace mucha gracia hasta algunas cosas que no la tienen, y aquella no dejaba de ser soberanamente cómica; porque el capataz hacía una muy grotesca figura ocupando, medio borracho, el lugar que debía de ocupar una señora distinguida, que no para otras están destinadas en Majalaencina las sillas de camino, que colocan sobre las caballerías.

Y sucedió, con este modo de encaminarse a la quinta arriero y capataz, que la hermosa Enriqueta llevase un soberano chasco.

Hallábase impaciente en la puerta, deseosa de ver llegar a los anunciados, y no bien divisó las caballerías y las vió ocupadas, sin detenerse a más, echó a correr a carrera abierta hacia los que venían, palmoteando llena de jú-

bilo y diciendo en el colmo de su regocijo infantil:

— ¡ Ya están aquí ! ¡ Ya están aquí !

Júzguese cuál no sería la indignación de la señora cuando descubrió el chasco que se había llevado.

Desatóse en improperios contra el capataz y arriero, los puso de vuelta y media y tentada estuvo de mandar que les propinasen una buena zurra, cosa que no hizo al fin, probablemente porque no podía disponer de nadie que pudiese ejecutar sus órdenes.

IV

El almuerzo interrumpido. — Ernesto Cuenca, escamado. — Dos señoras contentas y un sabio que se da a los demonios

En la quinta del sabio don Ruperto, lloviese o tronase, se almorzaba invariablemente a las once.

Aquella mañana Enriqueta hubiese dejado de almorzar de buena gana ; el gran deseo que tenía de ver llegar a sus amigos, y el no pequeño chasco que se había llevado por la mañana le habían quitado el apetito.

Ya empezaba a temer que Ernesto Cuenca

hubiese encontrado por el camino algún lugar a propósito para adorar a Baco, y creía ver a la desventurada Rosarito Alcácer sufriendo las impertinencias del maldito anhelo que tenía su marido de saber lo que había en el fondo de los más ventrudos toneles.

Todo era creíble tratándose de un hombre tan sin voluntad como Cuenca.

Enriqueta, como no tenía a quien comunicar sus pensamientos más que a Rosa, metióse con ella en el tocador y le dió cuenta de los temores que abrigaba.

—¿Has visto, mujer? — preguntó, tristemente.

—Sí, señorita.

—¿Qué les habrá ocurrido?

—Tal vez hayan perdido algún tren.

—¿Lo crees así?

—Vaya si lo creo. Ya sabe la señorita que eso es cosa fácil.

—Es verdad.

—Además, el telegrama no dice cuándo han de llegar.

—Tienes razón.

—Tal vez vengan esta noche.

—Dios lo quiera; porque te aseguro que esta tardanza empieza a serme sospechosa.

—Pues a mí, no.

—¿Por qué?

—Es muy fácil que los señoritos no hayan querido viajar de noche.

—Ya es eso una razón; pero con la impaciencia que tendrá Rosarito por llegar...

—Sí; pero no creo que sea la misma la de don Ernesto.

—¿Viste el chasco que me dió ese bárbaro de Pedro?

—Sí, señorita; ya lo vi.

—El muy zángano. ¡Venir montado en la silla de camino!

—Le aseguro a usted, señorita, que estaba famoso, y que hubiera sido cosa de reir mucho, de no haberse usted llevado el chasco que se llevó. ¡Poco que tendrá que reirse doña Rosario cuando usted le refiera lo ocurrido!

—¡Si no viniese!

—Vendrá, señorita; no tenga usted cuidado.

Enriqueta, aunque bastante descorazonada, volvió a dar una vuelta por la casa, para cerciorarse de que nada había de faltar a los esperados huéspedes.

En su excursión, inspeccionándolo todo, llegó a la cocina.

La cocinera estaba también de mal humor; habíase pasado parte de la noche anterior y toda la mañana preparando un almuerzo opíparo que indudablemente había de acreditarla, y su trabajo resultaba inútil, ya que los seño-

ritos habían tenido a bien no llegar a la hora en que les esperaba.

—¿Qué hago, señorita?—le preguntó a Enriqueta.

—Pues, mira ; tener calma. Aprovecha lo que puedas y prepara una buena cena. Tal vez esta noche vendrán.

—La cena está ya preparada ; no falta más que hacerla.

—Pues cuando llegue el momento oportuno, manos a la obra.

—¡Mira que no venir! —murmuró la cocinera, al ver salir a la señora.

Con estas y otras razones por el estilo llegó la hora de almorzar.

Don Ruperto salió de su cuarto-gabinete a la hora en punto con el reloj en la mano y fué a ocupar su asiento en la mesa, donde todo estaba preparado.

La *señá* Pepa acababa de servir el primer plato. Enriqueta Larraz se encontraba también en su puesto.

—¿No han venido esos?—preguntó el sabio naturalista.

—No, hijo mío ; me han dado un soberano chasco.

—¿Te anunciaban la hora de llegada?

—No.

—Entonces será que no han salido de Logroño hasta esta mañana.

—Puede ser.

—Esta noche los tendrás aquí, descuida ; cuando la gente trata de fastidiar al prójimo, no lo deja de hacer por poca cosa.

—¡ Ave María, hombre ! Cualquiera que te oyera creería que nuestros amigos te están fastidiando siempre.

—No me has fastidiado, pero piensan fastidiarme, y es igual ; por ellos tendré que interrumpir mis estudios.

—Bueno es que descanses un poco ; no siempre has de estar trabajando,—dijo Enriqueta, a quien el gesto de vinagre de su marido empezaba a poner de mal humor.

Ya habían consumido el primer plato y la señá Pepa entraba en el comedor con el segundo, cuando se oyó un gran golpe que una mano vigorosa había dado sobre la puerta de entrada, mientras una voz varonil y bien timbrada gritaba :

—¿ No hay nadie por aquí ?

—¡ Ernesto !—gritó Enriqueta, levantándose precipitadamente y corriendo hacia la puerta.

Don Ruperto, a fuer de caballero bien educado, se levantó también, y fué al encuentro de los que llegaban con la cara risueña, aunque «por dentro andaba la procesión».

Pronto Enriqueta y Rosario se vieron la una en brazos de la otra, besuqueándose ;

apretujándose, armando las dos juntas más ruido que un regimiento, porque hablaban a la vez preguntándose y respondiéndose, sin entenderse y sin que nadie pudiera entenderlas, aunque en ello hubiese puesto gran empeño.

El sabio naturalista entre tanto saludó a Ernesto Cuenca afectuosamente y no pudiendo soportar el guirigay que armaban sus esposas, tiró de él hacia el comedor, diciéndole:

—Ya habíamos empezado a almorzar, y como supongo que ustedes no carecerán de apetito, creo que lo mejor será que nosotros prosigamos nuestro almuerzo y que empiecen ustedes el suyo.

—No me parece mal, porque lo que es apetito no falta. Y luego, con el paseo que hay desde la estación aquí, hay motivo más que suficiente para almorzar o para desmayarse; una de dos.

Don Ruperto ordenó a la criada que pusiese cubiertos para los recién llegados, y sin andarse con más cumplidos dijo:

—Con el permiso de ustedes, voy a continuar almorzando; si interrumpo la comida estoy luego varios días fasdiado del estómago. Esas (esas eran Rosario Alcácer y Enriqueta Larraz) vendrán cuando quieran.

—Obre usted — repuso Cuenca tomando asiento — con entera libertad; los cumplidos

no están bien entre amigos y mucho menos en el campo.

En esto entraron en el comedor Enriqueta y Rosario, alboratadoras como pajarillos al alborazar el día.

—¿Pero cómo es que llegáis a esta hora? — preguntó por fin Enriqueta, entrando de lleno en una conversación, después de unos quince minutos de exclamaciones, palabras sueltas e incoherencias incomprensibles — ¿De dónde venís?

—Pues, hija, ya lo sabes, de Logroño.

—¿Y a qué hora habéis llegado?

—A las nueve. ¡Buena caminata nos hemos metido en el cuerpo! — repuso Cuenca.

—¡Ay, hija mía, sí! Nos hemos pasado más de tres horas danzando de un lado a otro sin saber dónde ir, ni qué camino tomar. ¿No has recibido un telegrama mío?

—Sí.

—Pues creí que no; ¡cómo nadie nos esperaba en la estación!

—Enriqueta entonces refirió cuanto le había ocurrido por la mañana, sin omitir el chasco, y en aquel comedor donde generalmente se hablaba muy poco y donde no se reía nunca resonaron las carcajadas de Rosario como algo inaudito.

Pedro se presentó llamado por su ama, y se quedó no poco admirado de encontrarse allí a

los señoritos a quienes él fué a esperar por la mañana, y como Enriqueta empezó a reñirle por su torpeza, él, poniendo la cara más estúpida que puede concebirse y dándose una palmada en la frente, dijo:

—Ahora caigo.

—¿En qué es lo que caes?

—*Pus* en que el jefe de la estación me dijo que un tren llegaba a las nueve de la mañana y otro a las siete de la tarde; vine repitiéndolo y me debí equivocar en el camino y me ha salido la cosa al revés.

Como no iban a matar a aquel hombre, se contentaron con reirse de él y encargarle que fuese a la estación a buscar los equipajes.

Pronto estuvo servido el almuerzo para los recién llegados.

Catalina, la cocinera, se había lucido haciendo una comida que honraba a los amos de la casa:

El que empezaba a no estar muy conforme con todo aquello, era el marido de Rosario.

A Ernesto Cuenta no se le alcanzaba cómo un hombre que se había dedicado a almacenar los mejores vinos del mundo servía un almuerzo, espléndido, es verdad, pero donde el vino brillaba por su ausencia.

Tentado estuvo de reclamar, pero la prudencia pudo en él mucho más que el deseo de beber y guardó silencio, reservándose para mejor

ocasión aquella protesta, que pugnaba por salir a sus labios.

Contentóse con sostener la conversación de la mejor manera que supo; y esperó que se resarciría por la tarde, cuando el sabio don Ruperto le enseñara la exquisita y abundante colección de vinos de marca.

Sólo con esta esperanza se decidió a hablar con don Ruperto de Zoología, sosteniendo la conversación con no poca habilidad.

El sabio, por su parte, estaba algo mohino y tenía que hacer grandes esfuerzos sobre sí para no manifestar de una manera clara que la perspectiva de tener que atender a Cuencia como corresponde a todo caballero hospitalario, le hacía muy poca gracia.

Y aunque se daba a los demonios, disimulaba su mal humor cuanto podía, mientras en su magín bullía la idea de hacer cuanto humanamente estuviese a su alcance para inclinar a Ernesto a los estudios a que él se entregaba, ganándose con esto, si no un compañero, por lo menos una especie de discípulo que le estorbaría muy poco.

CAPITULO V

*Ernesto, disgustado.—El sabio, alegre.
Paseo agradable.*

--Este hombre ni fuma ni bebe. Creo que nos vamos a divertir bien poco en Majalaencina.

Así hablaba Ernesto, dirigiéndose a su esposa, cuando, después de almorzar, fueron conducidos a la habitación que debían ocupar, y se quedaron solos.

—Creo —repuso Rosario, tratando de disimular una sonrisa un tanto burlona—que no venimos a Majalaencina con el propósito de beber, y menos con el de ver fumar a don Ruperto. Tú fuiste el que, movido a compasión por lo mucho que se aburre esa pobre Enriqueta, propusiste el viaje.

Ernesto se mordió el labio inferior, como quien se ve cogido en sus propias redes, y contestó:

--Es verdad.

—Comprenderás que, después de hecho el viaje y de habernos recibido Enriqueta con tales muestras de alegría, no es cosa de marcharnos en seguida porque don Ruperto no fume.

Cuenca, embebido en sus pensamientos, no contestó.

Rosarito Alcácer repuso:

—A más, acuérdate que, al ponernos a almorzar, has dicho tú mismo que permaneceríamos una temporada.

Ernesto, con la cabeza baja, como si pesase sobre él una pesadumbre inmensa, murmuró:

—Es verdad, pero te advierto una cosa.

—¿Qué?

—Que antes de decir eso no había notado la ausencia del vino en la mesa.

—No tendrán costumbre.

—Corriente; pero yo la tengo, y te aseguro que lo más probable es que enferme.

—No será tanto.

—El almuerzo ha sido bueno, es verdad, pero me está bailando en el estómago y creo que se me va a indigestar.

—¡Jesús!—exclamó Rosario.—Los hombres sois terribles; no sabéis privaros de nada. ¿Qué más te da estarte **algunos días sin beber?**

Ernesto Cuenca se paseaba por la habitación y parecía no oír lo que su mujer le decía.

De pronto interrumpió sus paseos, murmurando:

—¡Oh! Los verdaderamente terribles son los sabios como Ruperto, que se pasan la vida enfrascados en sus estudios y con tanto saber se encuentran en el lamentable caso de no saber

vivir... ¡Imbéciles!... Por algo menos encierran en los manicomios a más de cuatro.

—¡Hombre, por Dios, no hables tan alto!
¡Si te oyesen!...

—Vaya, déjame en paz, que tengo razón que me sobra. O si no, dime: ¿A quién se le ocurre almacenar los mejores vinos no siendo aficionado? ¿Quién, disponiendo de una buena bodega, recibe unos huéspedes y los obsequia con agua que, aunque nada tiene de buena, tampoco tenía mucho de fresca?

El final de esta conversación fué que Rosario prometiese a su marido que hablaría a Enriqueta rogándole que no faltase vino en la mesa.

Ernesto, si no apaciguado, empezó a estar un poco más conforme.

Por la tarde Enriqueta propuso que dieran un paseo todos juntos.

Dos Ruperto, que estaba contrariadísimo por aquella visita que había ido a interrumpirle en lo más serio de sus ocupaciones, se vió obligado a ofrecer el brazo a Rosario que, como no deseaba otra cosa, aceptó con regocijo.

Ernesto, a su vez, ofreció el suyo a Enriqueta y todos juntos marcharon con el propósito de ver lo poco notable que había en Majalaencina: una fuente que tenía fama de ser un manantial de aguas inestimables, un bosque en el que se disfrutaba de agradable sombra, y al-

gunas huertas que tenían abundancia de exquisitas frutas. Lo demás se reducía a campo; verdaderamente encantador para los aficionados, pero harto aburrido para los que sólo encuentran verdadero placer en la bulliciosa vida de las capitales populosas.

Ernesto Cuenca hubiese estado bien en cualquier sitio con tal de poder estar con una buena botella delante y con un amigo conversador y alegre, pero como nada de eso tenía, empezaba a aburrirse, a pesar de llevar al lado una mujer tan estimable y apetitosa como Enriqueta Larraz, joven, rubia, gallarda, espiritual, de ojos azules, que parecían brindar con un mundo de misteriosas delicias, y un nidito de perlas en la boca, y una lengua bien prendida que sabía conversar de todo, amplia y graciosamente.

Pero ninguna de estas cualidades era apreciada por Ernesto Cuenca, que, a más de tener por esposa a Rosarito, que no le iba en zaga, ni bastante menos, en donaire y guapeza, a la de Larraz, había llegado en su pasión por el vino a ese punto en que es bastante probable ceder a una mujer, por bonita, gallarda y graciosa que sea, por una buena botella de vino.

Por eso, cuando tuvo ocasión, preguntó a Enriqueta:

—Supongo que, después de referir todos es-

tos datos geográficos y topográficos que tan minuciosamente nos explica don Ruperto, acabará por mostrarnos el incomparable tesoro de su bodega.

Enriqueta Larraz sonrió maliciosamente y dijo:

—Le encuentro a usted muy poco galante.

—¿Por qué?

—Estando a mi lado y bien cerca de su esposa echa usted de menos algo.

Ernesto se mordió el labio inferior y repuso:

—Es usted muy maliciosa.

—¿Yo?

—Sí, porque, después de todo, usted tiene la culpa de que yo me acuerde de la bodega.

—Es gracioso.

—¿No decía usted en su carta que don Ruperto había recibido una gran partida de vinos?

—Sí.

—Pues, entonces, no tiene nada de extraño que yo manifieste deseos de verla.

—¿No se enfadaría usted, Ernesto, si yo le dijera una cosa?

—¿Cuál?

—Pero, ¿se enfadaría usted?

—Me parece que huelga la pregunta; yo no puedo enfadarme por nada de lo que usted diga.

—Es usted muy galante.

—Usted merece que se la trate así.

Enriqueta, que encerrada con el sabio naturalista no había escuchado desde hacía mucho tiempo una fineza, apretó, sin querer, el brazo de Cuenca, dirigiéndole una mirada enternecedora.

En aquel instante, y sin vacilación de ningún género, se hubiese cambiado por Rosario, porque cuando se tienen veinte años y un corazón ardiente es mucho más fácil avenirse con un hombre elegante y buen mozo, aunque se emborrache tres veces al día, que con un sabio, así sepa más que el mismísimo Merlín.

—Gracias—respondió, después de la manobra indicada, bajando candorosamente la cabeza y cayendo en una serie de meditaciones que nada tenían que ver con el sistema nervioso de los animales rudimentarios.

Cuenca, al notar aquel cambio, creyó que sería cosa muy grave la que tenía que decirle y, como con esto aumentó no poco su ansiedad, dijo:

—Bueno, bueno, Enriqueta; no hay motivo para guardar silencio en el momento en que le ofrecía no enfadarme; sepamos de lo que se trata y sáqueme de la curiosidad en que me ha metido.

—Pues bien: sepa usted, Ernesto amigo, que mi esposo no ha pensado jamás en comprar vinos de ninguna clase.

Cuenca experimentó una sacudida nerviosa,

comprendiendo el engaño de que había sido víctima, y figurándose que aquellas dos mujeres, Enriqueta y Rosarito, se habían burlado de él.

Sin embargo, procuró disimular la mala impresión que la noticia le producía, y preguntó:

—Entonces lo que decía usted en su carta...

—No era verdad.

Y como Ernesto permaneciese un rato silencioso, Enriqueta le dijo:

—¿Ve usted como le ha disgustado la noticia?

—¿A mí?—preguntó, esforzándose por disimular.

—Sí, a usted. Y esto me hace pensar que si vinieron ustedes a Majalaencina, no fué precisamente por tener la satisfacción (Enriqueta subrayó mucho estas palabras) de encontrarse durante una temporadita entre buenos amigos.

Mientras tenía lugar esta conversación entre Enriqueta y Ernesto, Rosarito hablaba animadamente con el naturalista, que esta vez parecía algo más alegre que de costumbre, hasta el punto que, en repetidas ocasiones, se tuvo que reír a carcajadas; sobre todo cuando Rosarito le dijo, con toda la gracia y donaire de que era capaz, la causa de su visita a Majalaencina.

La artimaña de que se había valido para acarrear a Ernesto Cuenca hasta aquellos lugares solitarios admiró tanto a don Ruperto

que acabó por confesar que una mujer que tenía tanto ingenio merecía dedicar su clara inteligencia y su admirable golpe de vista al estudio de la Zoología, ciencia amena, a pesar de las grandes dificultades con que se tropezaba para lograr alcanzar en ella frutos positivos.

Rosario Alcácer dióle las gracias más expresivas por aquel cumplido, y aseguró que ella no pretendía eclipsar a los sabios de Grecia, ni de ninguna nación conocida o por conocer, y que sí sólo quería encontrar un medio de atraerse el cariño de su marido hasta disponer de su voluntad y arrancarle de las entrañas aquella maldita afición a la bebida que acabaría por enloquecerlos a los dos, si Dios, en su admirable misericordia no se daba prisa en evitar aquel mal.

—Créame usted, don Ruperto — agregó; — yo soy valiente; no me asusta nada; las catástrofes mayores no apocarían mi espíritu; si alguna vez nos quedáramos pobres, tendría virtud y fuerza bastantes para aceptar una vida de trabajos y privaciones con la risa en los labios y la alegría en el alma; pero siempre que él estuviese a mi lado, animándome con su presencia, llenando mi alma de júbilo con sus caricias; haciéndome sentir la alegría de vivir en las tardes en que saliésemos al campo para descansar de nuestros afanes, hablándome al

oído quedamente, muy quedamente, de nuestro amor; del cielo azul que nos cobijaría paternal; de las flores campestres que embriagarían nuestros sentidos; de los pájaros que nos adormecerían con sus trinos embelesantes; de la brisa que haría bambolearse los árboles suavemente, ceremoniosamente, como si nos saludasen al pasar, admirados de nuestro amor...

—Es usted una soberana poetisa—dijo don Ruperto, verdaderamente entusiasmado, al escuchar aquella charla melodiosa de Rosario, que hería los oídos llevando al alma las dulces y subidísimas emociones de todos los cantos de amor.

Porque, el sabio naturalista, aunque algo insensibilizado por el estudio y por los desengaños, no podía zafarse por completo del adorable encanto que lleva en sí la voz de las almas fuertes entusiastas de la vida que saben amar mucho y bien.

Rosarito Alcácer contestó modestamente:

—No sé lo que soy, no podré nunca definir lo que siento; pero desde luego le aseguro que soy capaz de todos los apasionamientos y de todos los sacrificios... Mas quisiera ser correspondida de igual modo; ganarme por completo la voluntad de mi marido, hacerle mío; para ello recurro a usted, a su ciencia soberana; usted, don Ruperto, puede hacer mucho por mí.

—¿Yo? — preguntó el sabio no poco admirado.

—Sí, usted.

—Pero ¿cómo?

—Ideando algún medio; dando a mi marido alguna cosa que le haga aborrecer el vino.

Don Ruperto dudó un momento. Después meneó la cabeza como quien acaba de recibir una proposición irrealizable.

Rosarito, impaciente le preguntó:

—¿No me contesta usted?

El sabio acabó por erguirse con cierto aire de orgullo. Tal vez iba a decir algo muy grande; a dar la solución apetecida, pero algo más grande debió cruzar por su mente haciendo que las palabras expiraran en sus labios y acabó por contestar con el encogimiento propio del hombre vencido:

—No sé.

—Pero; ¿es posible? ¿Usted, tan sabio, no podrá decirme nada ¿Usted, que sabe sorprender los secretos más ocultos de la Naturaleza, no podrá dar con uno que prevenga la borrachera?

—Señora — repuso don Ruperto verdaderamente afligido; — la ciencia, con ser muy amplia, es también muy limitada. Sobre las ciencias naturales hay algo; este algo lo constituye las ciencias filosóficas y en estas el que más adelanta no puede adelantar nada. Los

naturalistas sabemos que una semilla arrojada en una tierra bien cultivada en tiempo oportuno tiene necesariamente que germinar, que un árbol sometido a ciertas temperaturas y a determinados abonos florece antes de tiempo; sabemos, al detalle, el funcionamiento del aparato circulatorio,—por qué se renueva la sangre... En el orden químico... en todo lo que no se salga del terreno de lo experimental obramos con la seguridad del geómetra que asegura y demuestra palpablemente que los tres ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos; pero el psicólogo, por sabio que sea, no adivinará nunca el por qué una voluntad se inclina, o mejor dicho, va con fuerza incontrarrestable a un punto determinado.

Rosarito, a quien empezaba a interesar sobremanera el discurso de don Ruperto, se atrevió a interrumpirle, diciendo:

—Pero por lo menos, si no hay algo definitivo, una cosa que cure, habrá por lo menos un paliativo.

—Señora,—dijo don Ruperto, como quien siente una verdad evidente,—contra la embriaguez ocasionada por las bebidas alcohólicas no conozco más que un remedio.

—¿Cuál? — preguntó Rosario ansiosamente.

—El amoníaco.

—¿El amoníaco?

—Sí, señora; y ese no se puede, o mejor

dicho, no tiene objeto más que después de la borrachera; pero en modo alguna predispone en contra de ella.

Rosarito Alcácer bajó la cabeza apesadumbrada.

Don Ruperto, a quien empezaba a interesar

«la dulce fruta del cercado ajeno»

como diría el poeta, contempló a aquella encantadora y desgraciada criatura con consideración infinita, y hasta por un momento chispearon sus ojos negros, y pronunció cariñosamente estas palabras, deteniendo sus pasos:

—Crea usted, amiga mía, que de buena gana...

—¿Qué?

—La consolaría a usted.

—¿Y cómo?—preguntó la de Cuenca.

Don Ruperto titubeó; tal vez comprendió que iba a dar al traste con su gravedad y a ponerse en ridículo, y aflojó un poquito el brazo de Rosario que había oprimido algo con el suyo, y tras de suspirar, considerando su juventud perdida, respondió:

—Procurando... haciendo que su marido se tornara hombre de bien.

Y volvió a envolverla en una mirada cariñosa y tierna, atraído por el dolor desesperado de la pobre joven y renegando de la sociedad

que ata tan fuertemente a los seres, imposibilitándolos de todo movimiento.

Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, agregó:

—Estudiaré el asunto; revolveré libros, consultaré apuntes... tal vez... ¿Quién sabe? Aún puedo yo resultar útil.

* * *

La conversación de Ernesto y de Enriqueta empezada en la forma que he indicado, tardó poco en variar de tema.

Como Cuenca llevaba varios días sin emborracharse, hacía mejor uso de sus ojos para contemplar la belleza.

La mujer de Ruperto era el contraste fiel de Rosarito.

Rubia, blanca, sonrosada, de ojos azules y tranquilos; esbelta, espiritual, gallarda como una divinidad pagana, Enriqueta empezaba a *resultarle* más de lo que él mismo se hubiese figurado.

Por eso, pasado el primer momento, y después de haber puesto fin a aquella conversación que le había producido una agitación nerviosa especial, no sabía si motivada por la falta de vino en la comida, o porque Enriqueta ha-

bía leído de corrido en sus intenciones (tal vez por ambas cosas), procuró dar al diálogo otro giro bien distinto, y, sin andarse con preámbulos, preguntó a Enriqueta:

—Dígame usted, amiga mía, siendo tan joven y tan hermosa, ¿cómo puede vivir al lado de don Ruperto?

—Muy sencillamente—contestó ésta suspirando;—aburriéndome en grado sumo.

—¡Qué lástima! Sin embargo, usted es digna de divertirse, de pasar la vida alegremente, ocupando en la sociedad el puesto que le corresponde como reina de la hermosura.

Enriqueta Larraz empezaba a estar conmovida.

Joven y hermosa, casada por conveniencia con un hombre a quien no entendía, las palabras de Ernesto, que hablaba apasionadamente, como todos los impulsivos, le produjeron una emoción extraña.

El marido de Rosario era joven también, guapo, buen mozo, elegante; lo bastante para llevar la intranquilidad y conturbar el espíritu de una mujer como Enriqueta Larraz, siquiera se encuentre ésta casada con un Séneca.

Aquel giro que había tomado la conversación tenía para ella algo de grato y de doloroso a la vez. El demonio tentador silbaba en su oído palabras perversas que la hacían temblar.

La voz de Ernesto Cuenca, que había em-

pezado a hacerle el amor de una manera harto elocuente, aunque velada, sonaba para la mujercita del sabio como esa voz dulce y misteriosa que parece estarnos llamando siempre, invitándonos al gran banquete de los goces positivos.

Pero Enriqueta Larraz era ante todo amiga de Rosario Alcácer, y haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma logró vencerse, no dejándose arrastrar por aquella extraña voluptuosidad que la invadía.

Y como si dudase de sus fuerzas y estuviese temerosa de la tentación, acortó el paso primero, y acabó por volverse para ir al lado de don Ruperto que en aquellos momentos contemplaba a Rosarito con no muy sanas intenciones.

CAPITULO VI

Ernesto Cuenca da señales de vida.—Dios los cría...—La seña Pepa, indignada.

Ernesto Cuenca bostezaba de aburrimiento. En los días que llevaba en Majalaencina, no había hecho ninguna de las suyas por falta de ocasión; los discursos de don Ruperto, siem-

pre encaminados a probar que las ciencias naturales eran el *non plus ultra* de todas las ciencias, habían sido causa de que sufriese horribles pesadillas; las caricias y los halagos de Rosarito, empeñada en fortalecer los lazos que le unían a su marido, le empalagaban. Muchas veces maldijo desde el fondo de su alma la inmoderada curiosidad que le acometió de conocer los vinos fabulosos de don Ruperto. Por otro lado no se le presentaba ocasión de estar a solas con Enriqueta.

Una tarde, cuando se disponían todos a salir a dar su acostumbrado paseo, Enriqueta y Rosario buscaron inútilmente a Cuenca. El amigo de Baco parecía haberse evaporado.

Por otra parte, don Ruperto había preguntado repetidas veces por el antiguo capataz, sin que nadie supiese darle razón de él.

En vista de eso llamó a la *señá Pepa*.

—¿Dónde está su marido?—le preguntó.

—No lo sé, señorito.

—Pues búsquelo; le necesito para enviarle a un recado urgentísimo.

La buena mujer hartóse de dar vueltas por la quinta sin encontrar a su hombre.

—¿Pero, dónde se habrá metido?—se preguntaba dándose a todos los diablos.

Y por más vueltas que daba, nada; no parecía sino que a Pedro se lo hubiese tragado la tierra.

Una nueva orden le hizo volver al despacho de don Ruperto.

—¿ Ha parecido ya ?

—No, señor ; no sé dónde puede haberse metido.

—Bien ; cuando venga que se me presente a escape. Ya le diré yo cuántos son dos y tres ; Pues hombre ! No faltaba más ; pagar y mantener gente para que desaparezca en el preciso momento en que uno la necesita... No, pues no estoy dispuesto a tolerarlo.

Y mientras esto decía, el sabio naturalista se paseaba por la habitación con el gesto más avinagrado que puede darse y apretando los puños colérico.

La *señá Pepa* salió murmurando con enojo :

—A otra como ésta este hombre es capaz de ponernos de patitas en la calle, y entonces ¡ adiós mi dinero ! ¡ Oh, estos hombres, estos hombres, no sé en lo que piensan, que todo lo hacen al revés !

En vista de que no parecía ni uno ni otro, don Ruperto y las dos señoras decidieron salir de paseo ; pero el sabio, aprovechando el que podía verse libre de su pareja, tomó otro rumbo, so capa de hacer algunas observaciones importantes y dejó a Enriqueta y Rosarito a sus anchas, asegurándoles que a las seis de la tarde iría a buscarlas a una de las huertas próximas, donde merendarían.

Pasó la tarde, merendaron, volvieron a la casa y a la hora de cenar no habían parecido por la casa ni Ernesto Cuenca ni Perico.

Rosarito estaba que un color se le iba y otro se le venía, sospechando, no que le hubiese ocurrido nada a su marido, sino que al fin y al cabo le vería llegar cayéndose de puro borracho.

Enriqueta, en vista de la intranquilidad de su amiga, encargó a Rosa que fuese al pueblo, sin decir a nadie a dónde iba, con el propósito de que se enterase si por allí habían visto a los desaparecidos.

Don Ruperto, enfadado porque le hacían quebrantar su método, haciéndole cenar más tarde, dispuso que se apartase la comida necesaria para el caso de que volviese Cuenca, y que se sentaran las dos mujeres a la mesa, si querían cenar con él.

Rosarito Alcácer se sentó intranquila y un tanto avergonzada; Enriqueta, no muy alegre, y don Ruperto, refunfuñando.

Mientras comieron el primer plato se cambiaron escasas palabras entre los comensales; bastantes menos de las que hacían falta; mas luego fueron animándose y ¡claro! la conversación versó sobre el punto más culminante.

Rosarito, casi con lágrimas en los ojos, rogó a don Ruperto que no la abandonase ya que ella tenía puesta en él toda su confianza.

Necesitaba a todo trance encontrar aquel remedio que tanto había solicitado.

Don Ruperto, con la tristeza y encogimiento con que siempre se hacen las confesiones de impotencia, se vió en el lamentable caso de confesar que toda su sabiduría no valía un pittoche para el caso y que tendrían que entregarse a la voluntad de Dios, único capaz de hacer el gran milagro que todos, cada cual por su lado deseaban se realizase.

En estas razones se encontraban cuando llegó hasta el comedor un gran ruido de voces, mezcladas con desgarrantes gritos.

Todos prestaron atención ansiosos de saber lo que pasaba.

Enriqueta y Rosarito se habían puesto en pie. Don Ruperto había levantado al cielo su pensativa cabeza.

Los gritos eran de la *señá* Pepa que parecía lamentarse.

—¡Virgen santa del Remedio! ¡Dios soberano!... ¡Y cómo vienen los tres; da vergüenza verlos!

Los gritos y aspavientos de la *señá* Pepa se confundieron bien pronto con el ruido de otras voces que cantaban con un desentono que hacía daño:

Dice la maragata
que si tuviera

una bota de vino
se la bebió.

La música de esta canción era la misma que emplean los niños para las canciones que cantan en corro, en las horas de juego.

Lo que extrañó mucho a Enriqueta, a don Ruperto, y, sobre todo, a Rosarito, fué el distinguir entre las voces que cantaban, una de mujer y todos quedaron estupefactos; sin atreverse a salir a pesar de la gran curiosidad en que ardían, temerosos de encontrarse con algún espectáculo poco edificante, lo que hacía posible las voces de la *señá* Pepa, que no se cansaba de chillar.

—¡Qué vergüenza, Señor, qué vergüenza! Atreverse a venir así y hacer lo que hacen!

Las voces de los que cantaban iban acercándose lentamente y llegaron a oírse dentro de la casa.

Dicen que el tabernero
va para obispo
y ya empieza a ensayarse
con los bautizos.

Los que estaban en el comedor se miraron consternados, sin saber qué hacer.

Don Ruperto movía la cabeza disgustado con aquel escándalo que se daba en su casa; en aquella casa donde siempre había tenido albergue la tranquilidad.

La pobre Rosarito, que había reconocido en-

tre aquellas voces la de su esposo, encontrábase abochornada y faltábale poco para romper a llorar de pena y de rabia.

Enriqueta Larraz, por su parte sentía deseos de mandar apalear a aquellos escandalosos y de buena gana lo hubiese mandado de haber habido alguien que hubiese cumplido sus órdenes.

En esto, los que se acercaban tan filarmónicos y alegres llegaron a la puerta del comedor.

Pero la forma en que iban, quiénes iban y lo que hicieron, merece capítulo aparte, y como yo soy muy amigo de darle a cada cosa lo suyo, voy a poner el correspondiente punto y a cambiar de cuartilla.

CAPITULO VII

Invoco a los genios para que me saquen con bien de este trance.—La criada responde:—Hace falta una batuta.—Una guerra que no tiene nada que ver con la de Troya ni con otras de menor cuantía.

¡Sagradas musas de la tragedia, de la comedia, de la música, de la pintura y de la escultura! ¡Socorredme en este trance! Yo necesito de vosotras y de vuestras habilidades; quiero pintar el cuadro que tengo ante mi vista mejor que lo pintaría el mismísimo Rafael; darle sorprendente y mágico relieve, o más bien, hacer que se destaque en el espacio, como si Fidias y Miguel Angel hubiesen puesto en mi obra sus divinas manos; deseo también que la horripilante tragedia me preste su careta; esa careta capaz de producir estremecimientos y convulsiones titánicas, y que del mismo modo el genio juguetero, travieso y regocijado de la comedia me ayude, juntamente con los genios de menor cuantía, pertenecientes al pasillo cómico, a la piececina del género chico y hasta al no menos regocijado género ínfimo. ¡Dioses,

musas y genios: yo os lo pido desde el fondo de mi alma, con todo el fervor de mi corazón, ardiente como el de una niña romántica, no me abandonéis !

Han pasado algunos minutos desde que he escrito mi fervorosa invocación, y los dioses, genios y musas no vienen a inspirarme; probablemente hacen oídos de mercader. Y como el tiempo es oro y puede haber algún lector amable que espere con cierta impaciencia el resultado final de la escena apuntada, decídome a proseguir paso a paso, poniendo todo mi empeño en que la descripción sea todo lo brillante posible. Y así Dios nunca me guarde si no pongo en los puntos de mi pluma toda mi firme voluntad y todo mi descalabrado y pobre ingenio.

En la puerta del comedor habíanse presentado los cantores, que no eran otros que Ernesto, el capataz y Rosa, la doncella de Enriqueta.

Los dos hombres llevaban a la linda muchacha en medio, e iban cogidos a sus brazos, formando un grupo pintoresco y extraño; Rosa, muy encarnada, muy alegre y muy risueña, enseñaba sus lindos y bien cuidados dientes al reirse a carcajadas de la triste y cómica figura que hacía don Ruperto, lívido de indignación y coraje, levantando los puños sobre su cabeza en el trágico ademán de maldecir.

Ernesto Cuenca iba aún más famoso que Rosa. Llevaba puesta la chaqueta de Perico el capataz y sombrero del mismo; un sombrero que metía miedo de puro ancho y sucio. Se esforzaba en cantar con voz estentórea que dominaba el clamoreo confuso de las frases de indignación y de ira:

*A beber, a beber y apurar
las copas de licor...*

Por su parte, Perico no iba menos famoso: llevaba puesta la elegante americana de Ernesto y un sombrero *bombín* que daba a su cara el aspecto ridículo y caricaturesco de la de un payaso; la faja, que empezaba a desceñir su ancha cintura, arrastraba por el suelo y se ceñía a sus piernas torpes de borracho, entorpecíendolas más.

Pedro reía alborotando la casa, y reía estúpidamente, abriendo mucho su boca de patán, desdentada y sucia.

De no haber sido ellos; sobre todo, de no haber formado entre los alborotadores Ernesto, habría sido cosa de reír hasta reventar a la presencia de aquel cuadro; pero los borrachos, que son muy divertidos para todo el mundo, están muy lejos siempre de divertir a sus familias.

Rosarito Alcácer, pálida, experimentando

una emoción profunda de odio y de vergüenza, rabiosa, en medio de todo se hubiera abalanzado sobre su marido, castigándole como merecía por su conducta indecorosa y fuera de tino. Pero, reconociendo su impotencia, viéndose sin fuerzas para castigar tanta infamia, rompió a llorar convulsivamente y volvió a sentarse echándose de bruces sobre la mesa.

Entretanto, Rosa, jaleada por Ernesto y el capataz, se desprendió de ellos y pretendió bailar una danza que acababa de enseñarle Ernesto y la cual se distinguía porque había que levantar la pierna, hasta enseñar la liga o algo más.

Rosa, que era muy bien formada, estaba aquella noche arrebatadora, a pesar de su borrachera. Por eso la danza aquella si no entusiasmó a don Ruperto, le calmó bastante; pues hay que advertir que hasta a los sabios, por sabios que sean y por desengañados de la vida que se encuentren, les gusta y encandila más lo que está fuera del alcance de la mano.

Pero Enriqueta Larraz no estaba en este caso; y, subiendo su indignación de punto, al respetable público sus bien torneadas piernas, se arrojó sobre ella y del primer empujón la hubiera tirado al suelo si no hubiese tropezado con el capataz, quien, a tal acometida, cayó de espaldas lanzando juramentos terribles y

asegurando que si no le habían matado de aquel atestón no moriría en su vida.

—¿Te parece decente lo que estás haciendo?
—gritó Enriqueta.

—Me parece que no hay nada de malo en que una se divierta—contestó Rosa.

—¡Rosa!

—Vamos, señorita, no venga usted con tantos aspavientos, la cosa no es para tanto.

Y la doncella se dispuso a continuar la danza, a lo cual le animaban Ernesto palmoteando, y el capataz, que había logrado levantarse, aunque con gran trabajo, cuando se convenció que su caída no era ni con mucho un caso de muerte.

—¡Habrás visto poca vergüenza!—exclamó Enriqueta.

A lo que Rosa repuso:

—Señora, ¿es envidia o caridad?

—Quítese inmediatamente de mi vista.

—Eso será si me da la gana.

—¡Olé tu madre! ¡Vivan las hembras junciales y valientes!—gritaba Ernesto.

Perico empezó a cantar; pero, tan desentonadamente, que hacía daño.

Cuenca gritó:

—Perico, que pierdes el compás; fíjate en la batuta.

—¿Qué es eso de batuta? ¿Dónde está?

Ernesto se dió cuenta de que nada llevaba en la mano, y empezó a vociferar:

—Falta una batuta. ¿Dónde está la batuta? Que me den una batuta.

Don Ruperto, pasada la primera impresión que le produjo el baile de la doncella, volvió a estar irritadísimo.

Aquel desorden, escandaloso y avergonzante, era capaz de quitarle la paciencia al más afamado de los santos.

Por eso gritó, levantando las manos al cielo:

—¡Aquí lo que hace falta es un buen palo para moler a ustedes las costillas!

—¡Miren el señor *Babosa* cómo grita también!—dijo la doncella.

Don Ruperto avanzó iracundo hacia ella, y le hubiese sentado la mano de no interponerse Ernesto, diciendo:

—¡Eh! ¡Vejete indecoroso, destripa caracoles, almacenista de camama! Esta mujer viene conmigo y el que la toque a ella ya puede contarse entre los muertos.

—¡Mal caballero! —rugió el sabio naturalista.

—¡Asqueroso! ¡Jaa! —dijo Cuenca, escupiendo.

Como la cosa empezaba a ponerse seria, Rosario Alcácer se levantó y fué a abrazarse a su marido, para impedir que se enzarzase con don Ruperto.

En esto había entrado la *señá* Pepa en el comedor, harta de aquella escena y de ver la desvergüenza de su hombre; llevaba en la mano un zapato viejo y empezó a pegarle tanto y tan de prisa al capataz, que éste vino a dar otra vez con su humanidad en tierra, vociferando como un energúmeno y diciendo que lo mataban.

—¡ No me sujetes !—gritaba Ernesto.—Deja que yo le diga al señor sabio cuatro palabritas melosas para que aprenda.

Y, forcejeando por desasirse de su mujer, gritaba :

—¡ So tío cochino !

Por otro lado, Enriqueta Larraz, no pudiendo contenerse, había logrado derribar a su doncella y no dejaba de propinarle algunos mojicones, que empezaron a disipar su borrachera.

Golpes, gemidos, imprecaciones, súplicas... aquello era una verdadera batalla que amenazaba no acabarse nunca.

Por fin, y con no pocos esfuerzos, la *señá* Pepa salió sosteniendo a su marido, que apenas se podía mover de puro molido, acardeñado y borracho; Rosarito Alcácer arrastró tras sí a Ernesto y logró meterlo en una habitación, y Enriqueta Larraz, algo compadecida de su doncella que se encontraba ya más espabilada, y, por consiguiente, llena de confusión y vergüenza, le mandó acostarse, asegu-

rando que al día siguiente le ajustaría la cuenta.

Catalina, que no había querido meterse en nada, al entrar en el comedor para reparar el desorden de los muebles, dijo a don Ruperto:

—¿ Ha visto usted, señorito ?

—Sí, sí — refunfuñó el sabio ; — he visto lo que no hubiera querido ver nunca.

Y después, cayendo en una meditación sombría, agregó:

—¡ Oh, el hombre ! El animal más complicado de la creación vale bastante menos que cualquier animal de los rudimentarios.

CAPITULO VIII

El autor se cree en la necesidad de retroceder algunos pasos para dar una explicación interesante que pudiera ser necesaria. — Las dos embriagueces

...Y es que nada, hasta la fecha, podía hacer suponer que Rosa, la doncella de Enriqueta Larraz, tuviese el feo vicio de emborrachar-

se. Es más; yo te aseguro, pacientísimo lector, que en la vida se le ocurrió a Rosa empuñar el codo.

Para ella Baco, si no un dios completamente despreciable, porque no lo conocía mucho, era indiferente; así es que nunca pudo figurar entre los que le rinden culto.

La causa de todo aquel jolgorio fué la siguiente:

Ernesto Cuenca se levantó aquel día malhumorado de puro melancólico. Ocurriale lo que a los fumadores que carecen de tabaco después de una buena comida y precisamente a la hora del café.

Sólo que, como el tabaco lo tenía abundante, no era el tabaco lo que ansiaba.

Paseándose de un lado para otro, verdaderamente ebrio de deseo, pudo pasar hasta la hora del almuerzo.

Comió poco y distraído. Rosario le miraba temerosa; aquella agitación de Cuenca producíale verdadero sobresalto; comprendía que había llegado la crisis y que no había medio de vencerla; ella, por lo menos, no contaba con ningún recurso capaz de hacerle retroceder.

A pesar de todo, el almuerzo estuvo animado, y el mismo Ernesto Cuenca hizo algunos chistes de buen género que provocaron la risa hasta en don Ruperto, que de suyo era grave y reservado.

Cuando se levantaron de la mesa, y mientras Enriqueta y Rosario tomaban el te, hablando de cosas indiferentes, aunque para ellas muy importantes, Ernesto salió al jardín y fué en busca de Perico el capataz.

Este entreteníase a la sazón en arreglar un cuadro de lechugas, en el espacio destinado a huerta, y al ver que el señorito se acercaba, detuvo su trabajo.

Ernesto llamóle con un ademán.

—Ven acá—dijo al mismo tiempo.

—A escape, señorito.

Y, uniendo la acción a la palabra, abandonó la azada y fué a colocarse al lado de Ernesto, levantándose un poco el sombrero con la mano derecha, mientras que con la izquierda se rasaba el cogote, manifestando así su finura y el embarazo que ésta le causaba.

—Oye tú—le dijo Ernesto, cuando el capataz estuvo a su lado.

—Osté dirá.

—¿No hay vino en Majalaencina?

Perico echóse a reir de buena gana.

—¡Qué cosas tiene el señorito!

—¿Por qué dices eso?

—¡Mire que preguntar que si hay vino en Majalaencina!...

—Claro, como aquí no se bebe nunca.

—Es verdad.

—Por eso te lo preguntaba.

—Pus sepa osté que en casa del tío Pacorro venden uno que es capaz de resucitar a un difunto.

—¿Es de veras lo que me dices?—preguntó Cuenca, a quien se le encandilaron los ojos de gusto.

—Como lo oye.

—Entonces no tendrás inconveniente en acompañarme.

—Conforme—dijo Perico.

Mas tardó poco en dudar y, rascándose la cabeza, dijo:

—El caso es...

—¿Qué?

—Que don Ruperto no quiere que se salga de la casa sin su consentimiento.

—¿Hasta viniendo conmigo?

Perico, que veía en perspectiva unas cuantas copas, y que tenía más ganas de tomarlas que el mismo Ernesto, contestó:

—En ese caso... la cosa varía.

—Pues vamos andando.

—Cuando osté guste.

Y el capataz, cogiendo su chaqueta, echó a andar camino adelante acompañado de aquel señorito a quien quería demostrar que en Majalaencina podría carecerse de otra cosa, ¡pero de vino!...

Hizo la casualidad que cuando salieron nadie les viera; así es que después, cuando se

ocurrió el buscarlos, nadie podía figurarse que estuviesen juntos, sobre todo Rosarito y Enriqueta que se figuraban que Ernesto no iría a emborracharse con el viejo capataz.

Pero las muy inocentonas no sabían que, para un borracho como Cuenca, *los cabales* no son precisamente algunos individuos de la misma educación y de idénticos gustos, sino que basta y sobra con uno que muestre la taberna y diga por lo bajo:

—Ahí venden vino.

Aunque no se esfuercen en añadir que el vino es bueno.

Mas, aunque al principio no sospecharon, Enriqueta cayó al fin, y ya han visto mis lectores cómo envió a Rosa en busca de los sacerdotes de Baco.

Lo primero que hicieron señorito y capataz, al llegar a Majalaencina, fué meterse en casa de Pacorro y pedir que los colocasen en un sitio que no fuese precisamente la taberna.

Pacorro, oliendo que se le entraban por las puertas dos buenos parroquianos (y conste que, para calificarlos así, no puso su atención en Perico, a quien ya conocía), no tuvo inconveniente en hacerles pasar a una especie de salita donde pudieran permanecer todo el tiempo que creyesen oportuno, sin temer que los viese la gente.

Y así nuestros dos hombres empezaron a be-

ber y a criticar al sabio don Ruperto, que, con ser tan sabio, no sabía que en el vino está la verdadera alegría; la única digna de gozarse en la vida.

Ernesto no quería emborracharse, nunca era su intención, pero sí gustaba mucho de saborear el buen vino y dar fin a las botellas, y aunque lo saboreaba con relativa lentitud, siempre acababa por donde generalmente acaban todos los aficionados a lo mismo.

El capataz, algo retraído al principio, acabó por familiarizarse y de tanto en tanto trataba de tú a aquel señorito que, según aseguraba, era el más neto y barbián que había conocido en la vida.

Alegres, y ya próximos a dedicarse al canto se encontraban, cuando apareció Rosa en la habitación donde se encontraban.

La doncella se detuvo indecisa y no poco temerosa en la puerta, pero Ernesto que la había reconocido, se levantó y fué a su encuentro.

—Ya sé a lo que vienes—le dijo,—mi mujer estará hecha una Magdalena. ¡Oh, me resultan insoportables las mujeres con sus lloriqueos! Lo menos se creerá que me he perdido o que no sé andar solo, y me manda a la niñera.

—No, no es la señorita Rosario la que me manda, sino la señorita Enriqueta.

—¡Ah, la señorita Enriqueta! Debe estar cansada ya de su viejo chiflado y me busca.

—Es que...—balbuceó Rosa—los señores van a cenar pronto y como usted no está...

—Bueno, sí; pues en seguida vamos, pero antes es menester que tomes una copita por el paseo.

—Perdone el señorito... pero... no bebo.

—¿Que no bebes? ¿Crees tú que me vas a convencer de que a una muchacha tan guapa y tan bien aliñada como tú no le gusta el vino, que es la segunda gracia de Dios?

—¿La segunda?

—Sí, porque tú eres la primera.

Rosa se negaba a beber, pero como Cuenca se puso tan terco que aseguraba que no le sacarían de allí ni arrastrando si la doncella no tomaba un par de copas, con la esperanza de poder cumplir la misión que le había dado su señorita, tomó la primera, aunque haciendo algunos remilgos y cuando acabó de tomar la segunda entre el piropeo gracioso de Ernesto y los olés entusiastas del capataz, empezó a sentirse menos firme y a olvidarse un poquito de su señora y de cuanto ocurría en casa de don Ruperto.

Sin embargo, dijo:

—¡Ea! Ya le he complacido, así ya podemos marcharnos.

Ernesto la cogió una mano y la atrajo a sí dulcemente, diciendo:

—Pero venga usted acá, prenda, que eso

de marcharse no es puñalada de pícaro, tanto menos que esos piececitos chiquirritines, que son dignos de ir pisando sobre flores y juncia bendita, deben de estar cansados de tanto bus-carnos.

Rosa no sabía qué hacer, aquella atmósfera que respiraba por primera vez en su vida tenía mucho de ahogante; conocía que debía tener la cara muy encarnada porque le echaba materialmente chispas, y lo mismo que le ocurría con la cara pasábale con todo el cuerpo. Sumida en un desasosiego inexplicable, sus ojos chispeaban.

¡ Oh ! ¡ Estaba Rosa muy bonita y muy atra-yente en aquellos momentos !

Y sin saber por qué, pero sin poder resistir a una tentación que no acababa de tomar forma concreta se sentó en la silla que le indicaba Ernesto, mientras éste buscaba otra y se sentaba a su lado.

La tercera copa siguió a la segunda y a la tercera la cuarta, y ésta extendió tan espeso velo en las facultades intelectuales de la don-cella, que de su memoria se borró por completo la quinta, la señorita Enriqueta, la intranqui-lidad de Rosarito Alcácer, el ceño adusto del sabio naturalista y todos los caracoles que había visto durante la temporada con ser muchos y haberlos visto espachurrados.

Los graciosos chicoleos de Ernesto Cuenca

empezaron a hacerla sonreír y acabaron por hacerla reír a carcajadas, estrepitosamente, como si de sopetón se hubiese colado en su pecho ardiente el espíritu bullanguero de la alegría, compañero inseparable de las fiestas orgiásticas.

Y lo peor de todo para la pobre doncella consistía en que iban penetrando por sus oídos las dulzuras dislocantes de la tentación.

—Vamos a ver—le decía;—dime tú si esto no es mil veces preferible a todo lo del mundo... La vida hay que aprovecharla, hay que saber vivirla; la juventud es corta y pasa rápidamente; el que se ha pasado los días, los meses y los años esperando la felicidad, sin salir al encuentro de ella, es un imbécil que merece estar llorando toda la vida. La felicidad es una señora que no gusta mucho de salir de bureo para sonreír a los que permanecen sentados en un rincón; hay que buscarla y el que la busca la encuentra.

Respiró, o por mejor decir, interrumpió su discurso para llenar los vasos y cuando los tres hubieron bebido, Ernesto Cuenca prosiguió:

—Fíjate tú, encantadora doncella, Rosa incomparable, ante la que las renombradas rosas de Jericó se ocultarían celosas y avergonzadas; fíjate tú en lo que ha pasado esta tarde. La felicidad se había refugiado en el vino

y, como es lógico, nosotros la hemos encontrado, porque sabemos beber. ¿Tú crees que se hubiera atrevido a ir a la quinta de don Ruperto? No y mil veces no; sí algún día llega allí la felicidad se irá aburrida.

Perico sintió en este momento una necesidad perentoria y salió tambaleándose de la sala, diciendo:

—¡ Olé ahí los hombres ! ¡ Eso es hablar !

Ernesto al verle salir sintió en su pecho un regocijo extraño y se acercó más a Rosa, que estaba cada vez más encendida.

—Para que veas—dijo—los caprichos que tiene la felicidad, ahora me parece que se ha refugiado entre tus labios rojos como un clavel, y voy a beberla.

Y acercó su boca glotona a la de la doncella que le rechazó débilmente acosada por un resto de pudor.

—¿ Qué va usted a hacer, señorito ?

—Pues ya lo ves ; buscar la felicidad y hacer que tú la encuentres.

Fué un beso de sibarita ; beso largo y dulce, que abrasó las entrañas de Rosa, que gimió suavemente al sentir aquel fuego.

El primer beso es como la primera chispa de un incendio, si no hay quien se precipite para extinguirlo, la chispa se convierte pronto en un infierno de llamas.

Nadie fué a apagar aquella chispa que ha-

bía incendiado dos pechos jóvenes, y ambos pudieron beber aquella felicidad infinita de que había empezado a hablar Ernesto.

¿De quién fué la culpa?

Si a Perico no le hubiese apretado una necesidad, obligándole a salir, Rosa no hubiera podido saborear más que una embriaguez.

La tardanza de Perico, que se enredó en una conversación hartó pesada con el tabernero, hizo que saborease la doncella dos de las embriagueces más grandes de la vida: la del vino y la del amor.

Después el vino, bebido a grandes dosis, acabó por enloquecerles hasta el punto que hemos visto en el capítulo anterior.

CAPITULO IX

Don Ruperto se siente amoroso, poeta y orador.—Una carta lastimosa.

Rosarito se levantó al otro día bien temprano. Habíase pasado la noche llorando amargamente, abochornada, sintiendo roncar a Ernesto, que, acostado boca arriba, dormía como un bendito.

Recordó durante aquella angustiosísima velada su vida apacible de soltera, y todos los ensueños juveniles pasaron ante sus ojos como procesión que iba a perderse allá en las tenebrosas regiones de la desilusión.

Faltábale poco a Rosarito para aborrecer a Ernesto, y aquella última borrachera le hizo maldecir del amor, que llenándole la cabeza de fantasmagorías y haciendo hervir su sangre, le hizo desatender los buenos consejos de su familia y casarse, despreciando todo lo que no fuera Ernesto Cuenca, aquel sinvergonzón, al que debía más sonrojos que satisfacciones.

No bien salió de su alcoba, dejando dormido

a su esposo, se dirigió al gabinete de don Ruperto, con el propósito de pedirle perdón por el escandalazo de la noche precedente.

Encontrábase el buen hombre abandonado a sus tareas ordinarias, aunque a decir verdad, no con tanto ahinco como de costumbre, porque el baile desenfrenado de Rosa habíale sacado de sus casillas. Para él, que fuera de los días que siguieron a su boda anteriores a los de su desilusión, apenas si había hecho caso de nada; que a más de eso habíase pasado la vida enfrascado en estudios serios, el desenfado de la criada había sido una revelación.

Habíase pasado la noche soñando con Rosa, y pensando en ella se levantó. Cuando cerraba los ojos le parecía verla, levantando las piernas al aire y mostrando interioridades tentadoras, que al buen don Ruperto casi le hacían perder el sentido.

Así, como era Rosa, debían ser las mujeres, regocijadas y alegres, tan dispuestas para un fregado como para un barrido.

El naturalista, desgastado por sus estudios, empezó a comprender que la verdadera ciencia de la vida no estaba precisamente en los libros donde él la buscara con tanto afán.

En tales cavilaciones sorprendióle Rosarito, la cual entró cabizbaja y contrita, como penitente que tiene muchas cosas de qué acusarse.

Don Ruperto la recibió con la amabilidad propia de un hombre bien educado, y le preguntó:

—¿Qué es lo que puede traerla a usted tan de mañana?

—¡Ay, don Ruperto!—suspiró Rosarito.—Lo ocurrido anoche es cosa que me avergüenza en grado sumo.

—No fué muy edificante la escena, es verdad—afirmó el sabio,—pero no es precisamente usted la que tiene que avergonzarse.

Y don Ruperto, que se sentía cada vez más alejado de los animales rudimentarios, fijóse en Rosarito y empezó a encontrarla digna de ejecutar una danza tan alegre como la de Rosa, ya que no de hablar con inteligencia y calor de otras cosas casi tan buenas.

La mujer de Cuenca pudo observar que los ojos de don Ruperto brillaban más que de ordinario, que sonreía como quien está satisfecho, que la trataba con más finura y que, desatendiendo en absoluto sus experimentos, acercaba una silla a la suya como quien se dispone a abordar una cuestión interesante que no carece de gravedad.

A Rosarito le halagó mucho la actitud bondadosa del sabio, pues no se le ocultaba que en aquellas difíciles circunstancias, no podía esperar, dado el carácter de don Ruperto, otra cosa que gruñidos sordos y ceño adusto. Por

eso agradecía mucho aquella finura y agradeció mucho más las frases bondadosas con que acompañó sus movimientos.

—No está bien—dijo—que se dé usted malos ratos por cosas de que no tiene la culpa.

—¡Qué bueno es usted!

—Eso no es bondad, amiga mía, es sólo hacerse cargo de lo que ocurre.

—¿De modo que no está usted enfadado conmigo?—preguntó Rosarito con alegría.

Don Ruperto la miró fijamente y acercó un poco su silla a la de la joven.

—¿Cómo puede usted suponer que esté enfadado con una niña tan primorosa?

Rosarito no supo qué contestar; estaba admiradísima de ver la animación de aquel hombre de ordinario tan serio.

—Crea usted, amiga mía—exclamó el sabio, —que sería muy injusto acriminar a una mujer tan cándida, tan inocente y tan bonita como usted por el mero hecho de tener la desgracia de estar casada con un hombre tan... poco considerado.

Rosarito suspiró.

—Y me parece mentira—prosiguió don Ruperto—que, teniendo la suerte de tenerla a su lado, se emborrache de manera tan indecorosa, olvidando que tiene la felicidad al alcance de su mano.

—Es usted muy galante, don Ruperto—dijo la joven, sonriendo.

—No achaque usted a galantería lo que es verdad: al lado de usted tonto será el hombre que no lo olvide todo, vicios y bondades para no pensar más que en su carita morena y en ese cuerpo gentilísimo que Dios le ha dado.

—¡ Don Ruperto !

—¿ Qué ? ¿ Acaso tendré la desgracia de que no crea lo que le digo ?

—Es que...

—No me responda. Usted es un ángel por la bondad y por la hermosura ; es usted digna de todas las consideraciones y de los amores todos ; tanto que por usted sería yo capaz de renunciar al estudio de los rudimentarios para dedicarme a complacerla esclavizándome a sus caprichos.

Y, como al decir esto alargase las manos, Rosarito se puso vivamente en pie y dió dos pasos atrás.

—Por Dios, don Ruperto, ¡ si Enriqueta entrase, si le hubiese oído !...

El sabio suspiró tristemente.

—¡ Oh, Enriqueta !...—dijo.—Enriqueta no hace caso de mí ; es una mujer alegre y trivial que se aviene mal con la formalidad y mesura de un hombre sentado como yo. A mi lado ¡ lo comprendo muy bien ! se aburre. Gustaríale a ella vivir una vida bulliciosa, correr de diver-

sión en diversión, atolondrándose en el barullo de los grandes centros. Yo, en cambio, soy muy amigo de la quietud; detesto la orgía, pero me gusta el idilio: de ahí mi afición al campo. Ya ve usted qué distintos son nuestros caracteres. Si vivimos sin escándalos es a fuerza de educación. Me he enfrascado en mis estudios para no ver su falta de fundamento, lo trivialísima que es.

Rosarito, que, al ver la transfiguración de don Ruperto, experimentó primero espanto y sintió después ganas de reír, empezó a ponerse seria y a contemplar a aquel hombre que tan distinto le pareciera.

No, no era risible el hombre que así se expresaba.

Rosarito empezó a sentir lo que muchas veces suele ser en los corazones femeninos un principio de amor: compadecía a don Ruperto con toda su alma, y por los disgustos que ella había sufrido con el alejamiento y desdén de Cuenca, comprendía las angustias a que el buen hombre se habría visto sometido viviendo al lado de aquella mujer que le despreciaba.

Y puestos en comunicación uno con otro por la corriente de simpatía que suele acercar a los espíritus tristes, refiriéronse sus penas, experimentando ligero alivio.

—Yo—confesó don Ruperto, entre otras mu-

chas cosas—he cambiado por completo desde que me casé con Enriqueta.

—También soy yo otra desde que Ernesto descubrió sus vicios.

—De poeta, que era en mi juventud, he pasado a ser naturalista, y a ello me ha obligado el desdén absoluto, el desprecio con que mi mujer ha mirado todo lo que era mío.

—¿Con que usted era poeta?

—Sí; no lo dude usted. A los veinte años había conseguido ya algunos lauros.

—¡Cuánto me habría alegrado yo de que Ernesto hubiera sido también poeta!

—¿Le gusta a usted la poesía?

—Con delirio.

—¿La épica?

—La épica no tanto como la amorosa.

—Pues ese es precisamente mi fuerte.

—¡Ah! Pues tendría lindísimo gusto en conocer sus obras.

—¿De veras?—preguntó don Ruperto, loco de alegría.

—No lo dude.

—Pues las leerá usted.

—¿Y cuándo?

—Hoy mismo.

—Gracias, gracias, amigo mío.

—Sólo le pido...—murmuró Ruperto, envolviendo a Rosarito en una mirada cariñosa y alargándole la mano.

—¿Qué?—preguntó la joven.

—Que me lea usted con misericordia — suplicó el sabio con una humildad que encantó a su interlocutora.

—Pierda usted cuidado — afirmó la joven, apretando la mano del poeta ; — le leeré con cariño.

Y se marchó dejando a nuestro hombre ocupado en revolver papeles y rebuscar manuscritos.

Entretanto, Enriqueta reñía severamente a Rosa, que lloraba llena de confusión y vergüenza.

Apenas si recordaba lo que le había ocurrido la tarde anterior, pero en lo quebrantada y molida que estaba comprendía que no había sido nada flojo.

Con el fin de que no trascendiera el escándalo y de evitarse en lo posible la chismografía de la gente del pueblo, Enriqueta llamó al capataz y a su mujer para recomendarles el silencio más absoluto.

A la vista del pobre Pedro, que tenía la cara llena de arañazos y cardenales, señales inequívocas del palizón que le propinara su mujer, la dueña de la casa no pudo disimular la risa.

A las once Ernesto Cuenca dió señales de vida, gracias a que Rosarito le estuvo zaran-deando desde las diez, y a las once y media, al llamamiento del señor de la casa, acudieron

al comedor, Cuenca avergonzado, Enriqueta intranquila, Rosa confusa, el capataz entontecido y Rosarito risueña, pues era la única que sabía que don Ruperto estaba muy lejos de abrigar malas intenciones.

No obstante, cuando todos estuvieron reunidos, el sabio creyó de gran oportunidad decir cuatro palabras y, con grave ademán, se expresó en los siguientes términos:

—No parecen muy dignos, entre personas decentes, espectáculos como el que presenciamos anoche en ste comedor y que nunca ocurrió, desde que la casa es casa. Espero, pues, que todos nos esforcemos en moderarnos y de esta suerte podremos vivir con la tranquilidad que hace a los hombres felices.

Todos escucharon atentos el templado discurso del amo.

Este prosiguió:

—Y como, en último término, creo que cada uno de nosotros es libre para obrar como le parezca, creo que, ante todo, lo que debemos evitar es dar a los de fuera motivo para que nos critiquen. Para usted, Ernesto, que no puede olvidar esa maldita afición, he dispuesto una partida de buenos vinos. Así no se verá usted en la necesidad de ir a buscar fuera de casa lo que en la casa puede encontrarse. Y, ahora no quiero ni frases de disculpa, ni de



agradecimiento. Con buena voluntad puede olvidarse lo ocurrido.

Hasta la misma Enriqueta quedó encantada de aquel discurso moderado de su marido, tal vez era la primera ocasión que le admiraba.

Almorzaron tranquilamente; Rosarito hablaba con don Ruperto de poesía; Ernesto, con una botella delante, empezaba a dar lecciones a Enriqueta, incitandola a formar parte en la religión de Baco, y, a decir verdad, la mujer del sabio no ponía mala cara.

En esto una criada entró con una carta que habían traído para Enriqueta, carta que ésta se apresuró a abrir por haber conocido en ella la letra de Octavia Izquierdo, y como todos estaban en antecedentes, y por entonces nada tenía que ocultar Enriqueta, leyó en voz alta lo siguiente:

«Inolvidable y muy querida amiga: Me encuentro en la situación más apurada en que puede encontrarse criatura alguna en el mundo. Después de una temporada en Monte Carlo, en que hemos vivido como reyes, pues Birjan, que según mi marido es el dios de la baraja, parecía haber tomado por su cuenta a Pepe y le hacía ganar de una manera loca, hemos caído en desgracia de este maldito dios, hasta el punto que mi marido perdió en dos días hasta las alhajas que eran para mí recuerdos inapreciables de familia.

»Y no para todo en esto. Pepe ha llevado su granjería hasta el punto de marcharse a Madrid dejándome en este hotel, como quien dice empeñada, pues debemos más de mil francos.

»Como los días vuelan, y él sólo se ha despedido de mí por una carta en que me promete volver, y no vuelve, recurro a ti para que ruegues al bueno de Ruperto me envíe dos mil francos que yo le pagaré aunque para ello tenga que vender alguna de mis fincas.

»Lo que quiero, ante todo, es que a su vuelta no me encuentre aquí, para que vaya aprendiendo que no todo en el mundo es resignación por parte de las mujeres.

»Espero ansiosamente tu contestación, en tanto maldigo del amor que me impulsó a casarme con Pepe Miralles desoyendo cuantos buenos consejos me daba mi familia.

»Saluda a Ruperto y recibe un abrazo muy fuerte y muy cariñoso de

OCTAVIA.»

Después de algunas frases encaminadas a compadecer a la infeliz esposa de Miralles, decidieron enviarle a vuelta de correo la cantidad pedida, y encargaron al administrador de don Ruperto la inmediata cuestión del asunto.

A la hora del paseo salieron como de costumbre, pero los sucesos que durante él se desarrollaron merecen capítulo aparte.

CAPITULO X

Influencia de la poesía en los espíritus tristes

Enriqueta Larraz y Ernesto Cuenca marchaban delante, empeñados en una discusión animadísima.

Ernesto, al lado de Enriqueta, olvidaba su afición a Baco para dar cabida en su pecho a otros sentimientos más dulces y más suaves, pero no por eso alejados del paganismo. Y como tenía bien prendida la lengua y era atrevido como el clásico don Juan, Enriqueta escuchábale con gusto y reía de buena gana sus gracias y donaires.

Detrás de ellos, pero a distancia que resultaba a cada paso más respetable, caminaban Rosarito y don Ruperto, con lentitud, como sibaritas que saben saborear las dulzuras de un paseo.

Hablaban también animadamente, pero su conversación era muy distinta a la de los otros. El tema sobre que disertaba era la poesía en sus relaciones con el amor terrestre.

Expresábase don Ruperto con una volubilidad y donosura de que nadie le hubiese creído capaz; su lenguaje, tierno y elevado, era de esos lenguajes que hablan al espíritu haciéndole sentir dulces melancolías.

Rosarito escuchaba con la misma atención con que los muchachos escuchan los cuentos de hadas y se sentía atraída hacia aquel hombre que, aunque un poco gastado, estaba dotado de un alma joven y fuerte capaz de apasionarse.

Así es que mientras Enriqueta escuchaba, con cierto arrobó, la canción de las pasiones que todo lo avasalla bruscamente, canción que hasta entonces nadie había murmurado a su oído, Rosario se ensimismaba escuchando esa canción dulce que hace palpitár tiernamente los corazones y que lleva a las almas una suave dejadez que, pareciéndose a la melancolía, proporciona la felicidad.

Don Ruperto, como Fausto, arrepentíase del tiempo que había dedicado a estudios que él creyera trascendentales y que, en realidad, no valían lo que un ¡«te amo»! pronunciado con pasión infinita.

—Me debe usted una cosa—le dijo Rosarito, aprovechando un momento en que no hablaban.

—¿Cuál?

—¿Se ha olvidado usted ya?

—Pero ¿de qué?

—De sus versos, amigo mío, de sus versos.

—¡Ah!—dijo, sonriente, el sabio.—¿Todavía se acuerda usted de nuestra conversación de esta mañana?

—Amigo mío, las cosas buenas no se olvidan.

—¡Gracias, gracias! — dijo don Ruperto, conmovido.

Y sacando de uno de sus bolsillos un tomo de poesías, se lo mostró a Rosario.

—Aquí está—dijo.

La joven alargó la mano para apoderarse de él, diciendo:

—Venga.

Se apresuró a abrirlo y empezó a hojearlo.

Como le interesasen algunos títulos comenzó a leer y acabó por detenerse y decir:

—Creo que para leer estaríamos mejor sentados.

—Pues sentémonos — repuso don Ruperto, restregándose las manos de puro contento.

Y, apartándose un poco del camino para no ser interrumpidos en la interesante lectura, fueron a sentarse debajo de unos castaños.

En cuanto a Enriqueta y Ernesto, ya hacía rato que habían desaparecido, correteando como locos, circunstancia de que no se dieron cuenta.

La tarde era templada como de primavera, la brisa perfumada de los montes les envol-

vía ; las aves gorjeaban en las verdes y frondosas copas de los viejos castaños ; toda la Naturaleza respiraba dulzura y poesía, todo convidaba a amar.

Rosarito admiraba a aquel poeta olvidado, que había derramado sobre aquellas páginas ternuras y flores, agonías y lágrimas, anhelos infinitos de ese amor apacible que rara vez se logra disfrutar en la vida.

En aquellos versos inspirados se encerraba el alma cándida de un artista que se alimentara de ensueños. En sus composiciones campeaba la vaga tristeza que acosa constantemente a las almas incomprendidas.

Rosarito extraña cómo Enriqueta Larraz no quería a aquel hombre hasta el delirio. Sin duda estaba dotada su amiga de un espíritu muy vulgar, cuando no amaba a don Ruperto con todas las fuerzas de su corazón.

Un hombre que pensaba y sentía con tanta intensidad, era digno de ser adorado con todas las fuerzas del alma.

A cada nueva composición, la simpatía de Rosarito aumentaba ; compadecía-se sinceramente de aquella alma que cantaba impulsada por el soplo divino de la inspiración, sin que nadie respondiese a sus cantos.

— ¡ Qué hermoso es todo esto ! — murmuró.

— ¿ De veras no le aburre ? — preguntó en-

cantado, don Ruperto, viendo el interés que manifestaba Rosarito.

—¡ Aburrirme ! — Al contrario, amigo mío ; estoy pasando un rato felicísimo. Las obras de los buenos poetas deben conocerse como yo estoy conociendo las tuyas, en pleno campo, donde todo nos habla de poesía.

—De poesía y de amor, — dijo don Ruperto, acercándose más a Rosarito.

La joven le miró enternecida.

—¿ Qué es, — preguntó él, — lo que más le agrada a usted de lo que ha leído ?

—Sobre todo el espíritu poético, y después, ese deseo insaciable de vivir lejos de la sociedad, alejado de todo lo que no sea bello y amable.

—Según eso, también le gusta a usted la soledad.

—La soledad en absoluto, no, — dijo resueltamente Rosario, envolviendo a su interlocutor en una mirada cariñosa que le hizo entrever un cielo ; — pero sí la soledad esta de que disfrutamos ahora. Es un verdadero encanto encontrarse así en plena Naturaleza, saboreando las mieles de un buen libro y al lado de un amigo que sabe sentir y pensar.

—Eso es muy halagüeño para mí.

Deseosa estaba siempre Rosarito de hablar, de desahogar su corazón de las inmensas amarguras de su vida. Y como la ocasión no podía

ser más adecuada, hizo a don Ruperto una confesión general de sus pesares; de las vergüenzas inauditas a que se había visto condenada; del desamor de aquel hombre con quien vivía, porque en un arrebato de irresistible amor había consentido en ir con él ante los altares, donde un sacerdote los uniera para siempre.

Pasados los primeros días, Rosario habíase visto condenada a la soledad y en ella había devorado sus lágrimas amargas y había sufrido lo indecible viendo que su alegría huía para siempre de ella.

Después, como si no fuera bastante tanto sufrimiento, habíase visto obligada a seguir tras su marido una peregrinación mil veces más dolorosa y cruel que aquella cruentísima que las santas mujeres recorrieron acompañando a Jesús por la calle de la Amargura.

Rosarito lloraba, y sus lágrimas la hacían tan interesante y poética, que don Ruperto sintió vehementísimos deseos de consolarla.

—Si algún consuelo puede haber, — le dijo, — en el conocimiento de las desdichas ajenas, consuéllese usted y sepa que también yo he sufrido mucho. Enriqueta, a quien yo creí una mujer espiritual capaz de ser conquistada por la dulzura y la persuasión; Enriqueta, a quien yo esperaba dignificar y enaltecer, ha hecho siempre todo lo posible por que la distancia

que nos separa por la edad se agrandase más a cada momento.

Suspiró tristemente para proseguir:

—También yo he visto troncharse una por una las flores de la ilusión; yo, como usted, soñé encontrarme en un paraíso y me desperté en un infierno; porque infierno y más que infierno es verse al lado de una mujer que no nos comprende y que quiere todo lo que no queremos. De mis dolorosos desvelos, de mis afanes continuos y de mis angustias sin fin, sólo podrá darle a usted una idea remotísima, este cuaderno, en el cual he ido dejando todas las impresiones desagradables, todos los desencantos y todas las amarguísimas lágrimas que he devorado en mis soledades.

El cuaderno que acababa de sacar de su bolsillo el desventurado poeta llevaba sobre la tapa, escrito en caracteres muy negros, este título: SOLEDAD.

Rosarito devoró más que leyó aquellas páginas que destilaban amargura.

Don Ruperto la contemplaba con amor infinito, como se deben contemplar las apariciones celestiales.

¡Ah! Sí, aquella mujer se presentaba en grandecida a sus ojos; era un ángel, un ángel divino que el cielo le había enviado con la misión de quebrar, aun cuando no fuese más que

por unos instantes, la punzante monotonía del sufrimiento.

Sentíase impulsado a adorarla de rodillas, a hacer de ella el ídolo de su vida entera ; a consagrar a aquella niña todas sus fuerzas, todas sus energías.

Pero cuando la adoración llegó a su colmo ; cuando no pudo resistir más, fué cuando notó que las lágrimas de Rosarito salían de sus ojos y surcaban sus mejillas.

Tal vez no hay en el mundo una impresión más grandiosa que la que experimenta un poeta al ver que sus más preciadas producciones despiertan el interés y arrancan lágrimas.

—¡ Qué bonito !—suspiró la joven, llorando.
—¡ Qué profundamente sentido está todo !

—En esos versos—dijo el poeta, tristemente—no hay más que realidad ; pero realidad palidísima, insignificante, recuerdo de los tormentos a que me he visto condenado. En mí la intensidad en el sufrir ha llegado al grado sumo ; nadie con más motivo que yo ha podido saborear aquella angustiosísima soledad de dos en compañía de que nos habla el poeta. Usted ya sabe lo doloroso que es vivir al lado de una persona que no conviene con nosotros en ideas ni en aficiones ni en sentimientos.

—¡ Oh, sí, desgraciadamente !—suspiró Rosarito.

—Pues bien—dijo don Ruperto, que se ani-

maba cada vez más ;—si nosotros hemos sido causa por una equivocación lamentable del infierno que parece regir y gobernar nuestra vida, también tenemos fuerzas suficientes para buscar el remedio, una vez que hemos conocido la enfermedad.

—¿Y cómo?—preguntó la joven.

—Rompiendo con valentía la cuerda con que nos maniataron las preocupaciones sociales.

—¡ Oh ! — dijo Rosario. — Me parece muy atrevido lo que usted afirma.

—Es verdad ; para obrar como se debe se necesita atrevimiento. Pero ¿por qué no ha de poder desatar el hombre lo que él mismo ha anudado? Créame usted, amiga mía, que de todos los males que afligen a la humanidad sólo la humanidad tiene la culpa. Dígame usted : ¿quién la obligó a usted a unirse con Ernesto Cuenca ?

—A decir verdad, nadie. Sólo el amor pudo impulsarme.

—El amor ; eso que entendemos por amor es algo que debemos maldecir con todas las fuerzas del alma. Por lo general no es más que un arrebató ardiente, deseo diabólico, y no la tranquila y apacible comunión de dos almas que participan de las mismas ideas y de iguales sentimientos.

Rosarito suspiró. Encontraba acertadísimo lo que don Ruperto decía,

No, no era amor aquel desasosiego, aquel anhelo angustioso que, colocándole una venda en los ojos, habíala impulsado a cometer el mayor de los disparates.

Casarse con un hombre como Ernesto Cuenca, borrachín impenitente, había sido hacer la desgracia de su vida.

—Todo lo que usted dice es una verdad desgarradora.

—Lo sería si lo que ocurre no tuviera remedio.

—Desgraciadamente no lo tiene — suspiró Rosarito.

—Usted se engaña; todos los males, si no precisamente su curación tienen su alivio.

—Yo no lo creo así.

—Hay cosas que no se pueden volver a hacer; los hechos consumados tienen una fuerza brutal. En el mundo no hay fuerzas que oponer a lo irremediable.

—Escúcheme usted con atención. Yo creo que uno de los grandes errores de la humanidad es ese. Todo tiene remedio y, aunque no pocas veces la aplicación del remedio es dolorosa y violenta, no por eso ha de dejar de emplearse.

El sabio quedó un momento meditabundo.

Rosarito le miraba con ansiedad, deseosa de que disipase por completo sus dudas, para dejarse vencer dulcemente.

Comprendía que al lado de aquel hombre, que atesoraba en su pecho ternuras infinitas y que sabía razonar, podía encontrarse una felicidad tan grande como la había soñado en sus delirios juveniles.

Se veía unida a él por las angustias que uno y otro habían saboreado en la vida por idénticas causas.

—Voy a probarle a usted—agregó el poeta—que si permanecemos sin romper las ligaduras que hacen nuestra desdicha es solamente por debilidad. Suponga que ha comprado un caballo de bonita estampa; uno de esos animales que a primera vista causan admiración y despiertan la envidia del que no tiene la suerte de poseerlo.

—Me parece que nos salimos de la cuestión—observó la joven.

—Al contrario, nunca estuvimos más dentro de ella.

—Escucho.

—Prosigo. Ese caballo, tan admirable en la figura, tiene defectos y resabios hasta el punto que jamás el jinete está seguro en él: muerde a cuantos a él se acercan, cocea, es inquieto de tal modo que constituye un peligro constante. Pues bien, cuando se convence uno de que el hermoso animal no puede acarrearle más que compromisos o disgustos, se apresura a poner

remedio a tanto mal y se deshace del caballo.

¿No es eso?

—Así es.

—Hay varios procedimientos para que el caballo deje de ser un peligro.

—Veamos cuáles—objetó Rosario.

—El primero, matarlo.

—Violento es.

—Sí, violentísimo.

—Y, por consiguiente, irrealizable para toda persona de buen corazón.

—Estamos conformes en ese punto.

—Lo suponía.

—Pero aún —agregó don Ruperto—quedan algunos medios más.

—Ya sé: venderlo.

—Precisamente.

—Pero puede ocurrir una dificultad—dijo, sonriente, Rosarito.

—¿Y es...?

—La de que, enterados todos de las malas condiciones del caballo, no haya quien lo compre.

—Pues aún hay otro medio—repuso el poeta.

—Sepamos.

—Se regala.

—¡Ah!

—Y como ya lo dice el refrán...

—¡Justo!

—Pero es que puede ocurrir—dijo Rosarito—que ni regalado lo quiera nadie.

—Mucho alambicar es; pero aun ocurriendo así, quedarían recursos para deshacerse de él.

—¿Sí?

—Uno verdaderamente infalible, y si le he de decir verdad, el mejor.

—¿De veras?

—Indudablemente.

—¿Y ese recurso sería?

—Sencilísimo, con abandonarlo habría bastante.

Hubo un momento de silencio. Rosarito había comprendido cuanto le quería decir don Ruperto; este pensaba que aún tenía que abordar la cuestión más difícil. Pero era hombre de recursos y como adivinara que aquella linda joven estaba completamente de su parte no se detuvo a pensar mucho rato.

—Analicemos—dijo—detenidamente nuestra situación.

Y al decir esto cogió las manos de Rosarito oprimiéndolas dulcemente con las suyas.

—Veamos.

—Nosotros...

Titubeó. Realmente lo que tenía que decir era tan delicado que temía que Rosarito le tomase por un loco.

Esta, que adivinó la causa de aquel silencio, dijo:

—Sin eufemismos, ni ambigüedades, voy a abordar yo la cuestión, 'ya que usted no se atreve.

—Sí que me atrevo, pero puesto que usted se brinda a empezar...

—Efectivamente.

—La escucho.

Y don Ruperto apoyó el codo derecho en las rodillas y la barba en la palma de la mano y se dispuso a no perder palabra de lo que Rosarito dijera.

—Nosotros, iba a usted a decir, nos encontramos en un caso, si no semejante, bastante parecido al de quien ha comprado una mala caballería.

Y al decir esto la joven no pudo reprimir una carcajada.

—Precisamente—dijo don Ruperto—no pensaba decir otra cosa.

—Y como no podemos matarla...—prosiguió Rosarito.

—Ni venderla—agregó el sabio suspirando.

—Ni regalarla, porque nadie la querría...

Los dos se echaron a reir. Parecían muy alegres, como si hubiesen encontrado la solución de un problema largo tiempo buscada.

—Acabe usted—dijo la joven.

—No, a usted le toca.

—Pues la cosa es bien sencilla: cuando una madeja se ha enredado de tal modo que resul-

ta inútil romperla, lo mejor que se puede hacer es abandonarla.

Guardaron silencio durante unos instantes, y después, como impulsados por un mismo sentimiento, dijeron a la par:

—Si usted fuese tan buena...

—Si usted fuese tan bueno...

Y se apretaron las manos y en aquel apretón, a más de mucho cariño, hubo una promesa de prestarse mutuamente apoyo y ayuda.

Don Ruperto empleó entonces todas las palabras dulces y suaves que enternecen el corazón, combinándolas de manera que fueran dignas de admirarse.

El había soñado siempre con una mujer que había de venir a endulzar su existencia; mujer interesante, inteligente, digna de comprenderle y caminar apoyándose en él con confiado abandono. Y aquella mujer estaba allí y llegaba a él después de sufrir desilusiones sin cuento y de maldecir del bullicio, de la sociedad y hasta del mismo amor.

Don Ruperto sentíase con inteligencia y con fuerzas bastantes para consolarla dulzurando las amarguras de su vida. Estaba seguro de conseguir con sus delicadezas el cariño confiado y tranquilo que hace a dos seres caminar satisfechos y orgullosos por la misma senda, sin experimentar desalientos, sin apurar grandes

dolores ni alegrías locas, felices con la descansada vida pregonada por los poetas bucólicos.

Rosarito escuchaba a aquel hombre con la boca abierta, convencida cada vez más de que don Ruperto era muy superior a cuanto pudiera desearse de un hombre.

Indudablemente Enriqueta Larraz le había calumniado ridiculizándole hasta el punto de hacerle parecer grotesco.

Cuando agotaron aquella conversación gratísima en que los dos gozaron de un bienestar desconocido, volvieron a la lectura de poesías.

Rosarito rogó a don Ruperto que leyese una de las más sentidas y, después de aplaudírsela llena de emoción, le dijo:

—¿No sabe usted cuál haya sido el mayor premio obtenido por un poeta?

—Sí que lo sé. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque quiero saberlo.

—No me acuerdo ahora precisamente del nombre del poeta, pero el pobre era muy feo y, sobre todo, tenía una boca que daba asco mirársela. Este poeta recitaba maravillosamente y fué llevado una noche a casa de cierta duquesa, de la que estaba locamente enamorado. Recitó aquella noche mucho de los grandes maestros y no poco suyo, y como la duquesa en persona le pidiese una composición, improvisó una, triste como el quejido de un niño abandonado, dulce como el canto de la alon-

dra despidiendo al sol, amorosa como el arrullo de los palomos... una obra perfecta. La señora le escuchó con curiosidad al principio, con emoción después, y por fin con tal entusiasmo, que al terminar el inspirado hijo de Apolo, en un rasgo de entusiasmo, le abrazó conmovida y dió en aquella boca que todas las mujeres hubieran desdeñado, un beso tan ardiente y tan sincero, que llenó de felicidad eterna el corazón del poeta.

—¡ Oh, hermosísimo rasgo en verdad ! Pero a mí me parecería poco para premiar la hermosa poesía que acaba usted de leer.

Y al decir esto se puso muy encarnada.

Don Ruperto se acercó más a ella ; el libro de apuntes cayó al suelo, pero le recitó al oído una estrofa de alabanzas tan bellas, tan ardientes, tan conmovedoras, tan sentidas, que Rosarito representó, con todo el fuego de que era capaz su corazón, el hermoso papel de duquesa, dejando deslumbrado y desfalleciente de felicidad a su compañero.

CAPITULO XI

Un sabio que sueña en la gloria.—Una que llora y se aburre. — Dos amantes que se aprovechan.

Hasta la hora de cenar no pudieron encontrarse juntos Enriqueta, Rosarito, Cuenca y don Ruperto. Verdad es que no se buscaron nada.

Enriqueta había llegado a la quinta algo desgredada de tanto haber corrido, apoyándose lánguidamente en el brazo de Ernesto Cuenca. Este parecía muy satisfecho y se inclinaba al oído de su compañera para deslizar en él palabras que le hacían reír.

Acostumbrada Enriqueta a lo que llamaba sosería de su marido, estaba encantada ante el espíritu bullicioso de Cuenca.

La frialdad con que éste tomaba todas las cosas de la vida era tan nueva para ella, que le agradaba en extremo; porque su espíritu ligero no alcanzaba a profundizar la esencia de las cosas.

Todo lo que la había aburrido don Ruperto, primero con la lectura de sus versos, que ella no vacilaba en calificar de sandeces, y más tarde con su afición a los estudios zoológicos, la distraía Ernesto con su charla chispeante y hueca, en la que brillaba el espíritu juguetón de los placeres orgiásticos.

Ernesto, por su parte, encontraba encantadora a Enriqueta, no ya por la novedad de la conquista, sino porque la de Larraz reía con toda su alma y estaba predispuesta siempre a la alegría.

Acostumbrado a los lloriqueos y súplicas de Rosarito Alcácer, súplicas y lloriqueos que le aburrían en alto grado, porque le recordaban sus malas acciones, creyó a Enriqueta muy capaz de constituirse en un buen compañero digno de saborear los mejores vinos del mundo.

Así es que mientras Rosarito y Ruperto se inclinaban el uno hacia el otro, por una igualdad de gustos y aspiraciones, Enriqueta y Cuenca se unían, creyendo que la felicidad sólo podía encontrarse en los desórdenes a que convidan las religiones paganas.

En medio de aquella felicidad había una persona bien desgraciada y digna de compasión.

Era ésta Rosa, la doncella de Enriqueta, que desde la tarde anterior había concebido la esperanza de que Ernesto, aquel señorito

que le había hecho bailar tan desenfrenadamente, no la abandonaría por completo a su desgracia.

Por eso, cuando vió llegar al joven adorador de Baco y a su señorita tan amartelados, experimentó una emoción profundísima, y pretextando una enfermedad repentina se encerró en su cuarto a llorar amargamente la ingratitud de aquel que por un momento le había hecho entrever una felicidad sin límites.

Los últimos en llegar a la casa fueron don Ruperto y Rosarito, que caminaban lentamente, hablando de la poesía que encierran en sí las claras noches de luna, las plácidas corrientes de los arroyuelos, la grata sombra de las enramadas.

Don Ruperto, feliz completamente, acabó por confesar que el árbol de la ciencia no era precisamente el árbol de la vida.

Cuando se reunieron los cuatro en el comedor la conversación tomó un carácter más general y por consiguiente menos íntimo.

Un observador hubiera sorprendido, sin embargo, miradas y sonrisas que no había habido en los días anteriores.

Catalina, la cocinera, que por la repentina enfermedad de Rosa se vió obligada a servir la mesa, se escandalizó en su interior más de una vez al ver que Enriqueta se atrevía a be-

ber algunas copas de vino que le sirviera Ernesto.

Como de costumbre, poco después de cenar se fué cada cual a su cuarto con el propósito de dormir.

Rosarito llevóse consigo un libro manuscrito de versos que le diera el amo de la casa, y Ernesto, asegurando que tenía que despachar algunas cartas urgentes, se metió en el despacho.

Sin duda esperaba a Enriqueta, pero ésta, reconociéndose culpable, no sabemos de qué delito, como durmiera en la misma habitación de don Ruperto, aunque en distinta cama, no se atrevió a salir, temerosa de descubrir con una imprudencia lo que debía permanecer oculto hasta que no dispusiera el destino otra cosa.

Ignoraba la joven el estado de embobamiento dichoso en que se encontraba su marido, que, saboreando su felicidad, no hubiese advertido ni extrañado nada.

Rosarito que, más perspicaz que todos, había observado algo de lo que ocurría entre su amiga y su marido, casi se sentía regocijada por esta misma circunstancia.

Así es que Ernesto podía permanecer tranquilo en el despacho en la seguridad de que ni su mujer ni su amiga habían de ir a buscarle.

Sin embargo, él esperaba tranquilo, con la paciencia del amante que no lo ha conseguido

todo, y que en la nueva entrevista sólo piensa en corroborar lo que ya es un hecho.

Y hubiérase pasado la noche en espera si la casualidad que va en socorro de los pillos no le hubiese proporcionado una distracción cuando ya empezaba a impacientarse.

Primero creyó sentir roce de faldas a lo largo del pasillo que al despacho conducía.

Aquel grato ruido fué aproximándose, semejante al suave murmullo de las hojas que recuerda las noches placenteras del amor.

Por último, oyó que alguien llamaba suavemente en la puerta del despacho y se dirigió a recibir a quien de modo tan misterioso llegaba.

Pero no reconociendo a Enriqueta que, como hemos dicho, era a la que esperaba, dió dos pasos atrás exclamando lleno de asombro:

—¡ Rosa !

—La misma soy, señorito — dijo la muchacha, penetrando en la habitación, confusa y llorosa.

—¿ A qué vienes ? — preguntó Ernesto. — ¿ Te manda la señorita ?

Rosa exhaló un suspiro tristísimo.

—¡ Ay, no, señor ! Nadie me manda.

—¿ Entonces... ?

—Es que tengo que hablarle.

Algo le contrariaba a Ernesto la presencia

de la muchacha precisamente en los momentos en que esperaba a Enriqueta.

¡Oh! Si entonces llegase, perdería en un instante todo lo que había conseguido de aquella mujer que era para él a la sazón, y lo hubiera jurado sobre los Evangelios, la más apreciable de cuantas mujeres había conocido.

Sin embargo, como no era cosa de despedir a la doncella, que también era muy apetecible, antes de saber la causa que hacia él la encaminaba, se resignó, seguro de que no tendría que esforzarse mucho para deshacerse de ella.

—Sepamos lo que te trae por aquí, muchacha—dijo Cuenca, disponiéndose a escuchar.

Rosa avanzó algunos pasos y, prorrumpiendo en amargos sollozos, exclamó, abrazándole:

—¡Ay, señorito; soy muy desgraciada!

Ernesto esperaba el golpe, pero no por eso quedó menos confuso. Recordaba perfectamente todo lo ocurrido el día anterior y comprendía cuál era la desgracia de que se lamentaba Rosa.

Sin embargo, temeroso siempre de ver aparecer a Enriqueta, procuró desasirse de los brazos de la joven, diciéndole:

—Vamos, amiga mía, cálmate y vete a acostar; es imposible de todo punto que podamos tener aquí una explicación tan larga como las circunstancias lo exigen; tranquilízate que no me he ido del mundo.

Estas palabras, lejos de tranquilizar a Rosa, la sumieron en una desesperación profunda, y se dejó caer en una silla llorando amargamente.

—¡ Me he lucido ! — pensó para sí Ernesto Cuenca.—Estas mujeres, a quienes les da por lo tierno, están siempre propensas a cometer alguna barbaridad. ¡ Tontas !

Y luego, convencido de que tenía necesidad de secar aquellas lágrimas, agregó en voz alta :

—Vamos, hija mía, reponte un poco y hablemos con calma.

Y, dirigiéndose a la puerta, se disponía a cerrarla, cuando le asaltó de nuevo el temor de que Enriqueta podía presentarse a lo mejor de la conversación y armar un justísimo escándalo.

—Creo que podemos hacer una cosa mejor que permanecer aquí — dijo — dirigiéndose a Rosa.

—¿ El qué, señorito ?

—Salir al huerto ; la noche está clara.

—Sí, hace luna—dijo, gimoteando, la muchacha.

—Aunque no la hiciera maldita la falta que haría para entendernos. Ya sabes, querida Rosa, que lo que menos falta hace para hablar es luz.

—Así es la verdad, señorito.

—Pues andando.

—Cuando usted quiera.

—Me parece que lo mejor es que salgas tú delante.

—¿Y me promete usted venir?

—En seguida.

—Le esperaré al lado de la alberca, en aquel banco que hay bajo las acacias.

—Bueno, bueno. En seguida soy contigo.

Rosa salió del despacho. Ernesto respiró fuerte al verla salir, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—¡Gracias a Dios!—dijo.—Creí que la venida de esta muchacha iba a motivar la continuación de los escándalos.

Y se dispuso a salir para acudir a aquella dulce cita, resuelto a prodigar a Rosa toda clase de consuelos.

—¡Si Enriqueta supiera...! ¡Ella que, adivinando todo lo ocurrido ayer, me ha hecho jurar que no volvería a dirigirle la palabra a Rosa!

Estuvo indeciso un momento, y después, encogiéndose de hombros, agregó:

—¡Bah! ¡Qué se le va a hacer! Está visto que todos los juramentos se los lleva el aire. No seré yo el que obligue a nadie a jurar, pues basta hacerlo para que los mejores propósitos vengan a tierra.

Echó a andar por el largo pasillo y se dirigió a tientas hacia el comedor, para salir por una gran puerta de cristales que daba al huerto.

Iba deslizándose, sin hacer el menor ruido, como gato que quiere sorprender al ratón.

Así llegó hasta la puerta, conteniendo la respiración.

Como las maderas estaban cerradas, el comedor se encontraba en la mayor obscuridad.

Afortunadamente no encontró a su paso tropiezo alguno.

Pero, al alargar el brazo para abrir, su mano en lugar de encontrar la aldaba de la falleba, cogió otra mano, pequeña y suave.

Un ligero grito, arrancado sin duda por el sobresalto, se oyó en la estancia.

Ernesto dió dos pasos retrocediendo. El grito no había salido de sus labios.

—¿Quién va?—preguntó Ernesto, anhelando saber con quién tenía que habérselas.

Hizo esta pregunta suavemente, como quien no quiere armar alboroto.

—¡Ernesto!—respondió una voz dulcísima.

—¡Jesús, qué susto tan grande he llevado!

El se acercó al sitio de donde venía la voz, y pronto se encontró en los brazos de aquella mujer.

—¡Enriqueta!—dijo alegremente, olvidándose de todo.—¡Oh, qué sorpresa tan agradable!...

Antes de continuar describiendo tan interesante escena, retrocedamos un momento para

explicar la presencia de la de Larraz en el comedor, dispuesta a salir al huerto.

Cuando se encerró en su habitación con don Ruperto, vió a éste que se paseaba de un lado para otro, triste y desasosegado.

Enriqueta, temerosa de que su marido pudiese haber adivinado lo que ocurría entre ella y Ernesto, se acobardó, hasta el punto de no encontrar palabras que dirigir al sabio. Esperaba a que éste rompiese el silencio y buscaba en su imaginación argumentos a propósito para defenderse.

Habíale extrañado en grado sumo que no dijera nada del paseo, donde Enriqueta había creído burlar la vigilancia del sabio, apartándose del camino ordinario en compañía de Cuenca; ahora esperaba el chaparrón.

Enriqueta, tan decidida siempre, tan resuelta para todas sus cosas, habíase amilanado de tal manera, que no sabía lo que hacer.

Sospechaba que la esperaba Ernesto en el despacho; pero no se atrevía a moverse. Lo que la noche anterior hubiese hecho sin preocuparse de nada, no se atrevía a hacerlo entonces.

Por fin, deseosa de saber a qué atenerse, preguntó a su marido:

—¿No te acuestas?

—Sí, en seguida voy; estoy bastante cansa-

do; pero estaba pensando precisamente en el asunto de un poema, y maduraba el plan.

—¡ Ah! — dijo Enriqueta, con una sonrisa desdeñosa.—¿ Vuelves otra vez a los versos?

—Nunca los he dejado.

—Haces bien, si eso te distrae.

Lanzó don Ruperto a su mujer una mirada de desprecio profundo, pensando que al lado de aquella mujer, toda poesía expiraba en manos de la desilución.

Aquella mirada, en la que Enriqueta vió ira y odio, no dejó de sobresaltarla; pero, como viese que su marido empezaba a desnudarse y se disponía a dormir, Enriqueta creyó que la tormenta se alejaba, y, algo más tranquila, empezó a desnudarse también.

Cada cual ocupó su cama y, cuando estuvieron acostados, don Ruperto dijo:

—¿ Te hace falta la luz?

—No.

—Pues, buenas noches.

—Buenas noches.

Y el sabio poeta apagó la bujía.

Poco rato después, don Ruperto, rendido por el cansancio y por las emociones del día, se durmió, pensando en Rosarito, y no tardó en soñar que ésta, primorosamente ataviada con una túnica blanca, resplandeciente de pedrería, descendía en una nube rodeada de nin

fas, que con coronas de mirto y laurel venían a coronarle.

Mientras se sumergía en aquel bienhechor sueño de gloria, Enriqueta velaba, y la inquietud le hacía dar vueltas en la cama.

Primero hizo esfuerzos por dormirse sin que lograra conseguirlo. Después pensó en Ernesto, que tanto le había hecho reír aquella tarde y con el que tan felices horas se prometía.

Apoderóse de su pecho mortal inquietud y púsose a escuchar atentamente.

Todo parecía dormir en la casa.

El grato misterioso silencio de la noche era interrumpido de vez en cuando por el canto de algún gallo vigilante o por el ladrido de algún perro.

Al lado de Enriqueta, don Ruperto empezaba a roncar.

De repente creyó oír un ligero ruido como de alguien que anduviese a tientas por la casa y hubiese tropezado con un mueble.

Redobló su atención pero el ruido no volvió a repetirse.

Como estaba cada vez más impaciente, acabó por deslizarse suavemente de la cama y vestirse una bata, calzándose unas zapatillas.

En esta operación tardó mucho tiempo, pues la emoción de que se hallaba poseída casi le impedía obrar.

Esforzábase en contener la respiración para

no despertar a su marido ; su corazón latía violentamente con un aceleramiento desusado, pero cuando creía oír la más ligera diferencia en la pausada respiración de don Ruperto, cesaban los latidos, y toda la sangre afluía a él. El temblor de las manos le hacía abrochar torpemente los botones de la bata ; sus piernas temblaban hasta el punto de que la sostenían difícilmente ; sentía latir sus sienes y estaba tan azorada que si en aquel momento la hubiese llamado su marido para preguntarle dónde iba, hubiese caído al suelo desmayada.

En esto creyó volver a oír fuera un ligero ruido, como de vestidos de mujer que rozasen con las paredes.

El demonio de la curiosidad acabó por hacer presa en ella.

Quiso saber lo que ocurría y se decidió a salir con todo el sigilo posible.

Una voz interior parecida a un remordimiento le aconsejaba que se quedase, pero hacía soberanos esfuerzos por cerrar sus oídos a aquella voz.

Al llegar a la puerta de la gran habitación que les servía de alcoba se detuvo azorada, escuchando atentamente, creyendo que don Ruperto se había movido y la llamaba.

Sujeta al quicio de la puerta, temblorosa y pálida, hubiérasela tomado por una enferma de-

lirante que abandonase el lecho en un estado de terrible sonambulismo.

En este mismo momento le pareció oír que alguien abría la gran puetra del comedor que daba al huerto.

Pudo en ella más la impaciencia de saber lo que ocurría que el miedo, y deslizándose como una sombra se dirigió al comedor.

Durante el trayecto tuvo que detenerse varias veces presa de un miedo cervical.

Con seguridad que, de haber sido más largo el camino, no hubiese podido cegar al fin.

Próxima estaba a verse fuera de la casa, ya apoyaba su mano en la falleba, cuando sintió que una mano varonil se apoyaba suavemente en la suya.

Entonces lanzó un ligero grito y dió dos pasos atrás, desfacediente, creyendo morir.

Por fortuna, tardó poco en oír la voz de Ernesto.

No obstante, como el susto había sido superior a sus fuerzas, estuvo a punto de desmayarse.

Repuesta un poco, pregunto:

—¿Dónde ibas?

Ernesto, algo confuso, no sabía qué responder; pero considerándose perdido si titubeaba en aquel momento respondió:

—Me aburría en el despacho, viendo que no dabas señales de vida.

—¿Me esperabas?

—Sí.

—Tenía miedo y no me atrevía a ir.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a que Ruperto hubiese adivinado algo y se propusiera espiarnos.

—No te apures; me parece que nada tenemos que temer por ese lado.

—Es que si llegara a averiguarse... ¡Qué vergüenza!

—¿Vergüenza? No sé por qué; lo que ha ocurrido entre nosotros tenía que ocurrir necesariamente. Yo estoy condenado a una mujer que me llena los oídos de lloriqueos; me basta beber un par de copas de vino para verla durante una semana triste y suspirante como si echase algo de menos... ¡Te juro que es insupportable!

—No la trates mal, ¡pobrecilla!

—Luego—prosiguió diciendo Cuenca—tú estás poco más o menos en mi situación. Te aburres al lado de un hombre que no congenia contigo, excesivamente serio y estirado, que no sabe reírse nunca y mira con ceño a los que a reír se atreven. De todo esto ha resultado lo que tenía que resultar. Tú gustas de saborear la vida como yo, alegremente, bulliciosamente; te agobia la constante permanencia en los lugares solitarios, piensas y sientes lo mismo que yo; por consiguiente, nada tiene de extraño

que nos hayamos comprendido con poco trabajo. No temas, pues, nada; somos fuertes y no nos faltarán recursos para pasar una vida dichosa, si no aquí, en cualquier parte.

—¡ Oh, calla, calla !

Se había ido entusiasmando y hablaba casi en su voz natural, por lo que Enriqueta se vió obligada a imponerle silencio.

Estuvieron largo rato fuertemente abrazados el uno al otro. Enriqueta, temblorosa y anhelante. Ernesto, olvidado de todo.

Resultábale muy dulce aquella sabrosa fruta sobre la que otro tenía derecho. Por otra parte sabía por experiencia, como hombre gastado, que no hay refinamiento, ni exaltación ninguna en los placeres lícitos, que por el mero hecho de serlo, resultan la menor cantidad posible de placer.

Enriqueta, viendo que no estaban nada bien en el comedor, y deseosa de estar al lado de aquel hombre cuanto pudiese, ~~propuso~~ un paseo por el huerto.

—Precisamente—dijo,—al lado de la alberca y al abrigo de las acacias hay un banco que parece puesto allí por el hada que protege los dulces misterios del amor.

Ernesto se acordó de que precisamente en aquel mismo sitio le había dado cita Rosa y que allí debía esperarle.

Pero, temiendo despertar sospechas, nada

dijo, resuelto, no obstante, a dirigir el paseo por otro sitio.

CAPITULO XII

Noche de luna.—Dulces coloquios y celos terribles

Esperaba Rosa con gran impaciencia la llegada de Ernesto, dispuesta a referirle sus afa-
nes y a jurarle amor eterno y que había de seguirle allá donde él mandase, como esclava sumisa.

La noche era hermosísima. Nada turbaba la tranquilidad del agua de la gran alberca cuyo puro cristal reflejaba como un espejo mágico los astros brillantes de la bóveda celeste; la clara luna parecía inmóvil y, sin embargo, se deslizaba por el cielo como la dicha, poco a poco.

La huerta, con sus cuadros bordeados de árboles frondosísimos y orlados de espeso follaje, parecía una evocación del paraíso.

El agua de la gran alberca perdíase en canales cuyas revueltas simulaban los repliegues

y brillantes curvas de la serpiente; en el aire y en la tierra, en el cielo y en las transparentes aguas, todo era sereno y dulce; en aquella calma paradisíaca; en aquel paisaje hermosísimo, la aparición de un espíritu no hubiera asustado a nadie, porque a nadie se le habría ocurrido que en aquel vergel pudiese tener entrada un espíritu maléfico.

Enriqueta y Ernesto habían salido de la casa los dos muy juntos.

El rodeaba con su brazo el elegante talle de la de Larraz, que se abandonaba al amor en medio de aquel cuadro de poesía.

Ernesto no olvidaba que Rosa debía estar precisamente en el mismo lugar a que Enriqueta quería dirigirse, y caminaba lentamente, como retardando el momento.

Enriqueta, por el contrario, estaba impaciente por llegar.

Pasadas las terribles emociones de aquella noche, anhelaba sentarse al lado de aquel hombre que le había robado el sentido, y le hacía cometer toda clase de imprudencias y locuras.

Rosa, que aguardaba con el alma llena de zozobras y sobresaltos, distinguió bien pronto a la enamorada pareja que avanzaba hacia aquel lugar, en que ella creyó por un momento disfrutar de horas felices. Al distinguir la figura esbelta de su señora, que parecía un hada de la noche, con su bata blanca y su an-

dar majestuoso, sintió que su corazón se destrozaba.

Tentada estuvo de salirles al encuentro e impedir con su presencia que las cosas llegaran más lejos de donde habían llegado ya; pero comprendió que dejarse ver en aquel instante sería perderse y obligar a su señorita a que la pusiera de patitas en la calle.

Alejóse rápidamente del banco, y se resguardó detrás de unos rosales, de manera que pudiera ver claramente todo cuanto pasara, para poder servirse de lo que iba a ocurrir como de un arma temible, o como de un escudo invulnerable.

Agazapada, conteniendo la respiración, se dispuso a soportar aquel suplicio de Tántalo, que indudablemente iban a proporcionarle los flamantes enamorados.

Y así fué, efectivamente. Aunque Ernesto no la vió en el lugar de la cita, fijóse que no estaría lejos y procuró no dar rienda suelta a sus desbordantes deseos; pero como Enriqueta no tenía los mismos motivos que su amado para aparecer juiciosa, la desventurada doméstica tuvo que ser testigo de arrebatos que enardecieron su corazón, donde fué a arrollarse, tiránica y cruel, la mordedora serpiente de los celos.

Momentos hubo en que hubiese echado a correr dando gritos, para que acudiesen todos

los de la casa y descubriesen aquel idilio incipiente; pero, reflexionándolo mejor, comprendió que aquel escándalo a nada bueno podía conducir, y permaneció quieta, tragando las punzantes hieles de la desilusión y de los celos.

Acurrucada a la sombra protectora de aquel grupo de rosales, desfallecía, viéndose obligada a contemplar lo que estaba arrepentida de haber querido ver.

La luna derramaba su luz suave sobre la huerta, y las sombras de las acacias, ligeras como la de los sauces, envolvía a los enamorados que se hacían fervientes promesas de amor.

Las horas pasaban rápidas para Enriqueta y Ernesto, y lentas como agonías para Rosa.

Pero todo tiene su fin en el mundo y aquella escena lo tuvo también.

Los gallos empezaban a anunciar la llegada del día. Enriqueta fué la primera en decir:

—¡Oh, qué tarde es! Ya aparecen las primeras tintas de la aurora. ¡Vámonos!

—Es verdad; las horas felices pasan con rapidez vertiginosa.

—Demasiado cierto es—suspiró la joven.

—En cambio, cuando llega la hora de la separación...

—No pensemos en ella.

—Es que necesariamente ha de llegar; si no hoy, mañana, dentro de ocho días, de veinte, de un mes...

—Es que nosotros podemos impedir que llegue esa hora.

—Sería un gran disparate. No lo pienses si quiera.

—¡Tan bien como viviríamos juntos!—dijo Ernesto.

—Sí, viviríamos bien, pero ¿duraría esta felicidad toda la vida?

—¿Y por qué no?

—Porque no es posible. Has dado demasiadas pruebas de volubilidad para que pueda fiarse nadie de ti.

—¿Y crees que pudiera abandonarte?

—Todo podría ser.

—Haces mal en dudar; la duda es la muerte de toda felicidad—afirmó sentenciosamente Ernesto.

—También eso es muy cierto; pero eres demasiado gitano para que yo te crea.

—Ponme a prueba.

—Es que en la prueba lo perdería yo todo mientras tú no arriesgarías nada.

Después de decir esto, Enriqueta agregó, encogiéndose de hombros:

—Dejemos eso. ¿A qué buscar pesadumbres cuando la felicidad nos sonríe? Riamos ya que se presenta la ocasión.

—¡Vivan las mujeres que saben saborear la dicha! Así me gustas; así te quiero ver siempre.

—¡Y así me verás! Lo que ha de suceder mañana no podemos evitarlo con temores injustificados.

Los ruidos del pueblo que despertaba empezaban a turbar el silencio, la luz iba siendo mayor por momentos.

—No seamos imprudentes y separémonos ya —propuso Enriqueta.

—Sea como tú quieras.

—¡Hasta luego, amor mío!

—¡Adiós, vida de mi alma!

Se habían puesto de pie y se abrazaron, juntando los labios en un beso rebotante de pasión.

Enriqueta corrió ligera y penetró en la casa.

Ernesto se quedó contemplando cómo desaparecía, y ya se disponía a entrar a su vez en la casa, cuando sintió que alguien le cogía por el brazo.

Volvió la cabeza y se encontró frente a Rosa; pero no a Rosa amante y compungida como la había visto en el despacho, sino pálida, con los labios blancos y temblorosos por la emoción y los ojos brillantes como los de una furia.

Al ver a aquella mujer Ernesto se estremeció, pensando en que debía haberlo visto todo, y que, por consiguiente, Enriqueta y él estaban a merced suya.

Esta reflexión le hizo prudente. De no ser así, rendido como estaba de las vivas emoción

nes del día y las no menos vivas de la noche, la hubiese mandado a paseo.

—Valía la pena, señorito—dijo Rosa, recalando las palabras,—de que me hubiese usted dicho que no le esperase.

—¡Rosa!

—Ha estado muy mal hecho citarme precisamente en el mismo lugar en que estaba usted citado con la señorita.

—Te aseguro...

—No asegure usted nada, ni se disculpe.

—Pero, mujer, atiende. Mira que...

—Ya sé yo que me va a decir usted muy buenas palabras; después de hacer usted todo lo posible por que le tomase ley; después de haberme jurado un montón de cosas para que yo pudiera vivir confiada... ya he visto lo que sabe usted hacer a la primera ocasión.

—Pero, mujer, tú no comprendes...

—Todo lo comprendo, señorito.

—Entonces...

—Entonces ándese usted con cuidado.

—¿Me amenazas?

—No; pero quiero decirle que conmigo no se juega como usted lo ha hecho.

Ernesto comprendió que había que recurrir a los medios extremos.

Aquella mujer, que al principio se le presentó llorosa y que ahora no lloraba, era un verdadero peligro.

Por él nada temía, pues estaba acostumbrado a cosas peores; pero temía por Enriqueta, que se iba a encontrar a merced de Rosa.

La situación era difícilísima en extremo.

Cuando la muchacha se deshacía en llanto, era fácil consolarla con palabras y caricias; viéndola airada, consideraba difícil poder prodigarle consuelos.

—Vamos, — dijo Cuenca, cogiéndola por un brazo y tirando de ella hacia el barco; — ven acá y hablaremos.

—¿Y de qué vamos a hablar?

—De lo que nos interesa; de que yo te quiero a tí con todas las fuerzas de mi alma.

—Eso me decía usted ayer y yo fui tan tonta que llegué a creerlo.

—Pues no hiciste nada de más, porque al decírtelo no mentía.

—A la vista está. Capaz sería usted de negar lo que he visto por mis propios ojos.

—¿Y qué has visto?

—Vamos, no se haga usted de nuevas.

—Te juro que al venir resuelto a contemplar tu hermosura, a beber en tus labios la felicidad de los dioses, me encontré con la señorita y...

—¿Y la confundió usted conmigo, verdad? — repuso Rosa, con despecho.

—No digo que la confundiese.

—¿Y todo lo que le ha dicho es mentira?

—¿Y qué le he dicho? — preguntó Ernesto,

para cerciorarse de si efectivamente había escuchado Rosa su conversación con Enriqueta.

—Poco más o menos lo que a mí ; que la quería usted con toda el alma y que podían ser muy felices juntándose para no separarse jamás.

—Ya comprenderás, — dijo Ernesto alarmado, — que del dicho al hecho...

—Es que he visto también todo lo que han hecho en este mismo banco.

—¡ Diablo ! — pensó Cuenca. — Ya me lo temía yo.

—¿ Qué dice usted a eso ?

—Digo... digo que te has engañado.

—¡ Yo !

—Y que has visto visiones.

—¡ Yo !

—Y que, celosa, te has figurado cosas que no existen.

—Vamos, señorito, no me haga usted reír, que malditas las ganas que tengo.

—Tú te has de convencer de que si yo he querido a alguien en este mundo, ese alguien eres tú.

—¿ De veras ?

—Como lo oyes.

—¿ Y lo de la señorita ?

—No hablemos de eso.

—Es que yo quiero hablar.

—¿ Aunque yo te lo prohíba ?

—Aunque usted me lo prohíba.

Aquí Ernesto bajó la voz, acercóse mucho al oído de Rosa y empezó a decirle tales lindzas y a darle tales razones, que por fin la muchacha empezó a desarrugar el entrecejo, y poco rato después reía satisfecha.

Tanto se enfrascaron en la conversación, que no se dieron cuenta de que el sol tardaría poco en salir y las puertas de la casa empezaban a abrirse.

Catalina, la cocinera, tuvo necesidad de salir a la huerta a coger algunas verduras, y los vió medio abrazados.

— ¡Qué vergüenza ! — murmuró.

Y se fué por otro camino para no ver cosas peores.

Por fin entraron en la casa jurándose amor eterno.

Ya dentro, Cuenca penetró en la habitación de Rosa para acabar de explanar los últimos argumentos.

Y tan halagadores debieron ser y de tanto peso, que Rosa, muy satisfecha, acabó por convencerse de que ella sola reinaba en el corazón de aquel señorito, tan gallardo y tan charlatán.

Poco antes del almuerzo, Catalina cogía por su cuenta a la señora de la casa, y los que hubieran estado cerca de ellas hubiesen podido escuchar el siguiente diálogo:

— ¿No sabe usted lo que pasa ?

—Como no me lo digas.

—Es que no sé...

—Vamos, habla con franqueza.

—¿Usted sabe que Rosa se acostó anoche, diciendo que se sentía mal?

—Sí. ¿Está peor?

—¿Quién, Rosa?

—Sí.

—¡Ca, señorita! Rosa está más saludable que yo, y eso que soy fuerte como un roble.

—¡Ah, más vale así! Sentiría que mi doncella enfermase. ¡Es tan buena!...

—¿Buena, eh? No dirá usted eso cuando sepa lo que pasa.

—Sepamos.

—Pues mire usted, anoche...

—Acaba, mujer, acaba.

—El caso es que no sé cómo decirlo.

—Lo mismo da de una manera que de otra; el caso es que lo digas.

—Pues anoche... se ha pasado toda la noche en la huerta.

Enriqueta saltó de la silla como si le hubiesen dado un pinchazo.

—¿Qué dices?—preguntó temblorosa y pálida, ante la idea de que la hubiesen visto.

—Digo la verdad, señorita.

—¿Y cómo lo sabes?—preguntó Enriqueta, cada vez con más sobresalto.

—Pues verá usted, señorita. Esta mañana...

—¿Has hablado con ella? ¿Qué te ha dicho?

—Como hablar no he hablado...

—¿Entonces, cómo sabes que ha pasado la noche en la huerta?

—Porque cuando yo salí esta mañana, al amanecer, estaba sentada en el banco de las acacias.

Enriqueta se sintió algo más aliviada, respiró fuerte, y dijo:

—¡Bah! Le dolería la cabeza y...

—No digo que no le doliera la cabeza, pero el caso es que no estaba sola.

—¿Pues con quién estaba?

—Con el señorito.

—¿Con mi marido?

—No, señora; con don Ernesto.

—¿Con don Ernesto?

—Con el mismo, señorita.

—¡Ah!

—Y no es lo malo que estuviera con él sino el que estuvieran como estaban.

—¿Cómo? — preguntó con ansiedad Enriqueta, sintiendo que el corazón le palpitaba aceleradamente.

—Pues, mire usted, señorita; yo no debía decirlo... pero como si luego ocurre algo...

—Vamos, acaba.

—Pues estaban medio abrazados.

—¡Infame! — exclamó Enriqueta, golpeando el suelo con el pie.

—La verdad, señorita, al verlos, sentí una vergüenza...

En aquel momento entró Rosarito en la habitación.

Enriqueta despidió a la cocinera y salió a recibir a su amiga, sintiendo unos celos horribles y no pocos remordimientos.

CAPITULO XIII

*Día de lluvia. — Suspiros y celos. —
Picardía de una doncella.*

Aquel día llovió: llovió copiosamente, como no había llovido desde hacía mucho tiempo.

Después del almuerzo empezó a tronar estrepitosamente, a granizar al poco rato con gran violencia, y poco después, las nubes se deshicieron en lluvia copiosa.

Como estaban imposibilitados para salir, preparábase una tarde aburridísima para todos, pues ninguno tenía el suficiente descaro para alejarse de los demás. Enriqueta y Ernesto temían que don Ruperto y Rosarito adivinasen

lo que entre ellos ocurría, y el mismo temor abrigaban el sabio naturalista y la esposa de Cuenca.

Para hacer más llevadero el tiempo, Rosarito propuso que ya que no podían pasear debían dedicarse a jugar al tresillo, distracción honesta y entretenida si las hay.

Más le hubiera gustado a Enriqueta jugar al dosillo, pues tenía muchas cosas que decir a Ernesto y deseaba tener una conversación con él para dar rienda suelta a los celos en que se consumía.

Grandes eran sus esfuerzos por permanecer serena, pero el recuerdo constante de su conversación con la cocinera la tenía en ascuas.

Parecíale lo que Cuenca hacía harto indecoroso y quería ponerle las peras a cuarto por su inconstancia, y más que todo por ser Rosa la que la había motivado.

Orgullosas y pagadas de sí están todas las mujeres. No obstante, algunas, aunque muy raras veces, suelen reconocer la superioridad de una rival. Entonces sus celos son angustiosísimos y ellas resultan dignas de compasión.

Pero cuando creen que la rival es inferior en todo (y así lo creía Enriqueta pensando en Rosa), los celos se convierten en rabia inexplicable.

Pensar que Rosa le arrebatara a Ernesto era para Enriqueta un tormento inexpresable.

Por eso notó éste que en lugar de mirarle como rendida enamorada, le dirigía miradas asesinas a las cuales no sabía cómo responder, pues aunque se devanaba los sesos, nunca pudiera adivinar si la rabia de la de Larraz provenía de algo que él, sin saberlo, había hecho mal, o de lo pésimo de la tarde que impedía que se entregasen en campo libre a sus coliquios de amor.

Don Ruperto y Rosarito, más calmosos, y sin tener que dirigirse miradas asesinas, considerábanse felices con poder estar juntos, aunque ante testigos. El había pensado muy en serio en su situación y la había encontrado inmejorable, y aunque de suyo no era muy vehementemente, había resuelto obrar a la primera contrariedad como corresponde obrar a los hombres que saben perfectamente lo que hacen.

Contentábase con mirar de tanto en tanto amorosamente a Rosarito y con saborear el altísimo e incomparable deleite de saberse comprendido y correspondido por una mujer tan angelical como aquella.

Rosarito, por su parte, encontrábase algo azorada y tenía presentimientos que contribuían a robarle la tranquilidad.

Agradábale en grado sumo encontrarse al lado de don Ruperto, que tan alto había sabi-

do hablarle a su espíritu, pero su felicidad no estaba ni con mucho exenta de temor, pues temía que cualquier intemperancia de su marido podría echarlo todo a perder.

Durante el juego no dieron que reir poco las torpezas de Enriqueta, que jugaba malísimamente y sufría lamentables equivocaciones. Llevó una buena serie de codillos y por más esfuerzos que hacía para hacerse dueña de la situación, más torpe andaba.

Para colmo de tormentos, al anochecer, entró Rosa a encender las luces y sorprendió algunas miradas de inteligencia entre Ernesto y la doncella y, sobre todo, una sonrisa tan significativa, que la sacó de tino.

Todo disimulo fué inútil y acabó por tirar las cartas sobre la mesa, diciendo:

—Nada; es preciso que renuncie al juego.

—¿Por qué, amiga mía? — preguntó don Ruperto.

—Ya ves que no sé dar pie con bola.

—No estás muy afortunada, en verdad—dijo el sabio con una sonrisita en la que había no poco de desdén.

—Pues por eso. A más, tengo que dar algunas instrucciones a Catalina.

Y procurando disimular su ira agregó:

—Ustedes sabrán dispensarme.

Y salió del gabinete, lanzando a Ernesto una mirada tal que si hubiese tenido poder de

matar, aquel hubiera sido el último momento de su vida.

Afortunadamente no tenía tal poder y Ernesto siguió jugando al tresillo, algo intrigado por el proceder de Enriqueta al cual buscaba en vano explicación.

Al salir del gabinete, Enriqueta fué en busca de Rosa, se hizo acompañar de ella a una habitación donde estaban los armarios de ropa, con el pretexto de sacar una mantelería.

Rosa obedeció. Estaba contenta y tranquila. La elocuencia que desplegara Ernesto para convencerla de su amor fué tan persuasiva que la doncella se creía verdaderamente salvada.

Estaba segura de que su señora nada podía sospechar de sus amores, mientras que ella estaba tan al tanto de sus extravíos.

Por eso su confusión no tuvo límites cuando al entrar en la habitación de los armarios vió que su señorita se volvía hacia ella y la interpelaba bruscamente:

—Vamos a ver: ¿qué tienes tú que ver con don Ernesto?

—¡Señorita...!

—Nada de aspavientos. ¿Por qué al encender la luz le mirabas y le sonreías?

—¿Yo?

—Sí, tú; ¿acaso crees que estoy ciega?

Rosa no sabía qué contestar. Temía decir poco o expresarse con demasiado claridad.

Reflexionó, sin embargo, que si su señora sólo había sorprendido aquella mirada, su situación no era para desesperarse.

Por eso se decidió a mentir y aseguró que ella no había mirado ni sonreído a nadie y menos a don Ernesto, del cual le daba no poca vergüenza porque su vista le hacía recordar la borrachera de marras.

—Entonces me habré equivocado—dijo Enriqueta con sombría calma.

—Eso creo yo, que la señorita se ha equivocado.

—¿Y te da mucha vergüenza encontrarte con el señorito Ernesto?

—¡Ay, sí, señora!—dijo suspirando hipócritamente la doncella.

—¿Entonces—continuó Enriqueta, haciendo grandes esfuerzos por contenerse,—si por casualidad, estando tú sola le vieses venir por alguna parte, tú te irías por otra?

—Sí, señora.

Enriqueta al ver aquel cinismo no pudo contenerse más, y cogiendo a Rosa por ambos brazos, exclamó rechinando los dientes:

—¡Hipócrita, más que hipócrita!

—¡Señorita!

—Dime, si te da tanta vergüenza, ¿por qué esta noche, o, mejor dicho, esta madrugada estuviste con él en la huerta, sentada debajo las

acacias dejándote abrazar? ¿Por qué después le diste entrada en tu cuarto?

Rosa, en lugar de desconcertarse, sonrió desdenosamente.

—¿No contestas?— preguntó cada vez más iracunda Enriqueta.

Conforme la señora perdía la serenidad, la doncella recobraba el aplomo con que obran las personas que tienen en su mano la mejor arma.

Así es que contestó, lentamente, dejando caer con sorna las palabras.

—Pues mire usted, señorita. Yo había tenido que salir a la huerta a eso de las doce.

—¿Y a qué?—preguntó Enriqueta.

—Me dolía mucho la cabeza y supuse que el aire de la noche me sentaría bien.

Enriqueta, que empezaba a comprender, se suavizó un poco.

—Pero el que te sintieses mal no es una razón para que estuvieses mano a mano con el señorito.

—Verá usted—continuó Rosa con calma;—yo estaba sentada en el banco que hay junto a la alberca cuando vi que venía hacia aquel sitio el señorito Ernesto con una mujer.

La mujer del naturalista se puso pálida.

—¿Y qué más?—preguntó como si quisiera adivinar lo que había visto Rosa.

—Que me levanté y comprendiendo que, como la noche era tan buena querrían sentarse en

el banco, me deslicé sin que me vieran para no servirles de estorbo.

—¿Y dónde fuiste?—preguntó la señora con ansiedad.

—Al otro lado de la alberca.

—¿Y qué hiciste allí?

—Acurrucarme para no ser vista, porque conocí a la señora que acompañaba a don Ernesto.

—¡Ah!

Enriqueta se quedó sin aliento. Analizó su situación y pensó que se encontraba a merced de Rosa, y que por consiguiente era grave.

Dejarse llevar de un arrebato hubiera sido jugar el todo por el todo, y perderlo indudablemente, así es que procuró dominar los celos terribles que la acosaban y tomarse el tiempo necesario para adoptar una resolución que la librara infaliblemente de su doncella.

Rosa la miraba satisfecha, como quien ha encontrado un arma capaz de vencer a su enemigo más terrible y la tiene empuñada vigorosamente.

Aquel silencio embarazoso era para Enriqueta mucho peor que todas las conversaciones, así es que se esforzó en romperlo.

Quería sondear las intenciones de la doncella y saber a qué atenerse.

—¿De modo—dijo—que conociste a la mujer que acompañaba al señorito Ernesto?

— Eso creo al menos—repuso la muchacha, sonriendo maliciosamente.

—¿Y quién era?

Rosa miró a su ama mientras que en sus labios, encendidos como cerezas maduras, vagaba una sonrisa.

—La señorita Rosario.

—¡ Ah !

—Al principio no la reconocí bien—agregó la doncella, sin dejar de sonreír provocativamente,—me había colocado muy lejos y no la distinguía ; pero luego, al ver lo que hacían...

Dejó la palabra en suspenso como recreándose en el martirio de Enriqueta, cuya cara, roja de vergüenza, echaba chispas.

—¿Y qué viste?—preguntó.

—Perdone usted, señorita... vi cosas que sólo se atreverían a hacer desahogadamente dos esposos amantísimos, y por eso deduje que debía ser la señorita Rosario la que acompañaba a don Ernesto.

Y, sin poder contenerse, se echó a reír con un cinismo que hizo estremecer a Enriqueta.

—¿De qué te ríes?

—De nada, señorita ; es que me hace mucha gracia eso de que un matrimonio salga a hacerse el amor a un huerto... Verdad es que como estaba tan hermosa la noche y era la luna tan clara...

La señora de Larraz hubiera cogido de bue-

na gana a Rosa y la hubiese ahogado entre sus manos; pero dudaba de si la doncella decía o no la verdad y creyó que era peligroso sacarla de su error.

Para cerciorarse mejor de hasta dónde era temible Rosa, le preguntó:

—Bien; todo eso que me dices es muy natural, pero no me explicas el por qué estabas esta madrugada con don Ernesto en la huerta y por qué luego le diste entrada en tu cuarto.

La doncella, que de la moderación con que la señorita le hacía las preguntas dedujo su miedo, dijo mirándola socarronamente:

—Verá usted, señora: cuando yo acabé de convencerme de que la señorita Rosario era la pareja de don Ernesto ocurrió una cosa muy extraña.

—¿Sí?

—Tan extraña, que no supe darle una explicación convincente.

—Sepamos.

—Don Ernesto y... la señora que le acompañaba se separaron debajo de las acacias, besándose y abrazándose, como quien se despide.

Enriqueta empezó a temblar de nuevo; las ilusiones que se hiciera un momento antes se desvanecían como la niebla a los potentes rayos de sol.

En la sonrisa de su doncella veía una per-

versidad que ella consideró digna de todos los castigos y de todos los tormentos.

—Y lo más raro del caso fué...—agregó, viendo que Enriqueta no contestaba.

—¿Qué?

—Pues que la señora se fué delante, de prisa, como visión que huye, y don Ernesto se quedó paseando. Entonces, en uno de sus paseos, me descubrió y se fué derecho hacia mí.

—¡Ah!

Rosa, gozándose interiormente de aquella circunstancia que tantas ventajas le daba sobre su señora, comprendió que podía engañarla a su antojo, dejando al mismo tiempo a Ernesto en buen lugar.

Resuelta a no perdonar medio para engañarla, agregó:

—El señorito parecía muy enfadado, casi iracundo, y me preguntó que si hacía mucho tiempo que estaba en la huerta.

—¿Y tú?—preguntó Enriqueta con ansiedad.

—Yo, temblando al verle de aquel modo, le referí la verdad, y él, entonces, se esforzó en desvanecer mis dudas, agregando que la señorita Rosario padecía de una enfermedad nerviosa y que tenía frecuentemente el capricho de verse con su marido como si fuesen amantes.

Enriqueta empezó a respirar.

De nuevo dudaba de si Rosa la había reconocido perfectamente, o si sólo tuvo sospechas que Ernesto supo desvanecer.

Aquella duda, que en otra ocasión hubiese contribuido a matarla, era un consuelo.

—¿Y después?—preguntó.

—Después me explicó la enfermedad de la señora Rosario, y me dió a conocer todas las extravagancias a que se veía sujeta; y tanto me dijo y tan bien dicho me lo dijo, que acabó por convencerme y por despertar en mí un sentimiento de lástima.

Enriqueta empezaba a bendecir a Ernesto que con tanto arte había sabido librarla de las perfidias de aquella habladora.

¿No podía ser verdad lo que su doncella le decía?

Aunque no fuese más que por la necesidad que tenía de creerlo, lo creyó.

Sin embargo, hizo propósito de acosar a Ernesto a preguntas, no bien se presentase ocasión y despidió a la doncella, sonriente y tranquila, haciéndole prometer que nadie sabría una palabra de cuanto había ocurrido.

A Rosa, que le costaba poco prometer, no le fué difícil jurar.

Cuando se encontró fuera de la habitación, dijo:

—¡Tonta, más que tonta! ¡Cómo se conoce que me tiene miedo!

Y se echó a reir.

Después reflexionó que le convenía poner al tanto de lo ocurrido a Ernesto, que probablemente se hubiese visto en grave apuro para contestar a todo lo que Enriqueta había de preguntarle.

Púsose al acecho y no tardó en presentársele ocasión. Cuenca, aprovechando la coincidencia de haber vuelto Enriqueta a ser de la partida, al dar una vez las cartas salió para una necesidad de esas que suelen mortificar a los jugadores.

Rosa le dió alcance en el pasillo, y en dos palabras le puso al corriente de cuanto ocurría.

Ernesto no pudo menos de admirar el ingenio de Rosa, ingenio que premió con el más apasionado de los besos.

CAPITULO XIV

Pepe Miralles.—Una carta de Octavia.—Una decisión que no contenta a todos

En aquel florido vergel, situado a media legua de Majalaencina, pasaban las horas apaciblemente para unos, con la rapidez con que vuela el tiempo para los felices, y lenta y angustiosamente para otros.

El octavo día, después de los sucesos que hemos narrado, presentóse en la casa de don Ruperto, Pepe Miralles, con no poca admiración de todos.

Enriqueta fué la que, después de los saludos, se atrevió a preguntarle:

—¿Y Octavia?

—¿Octavia? —exclamó Pepe, abriendo mucho los ojos, como quien oye una pregunta inaudita.

—Sí. ¿No viene con usted?

—Pero ¿no está aquí?

—No.

—Usted se chancea—dijo, riendo, Miralles;

—quiere hacerme creer que no ha venido cuando sé positivamente que está en esta casa.

Todos se miraron asombrados.

—Perdone usted—se atrevió a decir Enriqueta.—Octavia no está aquí.

Pepe Miralles perdió el color.

—Es extraño—dijo.

Después, viendo que todos le miraban deseosos de averiguar, volvió a sus preguntas:

—¿No les ha escrito Octavia?

—En efecto, hace unos días—repuso Enriqueta.

—Pidiéndoles dinero.

—Sí, señor.

—Dinero que ustedes le mandaron—afirmó Pepe.

—A vuelta de correo.

—¿Y no ha vuelto a escribir?

—No.

—¿Ni saben ustedes nada de ella?

—Ni una palabra.

Miralles calló, sumiéndose en una meditación sombría.

—Me está bien empleado—dijo al fin;—yo tengo la culpa.

Todos le contemplaban silenciosos esperando que aclarase aquel misterio.

Ernesto, con menos paciencia que los demás o con más confianza para preguntar, rompió aquel silencio:

—Vamos, hombre, explícate de una vez ; dinos cuanto haya pasado o cuanto sepas. ¿Por qué esperabas encontrar aquí a tu mujer ?

—Porque así me lo decía ella.

—¿ Cuándo ?

Pepe Miralles refirió entonces todo lo que le había pasado.

Dijo que, habiendo perdido una gran cantidad a la ruleta y habiéndose quedado, por consiguiente, sin un céntimo, pidió en la fonda donde se hospedaban dinero con el propósito de volver a Madrid en busca de fondos.

Octavia, aunque lloriqueando y quejándose, consintió en quedarse en Montecarlo y esperarle allí ; pero, sin duda, su paciencia había sido menos de la necesaria.

Miralles, una vez en Madrid, vendió una casa y con el producto corrió en busca de su mujer.

Al preguntar por ella, en la fonda, dijéronle que no estaba ; pero calculó que habría salido a dar un paseo y fué a la habitación con ánimo de vestirse para marchar al Gran Casino.

Allí, aprovechando un momento en que la suerte le fué propicia, logró recuperar todo lo perdido, lo cual le hacía dueño de una fortuna considerable.

Dios, sin duda, debió tocarle en el corazón, puesto que, abandonando el tapete verde, se dirigió a la fonda.

Al entrar en su habitación preguntó a uno de los mozos si Octavia había vuelto.

—No, señor—le contestó.

—¿Pues a qué hora salió?

—Hace ocho días.

—¡Ocho días!

—Poco más o menos.

—Pero tú estás loco.

—Perdone usted, señorito, pero creo que no.

—¿Sabes por quién te pregunto?

—¡Ya lo creo! El señor me pregunta por la señora doña Octavia.

—Eso es.

—Pues la señora salió de la fonda, pagando espléndidamente la cuenta y encargando que reservasen las habitaciones porque usted había de volver.

—¿Y sabes dónde ha ido?

—Llevaba intención de volver a España.

—¿Y no ha dejado nada para mí?

—No sé si habrá encargado algo a la doncella. Si lo desea el señor me enteraré.

—Ya lo creo. Ve y vuelve en seguida.

El criado salió, volviendo poco rato después con una doncella.

—¿Es usted el señor Miralles?—preguntó.

—Sí. ¿No me reconoces?

—¡Ah! Efectivamente, es usted mismo.

—¿Sabes a dónde ha ido mi esposa?

—Sé que se fué con ánimo de volver a España, pero nada más.

—¿Y no dejó nada para mí?

—Precisamente iba a decirle que le dejó una carta.

—¿Y quién la tiene?

—Yo.

—Pues venga.

—Si me permite el señorito que vaya a buscarla...

—Claro que sí, mujer.

La doncella salió. Pepe quedóse paseando por la habitación muy agitado.

No sabía qué pensar de aquella determinación de su esposa.

Los pocos momentos que tardó la criada en llevar la carta le parecieron siglos.

En realidad no quería a Octavia.

Pasada la luna de miel, habíase consumido su amor que en el período de relaciones llegó a presentar todos los caracteres de una locura irrefrenable.

Pero quedaba la vanidad del marido, que veía con disgusto arrollada su autoridad.

Pepe Miralles, como la generalidad de los maridos, creíase una especie de amo absoluto de su mujer, y no podía ver sin enojo que la esclava empezase a romper las cadenas y a perder la amable docilidad por la que siempre se distinguiera.

El no se fijaba ni quería fijarse en las causas que habían motivado aquel arranque de su mujer y juraba que había de vengarse cruelmente de tamaña desobediencia.

Pero cuando su coraje rayó en delirio fué cuando la doncella le presentó la carta de Octavia y vió que decía así:

«Pepe: Me parece bastante indigno lo que acabas de hacer.

»Dejar a una esposa joven y no mal parecida expuesta a mil vergüenzas y como prenda de una deuda de fonda es lo más indigno que se le puede ocurrir a un hombre.

»He creído siempre que el esposo debe ser un vigilante de la honra de su mujer. ¿Lo eres tú?

»Tengo la completa seguridad que aquí me toman por una cortesana a quien ha abandonado su conquista.

»No pudiendo resistir esta vergüenza he escrito a Enriqueta Larraz pidiéndole dinero y hospitalidad y tan buena ha sido Enriqueta que me lo ha mandado a vuelta de correo.

»Si, como tú, tuviese yo tan baja idea de la dignidad, lo que debiera hacer es *arreglarme* con algunos de estos señores que desde que llegué a Montecarlo me solicitan y que ahora, creyéndome abandonada, me asedian.

»Pero yo soy más decente que tú, y aunque

nada me importa tu nombre, tengo en mucha estima el mío para arrojarme a los perros.

»Dejo pagada la fonda y no cargo con tu equipaje porque no quiero nada de lo que te pertenece.

»Si quieres tener conmigo una entrevista decisiva, ya sabes dónde me has de encontrar; pero no te hagas la ilusión de que podamos llegar a un acuerdo.

»¡Maldito sea el amor que, cegándome, me ha tenido esclavizada a ti por tanto tiempo!

OCTAVIA.»

Esta carta le sentó al bueno de Pepe Miralles como un par de banderillas.

Sin pérdida de tiempo arregló sus asuntos y emprendió el viaje de retorno.

Iba resuelto a castigar aquellos desplantes osados de su mujer, enseñándole lo que es un marido.

Durante el camino suavizóse un poco, o mejor dicho, decidió parapetarse en la hipocresía para hacerse perdonar primero. Después, cuando estuviesen solos y ella se encontrase lejos de toda defensa, le enseñaría cuántas son tres y dos.

Comprenderá el que esto leyere la malísima impresión que debió producir en Pepe Miralles encontrarse con que su mujer no había llegado a Majalaencina.

La sorpresa de los demás también fué grande.

¿Qué podía haberle ocurrido a Octavia?
¿Dónde estaría?

Enriqueta aseguró que la mujer de Miralles no había escrito ni dando las gracias, cosa bien de extrañar en ella que era tan cumplida.

¿Qué decidir en semejante caso? ¿Cómo buscarla? ¿Dónde? ¿Por qué conducto podrían saber de ella?

Preguntas eran éstas a las que nadie sabía contestar.

Pepe Miralles se decidió a esperar allí los acontecimientos, después de cavilar no poco sobre lo que le convenía hacer, pues por más que se devanaba los sesos, no podía acertar el lugar dónde su esposa se hubiese metido.

Ernesto Cuenca frunció el ceño al saber la determinación de Pepe Miralles. Enriqueta no se manifestó muy regocijada, pues temía la presencia de aquel importuno. A don Ruperto y a Rosarito no les importaba gran cosa, ya que no necesitaban más sino un rincón donde poder hablar de arte y leer poesías, aunque aquel rincón estuviera a la vista de todo el mundo.

Sus almas se entendían, se estrechaban en caricias ideales, incomprensibles para todo el mundo y, por consiguiente, más dulces para ellos que para nadie.

Cuanto a Rosa, sonrió picarescamente al saber la noticia; Pepe Miralles podía ser un tercero en discordia. El partido entre hombres y mujeres se igualaba, y como los días en Majalaencina resultaban aburridísimos, no desesperaba de que Pepe Miralles quisiera entretenerse, ya con Enriqueta, lo cual le convenía porque se apoderaría ella de Ernesto, ya con ella, en cuyo caso procuraría sacar mejor partido.

CAPITULO XV

Lo que hizo Pepe Miralles.—Temores.—Murmuraciones.—Las mañas de Rosa

No pudo arreglarse la cosa mejor.

Pepe Miralles, que no era nada lerdo, conoció en seguida lo que entre Enriqueta y Ernesto ocurría. Tampoco le pasó inadvertido aquel apacible idilio que se desarrollaba entre Rosario y el poeta; y creyó ver que Rosa no miraba con muy buenos ojos a su señorita, y que algunas veces se permitía algunas contestaciones en las que el respeto no quedaba muy bien parado.

Esto le hizo ponerse en guardia y no perder pólvora en regocijos.

Notó asimismo que su presencia no dejaba de ser embarazosa para todos, especialmente en los paseos por el campo, pues veíanse obligados a marchar los cinco juntos y a sostener una conversación sobre generalidades, que languidecía a cada paso.

Un día quedóse en casa por discreción, achacando un fuerte dolor de cabeza.

Excusado es decir que, aunque todos aparentaron lamentar aquella circunstancia, todos se alegraron interiormente y prometiéronse una tarde feliz.

Don Ruperto, haciéndose el distraído, acortaba el paso, obligando de tanto en tanto a su pareja a detenerse.

Hablaban alto de los grandes actores; Rosarito aseguraba que era encantador cuanto habían escrito lord Byron, Shakespeare, Heine y Goethe, sobre todo este último, que había dejado en su *Herman y Dorotea* un verdadero evangelio de los enamorados.

Enriqueta, riendo de muy buena gana de las picardías que Ernesto le deslizaba en el oído, se iba adelantando, y como ambas parejas ponían empeño en aumentar la distancia, pronto estuvieron separados y, poco después, dejaron de verse.

Don Ruperto, poco aficionado a caminar

mucho por ser muy dado a la vida contemplativa, propuso a Rosarito ir a buscar un lugar oculto donde pudieran dedicarse a sus deliquios.

Realmente nada hacían que no pudiera ser visto por todo el mundo; pero existía entre ellos tal comunidad de ideas y de pensamientos, tanta igualdad de gustos y tan perfecta inteligencia, que rivalizaban en ternezas y dulzuras.

Rosarito que, desde que se casó, rara vez había disfrutado de apacible calma, que apenas si había oído de boca de Ernesto otra cosa que sus impertinencias de borracho, sentíase tan tranquila al lado de don Ruperto que hubiera constituido para ella una verdadera desdicha tenerse que separar de él.

La conversación que en un principio revelaba un santo entusiasmo acabó por ser melancólica.

No se por qué ni cuál de los dos fué el que pronunció la palabra; el caso es que uno habló de separación.

Rosarito se puso muy seria, y de pronto, con gran admiración de don Ruperto rompió a llorar.

—¿ Por qué lloras ?

—No lo sé — repuso la joven esforzándose por reponerse, — pero tengo una pena... ¡ una pena tan honda... !

—Pero algo producen las penas; el espíritu no se entristece porque sí.

—Es verdad — suspiró Rosarito.

—¿Y por qué está triste tu espíritu?

—No podría decírtelo; lo que me pasa es una de las cosas que no tienen explicación.

Don Ruperto movió tristemente la cabeza.

—Hubiera jurado — dijo, — que al salir estabas alegre.

—Sí, es verdad.

—Muy humano es eso de pasar de la risa al llanto, pero para pasar es indispensable que alguna nube manche la pureza del cielo de la dicha. Esa nube puede ser producida por un pensamiento triste; ¿qué pensamiento ha podido entristecerte? Cuéntamelo, que sólo pensar que estás triste me pone lúgubre. A más sabiendo el dolor que te aqueja nadie mejor que yo podrá consolarte aliviándolo.

Rosarito, sin dejar de estar afligida, pero sin derramar lágrimas preguntó:

¿Crees tú que no puede ser una pena constante una situación como la nuestra?

Don Ruperto bajó la cabeza tristemente.

—Es verdad — suspiró.

La felicidad es imposible cuando está uno amenazado constantemente por la desgracia.

El poeta permaneció triste y pensativo durante mucho rato. Luego levantando la abati-

da frente en la que la experiencia había empezado a marcar su punzante garra — dijo:

—Me haces temblar, Rosarito, quisiera que lo que presentes no fuera otra cosa que un mal imaginario.

—Dsgraciadamente no lo es.

—¿Si adivino lo que te entristece, me lo confesarás?

—Y si no lo adivinas también, porque de ti a mí no puede haber secreto alguno.

—¿Es la probabilidad constante de una separación?

—Esa precisamente. ¿Qué haré yo el día que me vea obligada a seguir a mi marido en esa peregrinación inacabable de bochornos y vergüenzas? Es tan horrible esto, que sólo pensar en ello produce en mí un malestar inmenso; una zozobra que me martiriza.

Don Ruperto permanecía cabizbajo, como el hombre que, considerándose impotente para la lucha, se resigna a sucumbir.

—Tarde o temprano — prosiguió Rosarito — cuando menos lo esperemos, llegará la terrible hora de la separación. Yo seguiré mi senda cuajada de abrojos, desgarrando mis pies, sin una mano amiga que me sostenga, ni unos oídos amantes que escuchen mi voz. Mi espíritu aniquilado sucumbirá en el martirio que me espera. No estarás tú a mi lado para prodigarme consuelos, para hacerme olvidar con tu

conversación, que encanta y fortifica. En lugar de poderme parapetar en la soledad, veréme obligada a la grosería sin nombre, de unos cuantos borrachos, no sé cuáles, que serán sin duda los compañeros de mi indigno esposo... ¿quién sabe? Tal vez mi desesperación me lleve a buscar un antídoto en el mismo veneno que me mata; quizá acabe por emborracharme como ellos, por entonar canciones báquicas, por bailar con la desvergüenza con que bailaba la otra noche Rosa, por entregarme ebria al primero que me abra los brazos...

—¡Amiga mía! — suspiró don Ruperto tristemente, — en verdad es horrible ese porvenir, pero fío en que no llegará a tanto.

—¿Y qué haré para que así no sea?

—No seré yo el que te aconseje la violencia, porque obrando violentamente podemos hacernos daño, pero no han de faltarte recursos si no pierdes la serenidad.

—¿Y dónde están esos recursos? ¿Cuáles son?

—Ten calma; en el mundo no ocurren las cosas más que cuando deben ocurrir y en vano será que el hombre quiera precipitar los acontecimientos.

Rosarito bajó la cabeza contristada; lo que decía don Ruperto era verdad.

—En esta vida — agregó el poeta — hay necesidad de ser filósofo; el fatalismo que hace

a muchos seres verdaderamente desgraciados, puede constituir un consuelo; todo consiste en saber soportar con paciencia la terrible prueba. No conviene cruzarse de brazos ante el destino, pero tampoco es sensato lanzarse armado contra él.

Dspués de un momento de silencio que don Ruperto empleó en analizar la impresión que hacían sus palabras, viendo que estas no alegraban a Rosarito se decidió a tocar otro resorte, al que siempre responden las mujeres.

Habló dando a su voz suavidades de caricia; puso en sus palabras su corazón de artista apasionado y logró conmover y consolar a un tiempo.

—¿Qué importaban ni el tiempo ni la distancia para dos corazones que latían al unísono y que sabían penetrarse y entenderse?

—Las penas se aminoran cuando se sabe ser correspondido.

Rosarito escuchaba con marcadas señales de admiración el discurso de su amigo, y oyéndole experimentaba un bienestar grande, pero no exento de zozobra.

Precisamente mientras más le encantaba lo que su compañero le decía hacíale ver más tenebroso el porvenir.

—Sin embargo, hubo momentos en que se creyó transportada al quinto cielo y en que lo

olvidó todo, poniendo en práctica los consejos del poeta que le decía :

—Para ser completamente feliz en la vida es indispensable no pensar en el porvenir mientras el presente nos brinde con alegrías y regocijos. Hay que esforzarse un poco, pero nunca se debe uno martirizar con el temor del mañana. ¿Acaso podemos averiguar lo que puede ocurrir dentro de un momento? ¿Y caso de averiguarlo, tendremos suficientes fuerzas para evitarlo? Ya que podemos ser felices ahora, pensemos que en lo sucesivo nada ha de oponerse a nuestra felicidad.

Después vinieron las promesas ardientes y el correspondiente capítulo de caricias; a la hora de volver, Rosarito parecía más consolada...

Don Ruperto le había dicho en un momento de arrebató :

—No tiembles, Rosarito, no te acongojes, amiga mía : te aseguro que tengo una idea salvadora.

—¿Cuál?

—No sé, no podré decírtela — repuso el sabio radiante de alegría, — pero me parece que he dado con la clave.

—Como no te expliques...

—No seas impaciente; por ahora no puedo decirte nada; mi idea parece una inspiración del cielo.

Y como Rosarito viese que el rostro de su compañero rebosaba de alegría, se sintió alegre también, aunque no podía adivinar la causa.

Más adelante veremos cuál era esta idea y comprenderá el lector que con razón se alegraba don Ruperto.

Entre tanto Pepe Miralles se dedicó a buscar a Rosa y como ella no se escondía tardó poco en encontrarla.

Empezó por informarse de cuanto ocurría en aquella casa y como la joven no se mordió la lengua, pronto supo las citas de Enriqueta y Ernesto y las plácidas conversaciones y reposados paseos de Rosarito con el amo de la casa.

Guardóse muy bien Rosa de hablar de sus extravíos y mucho menos de la célebre borrachera a que siguió la rendición de aquella plaza tan digna de ser asediada por los buenos guerreros.

Sin embargo, esforzóse mucho en demostrar que lo que hacían la señorita Enriqueta y Ernesto no era muy decente y se ensañó tanto en ellos que cualquiera que hubiese estado en el misterio habría comprendido que bajo aquellas palabras había unos celos, si no como los de Otello, tan rabiosos por lo menos.

Cuando hubo dicho todo cuanto se propuso y algo más contra Enriqueta, acabó diciendo:

—Créame usted, señorito; es un asco lo que aquí pasa.

—¿Pero y don Ruperto?—preguntó Miralles asombrado de escuchar tanto disparate que sin duda creía en absoluto.

—Don Ruperto—repuso Rosa encogiéndose de hombros despreciativamente—está hecho un pobre hombre. Digo, a menos que no se entienda con la señorita Rosario.

—¿Qué dices?

—Lo que usted oye.

—Pero Rosarito... vamos que no puedo creerlo; don Ruperto no es muy seductor que digamos.

—Verdad es—dijo Rosa riendo—que como seductor no resulta muy seductor; pero como la señorita se ve tan abandonada...

—Acaba.

—Pues que habrá dicho que a falta de pan buenas son tortas.

—Veo que eres muy maldiciente.

—¿Porque digo la verdad?

—En esta ocasión te aseguro que no la dices.

—¿No me cree usted?

—No.

—Lo siento por usted.

—¿Por mí?

—Claro, como que da usted pruebas de ser muy inocente.

—Tiene gracia.

—Y sepa usted que los inocentes no suelen ser muy afortunados.

—Pues si no acompaña la fortuna a los inocentes, te aseguro que ahora estoy siendo el más inocente del mundo.

—¿Tan desventurado es usted?

—Como un inocente—dijo Miralles riendo de la mejor gana.

—¿Y por qué?

—Porque estamos perdiendo el tiempo.

—¿De veras?

—Claro, mujer; nos ocupamos de los demás, de lo que en realidad no nos importa, y nos olvidamos de nosotros.

—¡Ah!—exclamó Rosa, que le veía venir.

—¿No te parece?

—Es que de nosotros tenemos poco que decir.

—¿Poco?

—De mí, por lo menos. Con decir que soy la doncella de la señorita ya está dicho lo más interesante de mi historia.

—Vamos, que algunos capítulos serán más interesantes que ese.

—No lo crea usted; el más interesante es aquel en que consta que me aburro.

—¿Y no se puede hacer nada para suprimir de la historia ese capítulo de aburrimiento?

—Difícil es.

—Pues es gran lástima, porque es usted muy bonita y no merece aburrirse.

—¿Lo cree usted así?

—Sin duda alguna.

—Pues a pesar de eso me aburro.

Pepe Miralles acercó su silla más a Rosa, pero ésta dió dos pasos atrás.

Estaban en el comedor, él sentado y ella de pie.

—¿Huyes de mí?

—No creo que sea usted temible hasta ese punto—repuso la joven con una sonrisa provocativa.

—Como te alejas.

—¿Qué quiere usted?... El respeto...

—¿Tan respetable te parezco?

—Bastante.

—¿Por la edad?

—No, señor; por la posición.

Miralles la miró con fijeza y no pudo por menos de confesarse que la doncella era digna de ocupar otro puesto por su hermosura.

Sagaz como todo pícaro que ha corrido mucho mundo, y achulapado a la madrileña, contestó:

—Pues si no es más que por la posición pronto se arregla eso.

—¿Cómo?

—La cosa es muy sencilla.

—Explíquese.

—Es muy claro: yo estoy sentado y tú en pie: posiciones distintas. Con sentarte a mi lado... iguales.

Rosa soltó una carcajada.

—¿Te ríes?—preguntó Pepe.

—Ya lo ve usted.

—¿De mí?

—Dios me libre.

—Entonces...

—Es que me hace usted mucha gracia.

—¿De veras?

—Como usted lo oye.

—Bueno, pues coge una silla y siéntate.

Aún puso Rosa algunas dificultades, pero tanto rogó Pepe que al fin consiguió *nivelar* las posiciones.

Entonces empezó una conversación muy interesante; Pepe Miralles hablaba bien, no carecía de ingenio y era excesivamente mundano.

Rosa tenía mucha gana de que la conversación tomara semejantes derroteros.

Prudente será, amable lector, pasar en silencio lo que ocurrió después del chispeante diálogo sostenido entre la *casta* doncella y el achulapado señorito.

Contentémonos sólo con consignar, que después de un sabrosísimo tiroteo de dimes y di-retes en los que rebosaban gracia y una picardía que mi torpe pluma no puede trasladar al papel, quedaron tan amigos y tan de

acuerdo, como si en su vida no hubiesen hecho otra cosa que entenderse.

Claro es que Rosa, harto baqueteada por Ernesto Cuenca, tuvo buen cuidado de no llegar al sabrosísimo e incomparable capítulo de las confesiones supremas; y tanta maña se dió, que logró encender en Pepe Miralles un fuego que, por no ser apagado en seguida, rebasó un poco los linderos del capricho, aunque estuvo muy lejos de llegar a la pasión desenfrenada.

Pero arte tenía Rosa, después de haber sido burlada por Cuenca, para lograr retener al amador más temible, siquiera éste estuviese alentado por el fogoso e irresistible espíritu de don Juan.

Con esto las cosas llegaron en aquella quinta de Majalaencina a lo que el lector podrá ver si tal es su antojo en los capítulos que siguen.

CAPITULO XVI

Una mujer que se escapa. — Un marido que se desespera. — Reflexiones.

Y fué, que cansado el demonio de aquella tranquilidad y buen acuerdo que reinaba entre los moradores de la quinta, inspiró una acción y una carta de Octavia Izquierdo, que, hizo entre aquellas felices parejas el efecto de una bomba que estalla en medio del más concurrido y apacible de los espectáculos.

Veamos cómo ocurrió.

Un día, precisamente cuando terminaban de almorzar y reían todos alegremente, llegó el cartero con una carta para Enriqueta Larraz.

Por la letra del sobre conoció ésta que era de Octavia Izquierdo, y así lo dijo en voz alta.

Todos, menos Pepe Miralles, que por el sitio que tenía puesto a la fortaleza de Rosa se acordaba bien poco de su mujer, tenían deseos de enterarse de lo que podía haber ocurrido a Octavia Izquierdo.

—Que se lea alto; que se lea alto—gritaron todos.

Pepe, como hombre a quien no preocupan poco ni mucho lamentos de mujer, sobre todo si la mujer es la propia, dijo:

—Sí, sí; que se lea alto. Al fin sabremos lo que le ha pasado a *esa*.

El *esa* fué pronunciado como un desprecio.

Enriqueta, que había abierto ya la carta, exclamó, mostrando un papel que sacó de ella.

—¡ Un cheque de dos mil francos !

—Los que le mandamos—dijo don Ruperto.

—¡ Qué pronto nos los paga !

—Tal vez haya jugado — exclamó Ernesto Cuenca.

—No, no — aseveró Pepe Miralles, a quien la circunstancia de que su mujer devolviese un préstamo, cuando no tenía dinero, despertó en él viva inquietud.—Octavia odia el juego.

—¿ Qué podrá haberle ocurrido?—preguntó Rosario.

—Leamos la carta; ella nos sacará de dudas—aconsejó don Ruperto.

Como el consejo del sabio era el más aceptable de los que podían darse en aquellas circunstancias, y como todos deseaban conocer lo que a la mujer de Miralles pudiera haberle ocurrido, Enriqueta se dispuso a leer.

Todos, menos Pepe y don Ruperto, se levantaron para oír mejor la lectura.

—¿Se lee toda?—preguntó Enriqueta a Miralles.

—Sí, sí—repuso éste.

—¿Sin omitir detalle alguno?

—¿Y para qué?

—Es que puede decir cosas que no sean muy de su gusto.

—Después de todo—dijo Pepe, encogiéndose de hombros—lo han de comentar ustedes a solas... A más, aunque la conducta de mi mujer no ha sido muy recomendable, tal vez se explique de modo que me vea en la precisión de perdonarla.

En este momento entró Rosa en el comedor llevando una cafetera en la mano. Nadie se fijó en su llegada, y ella, por su parte, picada en su curiosidad de mujer, que como es sabido es la más insaciable de las curiosidades, se quedó quieta dispuesta a no perder palabra de aquella carta que también para ella podía ser de gran interés.

Entretanto Enriqueta había empezado la lectura.

«No puedes imaginarte, mi queridísima amiga, la dulce emoción con que escribo esta carta.»

Este principio hizo que todos aguzasen los oídos y que Pepe Miralles aproximase su silla.

—¡Hola, hola! —exclamó, experimentando

una ligera zozobra que trató, sin embargo, de disimular.

Rosa avanzó dos pasos más para oír mejor.

«Soy feliz—continuó Enriqueta, leyendo,— con una felicidad apacible y tranquila, con la que no me había sido dable soñar, dada la vida solitaria, triste y vergonzosa a que el canalla de Pepe Miralles me tenía condenada.»

—¡Caracoles! —exclamó Pepe, poniéndose en pie de un salto.—Eso es demasiado fuerte.

Rosa enseñó sus blanquísimos dientes al sonreír con extraño regocijo.

Todos dirigieron sus miradas a Miralles.

—¿Prosigo?—preguntó Enriqueta.

Pepe, viéndose cogido entre dos fuegos, se figuró que sería ridículo negarse, y haciendo un esfuerzo para dominar el coraje que de él se iba apoderando, hizo asomar a sus labios una sonrisa, y contestó:

—¿Por qué no ha de seguir? La carta promete ser curiosísima. Desde luego me presenta a mi mujer en un aspecto que no conocía. Parece que se rebela y muestra una viveza de genio a que no me tenía acostumbrado. Siga usted, siga usted.

Enriqueta prosiguió:

«En Niza... ¡oh! No sé cómo empezar a referirte este suceso que me ha hecho la más dichosa de las mujeres.

»Para que comprendas lo que por mí pasa

en estos momentos no estará de más que te refiera detalladamente el estado de mi espíritu desde que Pepe me dejó abandonada en Montecarlo, olvidando toda dignidad, como si yo hubiera sido una de esas mancebas a quienes los granujas elegantes abandonan después de una orgía, y se van sin pagar el gasto hecho.

»Ya en mi carta anterior te referí mis apuros.

»¡No olvidaré jamás el gran servicio que me habéis prestado mandándome los dos mil francos que hoy os devuelvo por no necesitarlos ya!»

Enriqueta leía lentamente, como saboreando las palabras.

Los demás eran todos oídos.

Pepe Miralles se mordía los puños y empezaba a comprender que lo que Octavia iba a declarar en los siguientes párrafos de aquella carta, era mucho más serio de lo que se figuró en un principio.

La mujer de don Ruperto prosiguió:

«Ante todo voy a recordar algo de mi vida pasada para que puedas juzgar bien de mis acciones presentes y disculpar mi conducta.

»Me casé locamente enamorada. Durante mucho tiempo creí que amaba a mi marido sobre todas las cosas. Con sus gitanerías había logrado cautivar mi corazón y cegar mis ojos.

»Amaba a mi marido con todos los amores

como la más apasionada y tierna de las mujeres ; le amaba hasta el punto que hubiera dado por él toda mi sangre gota a gota, toda mi carne pedazo a pedazo ; mi cuerpo y mi alma.

»Pero este amor que parecía amenazar con devorar al mundo con su fuego, está muerto ; el mismo que lo motivó lo ha matado, primero con un olvido y con una frialdad que me mataba ; más tarde, con algunas acciones de moralidad dudosa que observé en él, y, por último, con la indignidad que me ha colocado en tan equívoca situación.

»Tantos dolores me han hecho maldecir cuando yo no deseaba otra cosa que adorar.

»No le ha faltado al miserable de Pepe más que jugarme a una carta, ya que me ha abandonado tan indignamente.

»Voy a continuar relatándote los dolores a que me he visto sujeta.

»Desde que se fué Pepe, dejándome en prenda en el hotel, empecé a recibir solicitudes de hombres elegantes que me habían encontrado hermosa.

»Las proposiciones de dinero y cariño eran reiteradas. La reserva en que me había encerrado avivaba más y más el deseo de los aventureros de Montecarlo.

»Desde los ingleses ricos, que pasean su aburrimiento por el mundo en busca de emociones

fuertes, hasta los dulces y amorosos italianos todos me asediaban.

»Al principio lloraba con desconsuelo infinito; después empecé a sentir una rabia sorda que devoraba mi corazón enloqueciéndome, y poco a poco, como realmente no somos otra cosa que animales de costumbres, empecé a mirar con indiferencia a mis adoradores, que más tarde me causaron risa y que acabé por considerar distraídos e interesantes.»

—¡Esto es horroroso! — interrumpió Pepe Miralles, apretando los puños.—Octavia sabe que estoy aquí y quiere martirizarme.

—No—repuso Enriqueta,—es que hemos cometido una indiscreción asombrosa queriendo conocer todos esta carta que sólo yo tengo derecho a leer.

—Indudablemente — aseguró don Ruperto, que veía la rabia del marido de Octavia.

—Nada de eso—repuso éste, procurando dominar la emoción de que se hallaba poseído,—después de todo, lo que Octavia dice en esa carta había de llegar a saberlo; con que así, tanto da que sea una hora antes que una hora después.

Y luego, dirigiéndose a Enriqueta, agregó:

—Lea usted; lea usted que procuraré oír con la paciencia de un santo.

Enriqueta consultó con una mirada a los demás y como viera que don Ruperto se encogía

de hombros, y que Rosarito y Ernesto estaban llenos de curiosidad, prosiguió la lectura:

«Cuando recibí tu carta con los dos mil francos me llené de alegría. ¡Por fin iba a terminarse mi cautiverio! ¡Salir de Montecarlo donde tan desgraciada fui, donde tantísimas lágrimas había derramado resultaba para mí el mayor de los bienes.

»Empecé a hacer los preparativos para el viaje y lo primero que hice fué pedir por la doncella a mi servicio la cuenta al fondista.

»Salió la doncella de mi gabinete y poco rato después volvió diciéndome que la cuenta estaba pagada.

»—¡Pagada!—exclamé.

»—Así me lo ha dicho el fondista.

»—¿Acaso ha venido mi marido?

»—El señor Miralles no ha dado señales de vida—repuso la doncella.

»—Entonces, ¿quién ha pagado?

»—De fijo no lo sé, pero me lo figuro.

»—¿Te lo figuras?

»—Yo creo que debe haber sido ese novelista francés que, según dice, viene a estudiar las costumbres de los jugadores.

»—Pues bien, procura enterarte con certeza y ven a decirme lo que logres averiguar.

»La doncella salió.

»Yo misma me extrañaba de la tranquilidad con que había tomado una cosa que en cual-

quiera otra ocasión de la vida me hubiese sonrojado pareciéndome la mayor de las ofensas.

»Reflexionándolo bien, esto es culpa de quien, encanallándose, nos encanalla. Viviendo siempre al lado de personas indignas acaba una por perder algo de esa delicadeza sutil hija de la educación y de las buenas costumbres.

»Te confieso que no supe indignarme y que consideré la acción del novelista francés como una acción muy digna de ser tenida en cuenta y hasta de ser agradecida con toda el alma.

»Sabiendo que nada debía en la fonda, comprendí entonces la amabilidad con que me había tratado el fondista.

»Te confieso, amiga, que una de las causas que me inclinó a aceptar aquel obsequio fué la siguiente:

»En Montecarlo nadie me conoce por Octavia Izquierdo; nadie sabe la inmaculada historia de todas las mujeres de mi familia. Aceptando, pues, obsequio de tanta monta, la única reputación que se resentía era la de la señora de Miralles... ¿Y no era justo que me tomase yo esta ligera *revancha*?

Al llegar a este punto de la carta, Enrique ta interrumpió nuevamente la lectura diciendo:

—Me parece que lo que Octavia dice a continuación, es puramente confidencial y que sólo a mí corresponde leerlo.

Pepe Miralles estaba rojo. Rechinaba los dientes, apretaba los puños y sentía en su interior un fuego que abrasaba sus entrañas.

Con la vista baja presentía que todas las miradas debían estar fijas en él y efectivamente así era.

En los labios de don Ruperto vagaba una sonrisa irónica; la vida le mostraba una fuente de inspiración donde sabiendo beber podía alcanzar la gloria.

La venganza de Octavia parecía muy justa.

Por su parte, Ernesto Cuenca empezaba a cavilar. También encontraba disculpable la conducta de aquella mujer abandonada en medio del mar agitado de la vida como prenda de una deuda de fonda.

La conducta de Miralles si no monstruosa, porque él no encontraba nada monstruoso en el mundo, no le parecía la más propia de un marido celoso de su honor.

Y al pensar estas cosas, como ocurre en todos los viciosos del mundo, Ernesto Cuenca no pensaba en que tan indigna como la de Miralles, y más indigna si se quiere, había sido su conducta con Rosarito, exponiéndola constantemente, no sólo a sus groserías de borracho impertinente, sino a la de algunos de sus compañeros.

Enriqueta, aunque no fuera más que por un espíritu que pudiéramos llamar de solidaridad

de sexo, aplaudía a Octavia con toda su alma, con verdadero entusiasmo.

Pensaba que cuando una mujer ve tronchadas todas las flores de la ilusión; cuando ve que su mayor desventura está precisamente en vivir al lado del hombre con quien vive, debe aprovechar la primera ocasión para romper todo compromiso y tener valentía para hacerse independiente.

Cuanto a Rosarito, veía con no poca tristeza que ella se encontraba próximamente en la misma situación de Octavia, pero como mujer buena, sencilla y sentimental, no se atrevía a disculparla por completo, porque temía llegar al egoísmo por deducciones y acabar por absolverse ella misma del delito de marchar por caminos extraviados escuchando con más deleite las incontables ternezas de don Ruperto que las impertinencias y arrebatos de su marido, que por otra parte la tenía abandonada por completo desde su llegada a Majalaencina.

Porque Rosarito era tan buena que por sí sola no se hubiera atrevido a otra cosa que a consumirse en lágrimas llorando en un rincón sus desventuras.

Rosa observaba a Pepe Miralles y sospechando lo que por leer quedaba de la carta, sentía vaga alegría pensando aquello de que a río revuelto, ganancia de pescadores, y ella estaba allí en calidad de pescador.

A las palabras de Enriqueta sucedió un prolongado silencio que fué interrumpido por la voz vibrante y colérica de Pepe Miralles.

—Continúe usted — dijo, haciendo soberanos esfuerzos para no arrancarle aquella carta de las manos.

Enriqueta, vencida, sugestionada por aquella voz seca de mando, no pudo resistirse y continuó:

«Pensando estaba estas cosas, amiga Enriqueta, cuando entró la doncella de nuevo en mi habitación.

»—¿Quién ha sido?—pregunxé con ansiedad.

»—El que nos sospechábamos—repuso.

»—¿El novelista francés?

»—El mismo.

»Guardé silencio, experimentando vago regocijo al saber que había sido él y no otro.

»Para que te hagas cargo de mis sentimientos, te diré que entre los que me asediaban, él era sin duda el más delicado, el más joven y más elegante.

»Se llama Arturo Colbert y es muy guapo, alto, esbelto y gracioso. Usa melena a la romana y va pulcramente afeitado, revelando en su traje y en sus maneras al artista que sabe sentir y pensar.

»Sus ojos, habituados a leer en las concien-

cias, son atrayentes... en fin, es todo un real mozo.

»Me pareció que obraría muy mal marchándome sin darle las gracias por su generoso comportamiento.

»Por él, indudablemente, me habían considerado en la fonda, no molestándome con presentaciones de cuenta ni con pregunta alguna. El había actuado de ángel de mi guarda.

»Por otra parte M. Colbert no me había hecho declaraciones bruscas, ni proposiciones vergonzosas. Se había limitado buenamente a ofrecerme su amparo y su ayuda si necesitaba de ellos encontrándome sola.

»Atendiendo a estas cosas tuve una idea que ha sido causa de mi felicidad presente y tal vez de mi dicha futura.

»Le mandé un recado con la doncella diciéndole que necesitaba verle y no bien recibió mi aviso se presentó.

»Empecé por ponerme muy seria, tanto que te hubiera dado risa verme.

»Le di las gracias por lo que había pretendido hacer en obsequio mío, asegurándole que no lo olvidaría mientras quedase en mis venas una gota de mi sangre; pero le rogué que deshiciese lo hecho, ya que una mujer como yo no podía aceptar un obsequio de aquella naturaleza más que de un esposo, de un padre o de un hermano.

»M. Colbert, sonriendo con una sonrisa agradabilísima, repuso:

»—No tengo la suerte de ser su esposo, porque si tal sucediera le juro a usted que no habría en el mundo mujer más mimada, más considerada, ni más querida; yo pondría al alcance de su mano todas las comodidades de la tierra porque soy riquísimo...

»Y, como viese que yo trataba de interrumpirle, agregó:

»—No me interrumpa usted.

»Había tal dulzura en sus palabras que decidí escucharle hasta el fin.

»—Tampoco soy su padre, ni puedo tener las pretensiones de serlo, porque soy demasiado joven, pero ¿por qué no he de poder representar ante usted el papel de hermano? Hágase cuenta de que le soy y no hablemos más de este asunto. Sabía que estaba usted en un apuro; oí que se murmuraba de usted en la fonda, y como me sintiese lastimado, no quise que la cosa continuase; llamé al fondista; le dije que era usted de mi familia y que por resentimientos que a él no le importaban no nos tratábamos, pagué la cuenta de usted asegurando que no quería que estuviese en entredicho una mujer de mi familia sin más tacha que la de verse abandonada por un marido vicioso, y le amenacé severamente si permitía a alguien hablar de usted.

»Yo no sabré explicarte lo que sentía al oír la voz persuasiva de aquel hombre; es una voz tan dulce que, aunque hablase un idioma desconocido resultaría encantadora y atrayente.

»Con ánimo de que no formase de mí un mal concepto, y para corresponder a las pruebas de caballerosidad y galantería que me daba, referíle cuanto me había ocurrido, y al darle a conocer mis penas y zozobras, al ponerle al corriente de mi vida lloré a torrentes.

»El procuró consolarme y sus palabras se parecían a oraciones fervorosas.

»No podré explicarte lo que me ocurrió, Dios o el diablo habían dispuesto que sonase para mí la hora de las grandes sensaciones.

»M. Colbert estaba a mi lado consolándome y sus palabras penetraban en mi corazón haciéndolo latir con violencia, abrasándolo en un fuego desconocido...

»Habiendo ocurrido entre Colbert y yo lo irremediable, calcularás, amiga Enriqueta, que no pretendo volver a España.

»Te escribo desde Niza, donde permaneceremos un poco de tiempo.

»Rompo por completo con mi pasado en el que tantas penas he sufrido: soy ya *madamme* Colbert, y Colbert es el hombre más adorable del mundo.

»Probablemente mi marido estará con vosotros porque le anuncié en una carta que mar-

chaba a Majalaenciana. Si está ahí o lo ves alguna vez, dile que no vuelva a acordarse del santo de mi nombre.

»Aunque esta carta está fechada en Niza, cuando la recibas estaré muy lejos.

»Ya te daré noticias mías. Colbert, que como yo ha sido muy desgraciado en sus amores, me propone vivir lejos de todo bullicio. No sé por qué me figuro que, sin buscarla, y precisamente cuando la creía perdida para siempre, he tropezado con la verdadera felicidad.

»Mis desdichas pasadas se presentan a mi imaginación como hijas de una pesadilla horrible.

»¡Adiós! Mis afectuosos recuerdos a Ruperto y si todavía te acompañan Rosarito y Cuenca, salúdalos en mi nombre.

»¡Dios te haga encontrar la verdadera senda de la felicidad!

»Recibe el más cariñoso de mis abrazos.

»OCTAVIA»

Sin hablar palabra, rojo de coraje y de vergüenza, Pepe Miralles se puso en pie y se encaminó a su habitación.

Los demás también permanecieron mudos cada cual entregado a sus reflexiones, bien distintas por cierto unas de otras.

CAPITULO XVII

Desesperación y consuelos. — Alanza de Rosa con un marido celoso.

Pensando en la huída de Octavia Izquierdo y meditando mil venganzas a cual más terrible, pasó Pepe Miralles aquella tarde que fué para él larga como la eternidad.

Consumiéndose de ira vagó por la huerta largo rato.

Como todos los egoístas de este mundo, Pepe Miralles, lejos de pensar y ver que lo que le pasaba era un castigo justísimo del cielo, creíase deshonrado ante los ojos del mundo.

No quería poner en los platillos de la balanza que podía marcar la enormidad de su culpa ninguno de sus grandes pecados; en cambio echaba en ellos los de su mujer y los encontraba tan horribles como imperdonables.

Y lo que acrecentaba en grado sumo el coraje de que se hallaba poseído, era el no saber qué camino había de tomar que le condujese a presencia de Octavia.

Con la falacia de todos los hombres algo degenerados por los vicios, quería probarse a sí mismo que su cólera era justísima y que todo lo que no fuera poner en acción todas sus energías para consumir una venganza ejemplar, sería bochornoso para él.

Creía que el hombre puede tomarse todas las libertades que quiera; puede encanallarse, considerar a la mujer propia como un objeto de más o menos lujo; pero, en cambio, ella debía soportar con resignación todos los disgustos sin quejarse a nadie.

Meditando un plan de venganza encerróse en su habitación, y cuando más enfrascado estaba en sus reflexiones, sintió que llamaban suavemente a la puerta.

Figurándose que sería alguno de sus amigos, que iría a averiguar la cara que tenía después de saber la infidelidad de su esposa, no se movió de la silla donde se había dejado caer, y donde permaneció largo rato con los codos apoyados sobre la mesa y la cara oculta entre sus nerviosas manos.

Pero fuera quien fuera que llamase, repitió aquellos golpecitos suaves, como si la mano tuviese miedo de hacer demasiado ruido.

—¿Quién va?—se decidió a preguntar Pepe.

—Soy yo, señorito — afirmó quedamente la voz de Rosa.

Miralles se puso en pie, y malhumorado como estaba, preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quiero hablar con usted.

Tan dulce, tan suave y tan persuasiva era la voz de Rosa, que Pepe no pudo resistir y abrió la puerta.

—Vamos, pasa—dijo.

Rosa se presentó. Estaba muy encarnada; indudablemente le avergonzaba un poco aquel paso.

Por muy rabioso que estuviera Pepe Miralles no pudo por menos de admirar de nuevo la sin par hermosura de la doncella, sus carnes firmes, sus pechos turgentes y sus caderas redondas.

Todo en ella era incitante y apetecible, todo parecía convidar a los grandes y sabrosos arrebatos pasionales.

Pepe Miralles la contempló largo rato en silencio, pasado el cual le preguntó:

—Vamos, ¿qué es lo que tienes que decirme?

—Yo no sabré explicarme, señorito; pero yo querría decirle a usted cosas que le hiciesen reír y olvidar.

—Dificilillo es —dijo Pepe Miralles, moviendo tristemente la cabeza.

—Así lo creo —afirmó Rosa, —mas no por eso hemos de desesperar.

Guardó silencio y al ver que Miralles no le contestaba, agregó:

—Créame, señorito, lo que a usted le pasa les ha pasado ya a muchos hombres.

—Desgraciadamente es verdad; pero cuando estas cosas ocurren, se vengán.

—¿Sí?

—Cruelmente.

Rosa miró a Pepe como si experimentara honda conmiseración; después sonrió irónicamente.

—¿De qué te ríes? — preguntó el marido engañado, con marcadísimas señales de impaciencia.

—¿Quiere usted que le sea franca?

—Sí.

—Pues me río de usted.

—Muchas gracias.

—Y más que de usted de sus procedimientos.

—¿Que procedimientos?

—Esos de venganza.

—¿No los encuentras buenos?

—Aparte de que no son buenos, están anticuados.

—¿Y qué ha de hacer, según tú, un hombre que se ve engañado?

—Olvidar.

—No siempre es posible olvidar.

—Pues entonces se desprecia.

—¡ Ah !

—Una de las cosas que más hiere a las mujeres es el desprecio.

—¿ Sí ?

—Puede usted creerlo.

—Tal vez tengas razón.

—A más — agregó Rosa mirándole provocativamente, — ya sabe usted lo que dice el cantar.

—¿ Qué dice ?

—Que la mancha de la mora...

—Con otra verde se quita, sí, ya lo sé—se apresuró a decir Miralles.

Quedaron pensativos los dos un momento.

Rosa esperaba que él se decidiera a tomar el partido mejor que podía tomar.

El por su parte veía ante sus ojos un camino que antes no vió, cegado por el coraje y por los celos.

Los encantos de Rosa no eran despreciables ni con mucho, y tomarla y llevársela por esos mundos podía resultar para él un bien.

A más, que aceptando aquella compensación que le ofrecía el destino no perdía nada, y en cuanto a vengarse de su mujer no dejaría de hacerlo en cuanto la ocasión se le presentara.

De correr, pues, hacia la venganza solo y desesperado, a correr en compañía de Rosa,

rindiendo culto ardoroso a Venus había una diferencia muy grande.

Como, según la moralidad de Pepe Miralles, que no era ninguna, podía todo conciliarse, acabó por pensar que la resolución del problema era cosa hecha.

Sentóse en una silla y mandó a Rosa que se sentase a su lado. Esta, que le venía venir, aceptó sonriente.

—¿Qué quiere usted decirme?—preguntó.

—En primer lugar que me gustas mucho.

—Eso ya me lo ha dicho usted muchas veces, pero yo...

—¿Qué?

—Nada, que no lo creo.

—¿Qué es necesario hacer para que lo creas?

—Pruebas, señorito.

—¡Ah! Pruebas. Pues yo te las daré tantas y tan buenas que has de creerme—dijo Pepe Miralles con entusiasmo.

—Veamos; explíquese usted.

—¿Qué te parece si yo te abriese mi bolsillo?

Rosa titubeó un momento; sus ojos brillaron de codicia. Nada había dicho Pepe Miralles tan tentador como aquello. Sin embargo, como mujer previsora, repuso discretamente:

—Eso ya es algo, pero no es todo.

—¿Qué quieres más?

—En primer lugar—dijo Rosa, después de

pensar largo rato—el bolsillo de usted no está siempre lleno.

—¿No?

—Algunas veces el pícaro juego lo deja desocupado.

—Es verdad.

—Por consiguiente, ya sabe usted dónde permite ir un bolsillo vacío.

—A ninguna parte — dijo Miralles, sonriendo.

—Me alegro que usted lo conozca—afirmó la doncella, mirando fijamente a Miralles, y agregó: — Ya ve usted que, consintiéndome disponer de su bolsillo, me concede bien poco.

—Considera que nunca le faltan recursos al que como yo tiene crédito.

—El crédito se acaba bien pronto, especialmente para los jugadores.

—Tal vez no te falte razón—dijo Pepe, meditando.

—Para vivir alegremente, y gastar dinero con provecho un hombre que como usted lo tiene, no necesita jugar.

—Pitágoras—dijo Pepe, sonriendo—no hubiera dicho una verdad más grande.

—Ahora—dijo Rosa, levantándose—no nos queda mucho que hablar.

—¿Te vas?

—Sí, si usted no me ofrece más que el bolsillo.

—¿Pues qué más quieres?

—Que me entregue usted su dinero, me ponga al corriente del estado de su fortuna y consienta distribuir los fondos.

—Y, a cambio de esto, ¿qué harás tú?

—En primer lugar le haré a usted rey absoluto de mi corazón.

—No es poco—repuso Miralles con una sonrisa burlona.

—Luego le consentiré a usted que gaste en cuanto se le antoje sin discutir gran cosa, pero con prohibición de jugar con nadie más que conmigo.

—Ya empieza a ser algo más. ¿Y qué haremos?

—En primer lugar, salir de esta casa y viajar.

—¿En busca de mi mujer?

—En busca de quien usted quiera.

—¿Me dejarás vengarme?

—Le facilitaré a usted la venganza.

—Pues es cosa resuelta. Mañana nos vamos.

—Sea así.

—Hoy lo anunciaré—dijo Miralles.

—No; es necesario que nadie lo sepa.

—Sea como tú quieras... ¿Y ahora no me darás un beso?

—Luego, cuando estemos lejos de aquí.

—Entonces no me quieres.

—Con delirio, sobre todo desde que supe que era usted desgraciado.

—¡Eres muy buena!—dijo Pepe, echándole los brazos al cuello.

—Cuidado—dijo la doncella, separándole dulcemente,—nada de violencias. ¿Por qué ser impacientes cuando se está cerca de la felicidad?

—Veo que en todo tienes razón hoy.

—Es que he aprendido en buena escuela.

—¿Nos veremos esta noche?

—Sólo para darnos cita para mañana. Adiós.

—Adiós, alma mía.

Rosa salió restregándose las manos de puro contenta.

—Este sí que no se me escapa—dijo.

Y se dispuso a esperar ocasión para hablarle a don Ruperto y vengarse de Enriqueta y del borrachín de Ernesto, que después de iniciarla en los dulces secretos del amor la había abandonado por la esposa de su amo.

CAPITULO XVIII

La delación de Rosa.—Jugar a granel.—Un poeta contento

Distraídos con sus amores Rosarito y don Ruperto no se fijaban en la conducta de Ernesto y Enriqueta, ni éstos querían analizar las acciones de los otros.

La situación del sabio era bien triste. Había adivinado en Rosarito la noble y apacible compañera de su vida y veía, angustiado, que en el momento de mayor felicidad podía venir una separación eterna.

Rosarito estaba también triste por la misma razón, y uno y otro devanábanse los sesos buscando un medio de evitar el conflicto que cuando menos lo pensasen se les vendría encima.

Sumergido en tristísimas meditaciones estaba don Ruperto cuando entró Rosa en su gabinete, donde habían quedado olvidados los estudios zoológicos.

—¿Qué quieres?—le preguntó con marcada sequedad.

—Espero ante todo que el señorito me perdone, pero tengo que comunicarle cosas de la mayor importancia.

Y le enteró con claridad de cuanto estaba ocurriendo en la casa. La señorita Enriqueta sostenía relaciones ilícitas con don Ernesto Cuenca, pero de forma tan desvergonzada y con tan poco miramiento, que el que no lo sabía en la casa era porque en ello no había querido fijarse o porque estaba completamente ciego.

Por dueño que sea un hombre de sí mismo, y por grandes que sean sus deseos de mostrar un pretexto cualquiera para librarse de su mujer, no le supo bien a don Ruperto aquella noticia, disparada a boca de jarro, si así se me permite decirlo.

Despidió a la doncella, no con gritos destemplados, que él no era hombre aficionado a escándalos, pero sí asegurándole que para lanzar una acusación de tamaño calibre era necesario estar muy seguro de lo que se decía.

—Poco trabajo—dijo, desvergonzadamente, Rosa—puede costarle al señor cerciorarse por sus propios ojos de la verdad.

—¿Y cómo?

—De una manera bien sencilla: todas las noches la señorita Enriqueta y don Ernesto se dan cita en el banco de las acacias.

—¿A qué hora? — preguntó ansiosamente don Ruperto.

—Cuando todos duermen.

—¡Ay de ti como mientas!—dijo don Ruperto, amenazador.

Cuando se quedó solo, se sumergió don Ruperto en profundísimas meditaciones. Si era verdad lo que la muchacha acababa de decirle, la hora de la liberación, con tanta ansia esperada, había sonado.

Pero ¿en qué forma quedaría libre? ¿Acaso Ernesto no arrastraría a Rosarito allá a donde fuera? ¿Y qué conseguiría entonces? Indudablemente iba a quedar en la peor situación que imaginarse puede.

El resto de la tarde y el principio de la noche lo pasó agitadoísimo.

Durante la cena creyó observar lo que hasta entonces no había observado nunca: que Enriqueta y Ernesto se entendían a las mil maravillas.

Una cosa le había llamado la atención. Ernesto había salido por la tarde solo, en contra de su costumbre, y a la vuelta no dió señales de estar borracho.

Antes había estado paseando por el jardín con Enriqueta, mientras él y Rosarito comentaban la carta de Octavia, cuya conducta encontraban bien.

Ansioso de precipitar los acontecimientos,

se levantó de la mesa antes de lo de costumbre y, pretextando gran cansancio, se acostó.

Enriqueta, con una solicitud que no recordaba haber visto en ella, le ayudó a acostarse.

Ernesto y Rosarito se metieron en su habitación.

Ernesto escribió una carta y Rosarito se acostó, no haciendo caso maldito de aquel hombre que la despreciaba, y se enfrascó en la lectura de un libro.

Ernesto, así que hubo escrito, cerró bajo sobre la carta, puso la dirección y se la guardó en el bolsillo.

Después dijo que tenía dolor de cabeza y que iba a pasear por el huerto para ver si se despejaba un poco con el fresco de la noche.

Y salió de aquella habitación resueltamente, sin dirigir ni una mirada siquiera a aquella mujer encantadora, que le había sacrificado sus ilusiones y su vida, sin conseguir, en cambio, más que bochornos.

Entretanto, en la habitación de don Ruperto se desarrollaba la siguiente escena:

Enriqueta, sentada a la cabecera de la cama de don Ruperto, esperaba.

Con achaque de que éste habíase quejado de dolor de cabeza, no quiso acostarse.

Don Ruperto, después de quejarse un rato para hacer bien su papel de enfermo, fingió un sueño profundo; pero, si Enriqueta se hu-

biese fijado bien en él, con seguridad que no hubiese quedado convencida de su sueño.

Con los ojos entornados, don Ruperto observaba todos los movimientos de su mujer. Esta, al creerle dormido, se puso de pie con mucho cuidado, como temerosa de despertarle.

A juzgar por su palidez y por cierto temblor perceptible, aquella mujer estaba mucho más azorada que de costumbre.

Otras veces, aun en aquellas horas de la noche que salía de su habitación para entregarse a sus amores ilícitos, estaba más tranquila y se mostraba más valerosa.

Contenía la respiración; movíase con dificultad como temerosa de ser vista.

Don Ruperto la observaba con atención profunda sin moverse, dispuesto a arrojarle de la cama no bien hubiese salido Enriqueta para seguirla, espiarla y sorprenderla.

También su corazón palpitaba y sentía anhelos desconocidos. Sentía aproximarse la bendita hora del rompimiento, de la liberación. Había soportado pacientemente por mucho tiempo el desprecio de aquella mujer, que empezó por martirizarle primero hiriéndole en lo más vivo y que acabó por hacerle odiosa su compañía, de tal manera, que sólo por su paciencia sin igual y por su bondad sin límites pudo resistirla, sin llegar a las riñas de mal tono.

Y la llegada de Rosarito y la buena inteligencia que entre ellos existía, había acabado por hacerle insoportable la presencia de su mujer, á quien veía cada vez más distante de hacer la felicidad de ninguna persona que pensase.

Silenciosamente Enriqueta abrió el armario que había en la habitación y sacó de él algo que don Ruperto no pudo ver porque Enriqueta estaba de espaldas; pero que creyó sería algún pañuelo, un frasco de esencia, alguna chuchería.

Después Enriqueta se deslizó fuera de la alcoba, recorrió el pasillo como una sombra y salió por el comedor a la huerta, donde ya le esperaba Ernesto Cuenca.

Don Ruperto permaneció quieto durante unos minutos, sin decidirse a salir de la cama.

Sentía afluir toda la sangre a su corazón y comprendía que su palidez había de ser mortal. Temblábale todo el cuerpo y sentía tan horrorosa angustia que creyó que iba a morir.

Ni él mismo se explicaba el por qué de aquella emoción profundísima. Momentos antes experimentaba casi alegría y ahora consumíase en rabia, celos y temor.

Por fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se incorporó, preguntándose:

—¿Por qué tiemblo? ¿Acaso soy un cobarde? ¿Tal vez no quiero ver lo que de ver ten-

go tanta gana? ¿Sucumbiré a un temor pueril?

Quedó un momento meditabundo y después empezó a vestirse, sonriendo a una idea que había cruzado por su mente.

Sí, sí; él era rico y su dinero estaba bien colocado; no tenía que temer a nadie ni a nada, y como suponía que Ernesto no había de volver a la casa después de la escena que necesariamente había de desarrollarse, empezó a proyectar un plan que sin duda, al llevarlo a cabo, había de proporcionarle la felicidad de toda su vida.

Aprovecharía la confusión de los primeros momentos para huir con Rosarito a cualquier punto de la tierra donde nadie los conociese.

En lo más alegre de sus meditaciones frunció el entrecejo, como el que acaba de ver en su imaginación algo muy desagradable.

¿Qué haría Enriqueta al ser sorprendida?

Pregunta era esta a la que no hubiera sabido responder el mismísimo Merlín.

Don Ruperto empezó a temer que se desarrollase una escena sentimental, en la que su mujer, arrastrándose desesperadamente, llorosa y angustiada, solicitase el perdón de sus extravíos.

Así fué vistiéndose poco a poco, dando tiempo a los adúlteros para que dieran comienzo a sus dulces y criminales coloquios.

Cuando hubo terminado de vestirse, deslízose pausadamente y se encaminó a la puerta principal de la casa para salir sigilosamente por ella, dar un rodeo y dirigirse con toda clase de precauciones al lugar donde, según las confidencias de Rosa, debían encontrarse Enriqueta y Ernesto.

Buscando la sombra de los frutales, arrastrándose como un reptil a trechos y a trechos erguido y vigilante, llegó al grupo de rosales donde vimos a Rosa en memorable noche.

Aguzó el oído esperando que llegasen a él murmullos arrulladores, el chasquido delator de algún beso apasionado, cualquier cosa, en fin, que delatase la presencia de los espiados; pero, fuera del ruido que producían las hojas impulsadas levemente por la brisa y del canto de algún ruisenior, nada se oía.

Ni palabras, ni besos, ni suspiros, ni nada que denunciase la presencia de una persona.

Adoptando toda clase de precauciones se puso en pie, se empinó y dirigió su vista por encima de los rosales al banco de las acacias. ¡El banco estaba vacío! Don Ruperto empezó a temer que había dado un paso en falso. Indudablemente, Rosa se engañaba o había querido burlarse de él.

Con menos precauciones que antes, pero procurando ocultarse siempre, empezó a recorrer

la huerta en todos los sentidos, no dejando sitio por mirar ni penumbra por escudriñar.

Ni Enriqueta ni Ernesto aparecían por ninguna parte.

Don Ruperto pensó que tal vez su mujer no era culpable y que había salido de la habitación con cualquier otro objeto.

Decidió, pues, entrar de nuevo en la casa y dejar para otra ocasión lo de la sorpresa.

Iba a entrar por donde había salido, cuando se acordó de que Rosa le dijo que los amantes salían por la puerta del comedor. Allí por lo menos podría encontrar un indicio.

Efectivamente, encontró la puerta abierta. No había duda de que por allí había salido alguien. Pero, ¿quién?

De nuevo volvió a recorrer la huerta en todos los sentidos, sin encontrar nada que pudiera guiarle.

Mohino y cabizbajo volvió a la casa; cerró cuidadosamente la puerta que comunicaba con el comedor, para que si alguien había salido no encontrase por dónde entrar; atrancó asimismo la puerta por donde él saliera y ya, no temiendo ser visto ni oído, encendió cerillas y se encaminó a su habitación casi convencido de que Enriqueta ya estaría acostada.

A pesar de sus esperanzas, que en tal ocasión casi se convertían en temores, Enriqueta no había vuelto.

Don Ruperto fuese derecho hacia la cama de su mujer, descorrió las cortinas y, a la luz de una vela que había encendido y que llevaba en la mano, vió sobre la almohada una carta.

Abalanzándose a ella, rasgó el sobre con mano temblorosa y leyó:

«No trates de buscarme; te abandono para siempre, cansada de tus tonterías.

ENRIQUETA.»

Don Ruperto hizo un gesto, lo más despreciativo que imaginarse puede, y exclamó:

—¡Estúpida!

Esa fué la elegía de aquel amor que hacía tanto tiempo maldecía.

Enriqueta y Ernesto tenían combinado un plan de fuga.

Hartos de tener que amarse a escondidas proyectaron un viaje para saborear aquella luna de miel.

Como el día señalado era precisamente aquel, Enriqueta, al salir del cuarto de su marido, abrió el armario y sacó una cajita llena de alhajas y dinero.

Por su parte Ernesto también se había guardado en el bolsillo cuantos recursos pecuniaros tenía y acudió a la cita resuelto a todo.

Encontráronse en la huerta, pero en lugar de detenerse siguieron caminando, saltaron

por un sitio de la cerca que de antemano había preparado Ernesto y desde allí, en un coche que les esperaba, dirigieron a todo escape al pueblo inmediato a Majalaencina donde debían utilizar el primer tren para alejarse de aquellos lugares.

Dejémosles marchar en busca de un placer que no tardará en convertirse en hastío y volvamos a Majalaencina.

Temeroso don Ruperto de que su mujer no se hubiera fugado con Cuenca, ya que cabía en lo posible que el raptor pudiera ser Miralles, se decidió a esperar la mañana siguiente para participarle a Rosarito la novedad.

Como no pudo dormir, levantóse muy temprano y, para hacer menos pesadas las horas de espera, se lanzó fuera de la casa y empezó a pasear de un lado para el otro.

No tuvo, sin embargo, que esperar mucho, pues no hacía un cuarto de hora que paseaba, cuando vió a Rosarito que se dirigía hacia él y le salió al encuentro.

Como la joven llevaba una carta en la mano en seguida se figuró de lo que se trataba.

Así es que, después de darle los buenos días, le dijo:

—¿A que sé de quién es esa carta?

—¿Lo sabes?

—No, pero me lo figuro.

—¿De quién?

—¡ Es de tu marido despidiéndose !

—Justamente—repuso Rosarito.—¿ Acaso te ha escrito también ?

—No.

—Pues ¿ cómo lo sabes ?

—No sé, sepamos primero qué es lo que te dice.

—Nada, que está harto de mis lloriqueos y que se va.

—¿ Con quién ?

—No sé, pero creo que habrá huído solo.

—No lo creas—dijo, sonriente, don Ruperto.

—¿ Sabes algo más que yo ?

—Sí, sé con quien se ha ido.

—¿ Con quién ?

—Con mi mujer—dijo el sabio, soltando una carcajada.

—¿ Con Enriqueta ?

—Sí, hija mía, con la misma.

—¡ Ah !

—Lo cual quiere decir que nos han dejado en completa libertad de hacer lo que nos plazca, sin violencias de ningún género.

—Es verdad.

—Y que podemos permanecer aquí algunos días hasta arreglar nuestros asuntos y marchar después a un lugar alejado donde podremos vivir apaciblemente el uno para el otro.

En esto estaban cuando se acercó a ellos Petra.

—¡ Señorito !

—¿ Qué hay ?

—El caso es que no sé como darle la noticia.

—De cualquier modo, con tal de que sea pronto—dijo don Ruperto, temblando ante la idea de qué pudiese haber vuelto Enriqueta.

—El caso es, señorito, que Rosa se ha marchado de la casa.

—¿ Con la señora ?—preguntó don Ruperto.

—¡ Ca ! No, señor, con ese señorito que vino el otro día.

—¿ Con Pepe M ralles ?

—Sí, señor.

—Bueno, pues, no hay que apurarse por ello ; la Magdalena les guíe.

En seguida mandó llamar a la cocinera y al capataz y cuando todos estuvieron juntos les aseguró que la señorita Enriqueta, acompañada de don Ernesto Cuenca, habían huído de madrugada y que él y Rosarito saldrían dentro de poco en su persecución.

Cuando se quedaron solos Rosarito dijo :

—El maldito amor trae revuelto al mundo.

—Sí, es verdad ; pero si amor es lo que sienten esos degenerados que atropellan por todo, ¡ maldito sea el amor !

—¿ Y el nuestro ?—preguntó Rosarito, mirándole tiernamente.

—Amiga mía—repuso don Ruperto, acercándola a sí y besándole la frente,—nuestro

amor es un amor en que hay más alma que cuerpo, más nobleza que deseos impuros; por eso nuestro amor resistirá a todos los embates de la fortuna, a todas las malandanzas del destino y será eterno, porque lo que nos une es más grande y tiene más fuerzas que el amor.

—¡Oh, si todos pensaran y amaran como nosotros!

—Entonces — dijo doctoralmente don Ruperto—el mundo sería un paraíso.

CAPITULO XIX

Que puede servir de epílogo

Viajando, a fines del verano pasado, con un amigo, me propuso que fuésemos a saludar en Majalaencina a don Ruperto, gran amigo suyo.

Llegamos y nos recibió Pepa, la vieja Pepa que nos refirió gran parte de lo que he transcrito.

Nos aseguró que don Ruperto y Rosarito habían permanecido solos un año en la hermosa quinta; que había tenido un hijo la señora de Cuenca y que don Ruperto le había apadrinado.

Después don Ruperto lo había vendido todo; se había ido con Rosarito asegurando que iban a buscar a la señorita Enriqueta.

Pero esto, según aseguró la vieja, no debía ser verdad, porque llegó a la quinta pocos días después, llorosa, afligida y mal airada la señorita Enriqueta maldiciendo del amor que le había hecho cometer el disparate de mar-

charse con Ernesto Cuenca, el cual la había abandonado por una bailarina que sabía beberse una botella de vino sin descansar.

Rosa, más hábil que su señorita, de tal manera supo dominar a Pepe Miralles que hoy no juega más que a la brisca con ella después de cenar. Pepe protesta y maldice del amor que a tal estado le ha reducido.

Cuanto a Octavia Izquierdo hemos sabido que es muy feliz y que pasa el invierno en un rincón apartado de Suiza con su novelista; asegura haber encontrado en él una verdadera joya.

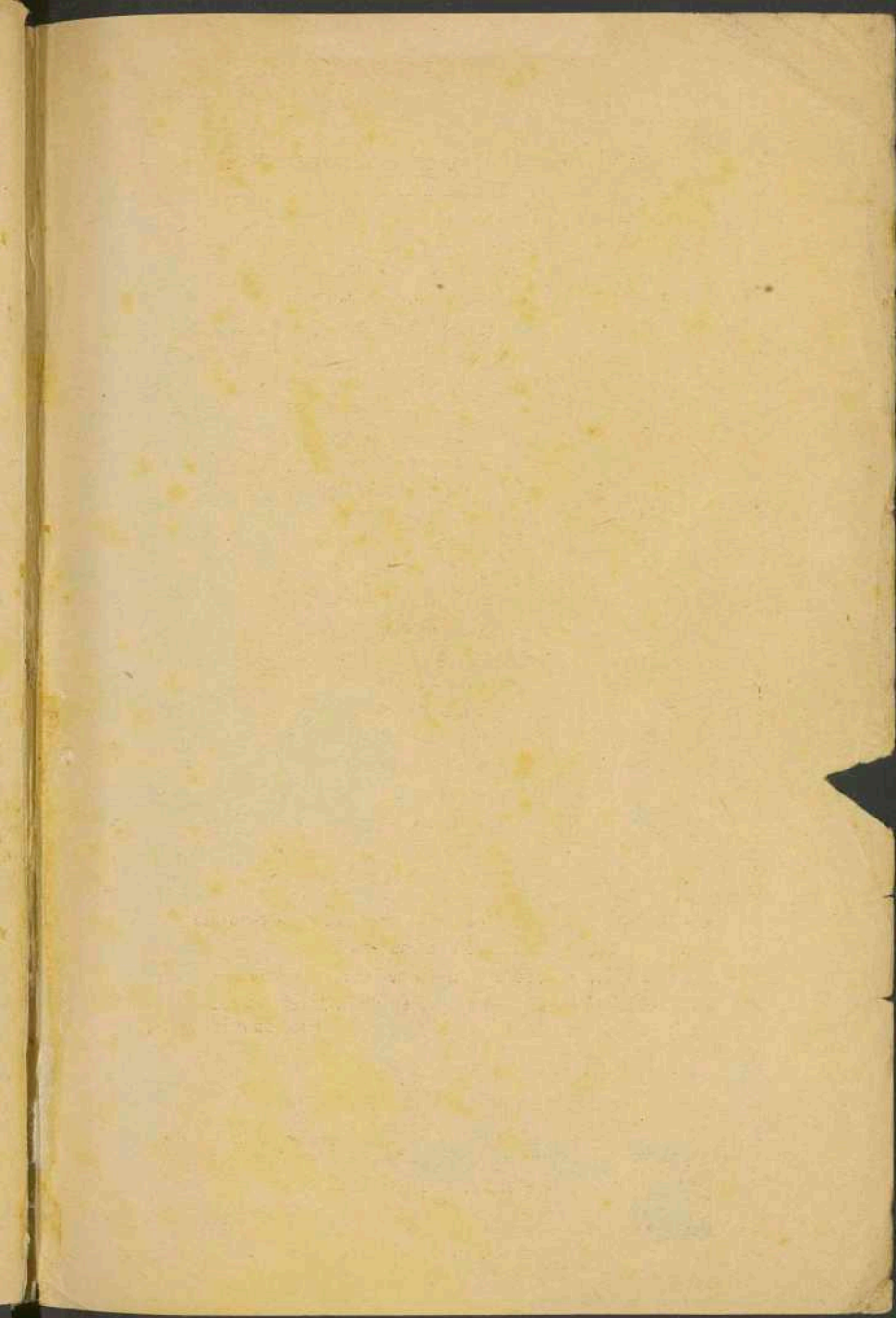
Por una rara casualidad viven cerca de don Ruperto y Rosarito y se visitan.

Y, por más rara casualidad, son dichosos los que deben serlo.

FIN



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA



Biblioteca Tragi - Romántica

- IBO ALFARO.** — El paraíso de las mujeres
» » El infierno de los hombres
» » El purgatorio de las solteras
» » Su Majestad el Amor
» » Por qué se casan los hombres
» » Por qué se casan las mujeres
» » Por qué reinciden las viudas
» » Por qué pecan las mujeres
» » Por qué murmuran las viejas
» » Las hijas del champagne
» » ¡¡Viva mi novia!!
» » Amor y martirio
» » Pasionarias de amor
» » Arte de buscar marido
» » El novio prestado
» » La corte del amor
» » Las Evas modernas
» » La princesa del dollar
» » Malditos sean los celos
» » El alma en un beso
» » Calvario de amor
» » La hiel en los labios

FUERA DE SERIE

- CREBILLON (HIJO).** — El sofá (no apta para señoritas).
RUIZ LOPEZ. — Idilios en la huerta
H. DE COCH. — Ladróna de amor (no apta para señoritas).
ALEJANDRO SAWA. — La mujer de todo el mundo
(no apta para señoritas).

CONCESIONARIO DE VENTA:

FILMS SELECTOS Y PROYECTOR
PRECIO ACTUAL: 2,50 PTAS. Vergara, 3. — BARCELONA

2'50 Pts.

MALLDITOSEL AMOR

I. A.